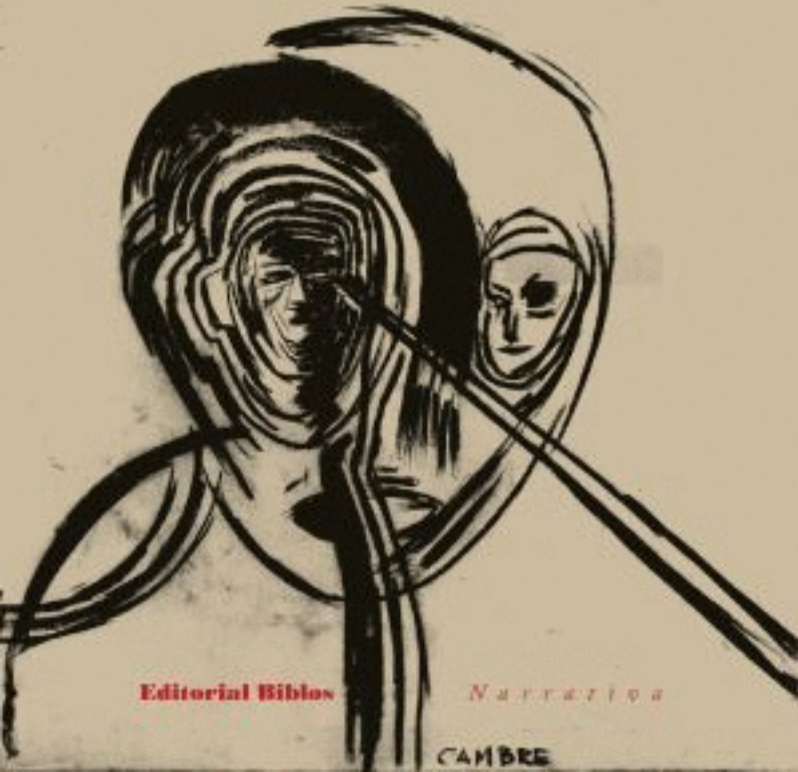
JULIO CÉSAR CRIVELLI

Inexorable



Editorial Biblos

Narrativa

Crivelli, Julio César
Inexorable / Julio César Crivelli. - 1a. ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2015.
191 pp.; 21 x 14 cm. (Narrativa)

ISBN 978-987-691-415-4

1. Narrativa. I. Título.
CDD A863

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*
Imagen de tapa: Juan José Cambre, *The crack up*, 1987. Carbonilla sobre tela. 115 x 145 cm. Colección Crivelli
Armado: *Hernán Díaz*

© Julio César Crivelli, 2015
© Editorial Biblos, 2015
Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / *www.editorialbiblos.com*
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición
fue impresa en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires,
República Argentina,
en octubre de 2015.

A mi mujer Ana,
compañera de tantas aventuras y también de ésta.

Agradecimientos

Agradezco muchísimo a Carlos Bruck, querido amigo que me estimuló a escribir este libro; a Marcela Solá, con quien tuvimos interesantísimas charlas que surgieron del análisis y de la corrección de la novela; a Luisa Valenzuela, que gentilmente escribió la contratapa y me entusiasmó para la publicación.

Sin la ayuda de estos amigos, la publicación hubiese sido muy difícil.

¡Muchas gracias!

Anaximandro […] *dijo que el principio y el elemento de las cosas existentes era el* apeiron *(lo indefinido o lo infinito).*

[…] *Y la fuente del devenir de las cosas existentes es aquella en quien ellas a su vez encuentran su aniquilación según la necesidad, pues ellas se infligen mutuamente penalidad y castigo a causa de sus injusticias según un reparto determinado por el Tiempo.*

Fragmento DK 12 A 9 y B 1
(comentario de Simplísimo
a la *Física* de Aristóteles)

Índice

1. Isaac 15

2. El diario de Ismael (1) 21
Carta a Saúl del 6 de enero de 1934 23
Números y misterio 27
De Damasco a Beirut 35
El barco sagrado 50
Génova 65

3. Isaac 73
En el vapor *Brazil* 73
De Buenos Aires al campo 79
Negocios violentos 96
La chacra Los Cuervos 104
El amor y los túneles 115
Los "libretas negras" y los "libretas rojas" 124
Tormenta 128
Política y traición 135
La desgracia de Ramón 144
La quiebra 149

3. El diario de Ismael (2) 161
Carta a Saúl del 12 de julio de 1940 161

4. Isaac: "Al principio […] las tinieblas cubrían el abismo" 169

Notas 181

1. Isaac

Mi abuelo Ismael murió cuando yo tenía tres años. Lo vi una sola vez, cuando mis padres me llevaron a visitarlo. Tenía el pelo canoso y ojos azules profundos y cansados, y casi no hablaba. Eso es lo que recuerdo de él.

Pude verlo por mediación de mi padre. Mi madre no quería a mi abuelo y se oponía a que yo tuviera cualquier contacto con él. Mi padre pensaba que ella no tenía derecho a impedir la relación natural que existe entre abuelo y nieto. Le dijo que si ella impedía esa relación algún día yo se lo iba a reprochar. Así fue como lo conocí.

Creo que, ya entonces, yo tenía la certeza de que en mi familia había un secreto y que ese secreto se relacionaba con mi abuelo. La historia familiar decía que Ismael Núñez Irala, que así se llamaba, vino de Génova, como la mayoría de los inmigrantes, pero había nacido en Siria, en Damasco. Era hijo de un español de nombre y destino desconocidos y de una mujer árabe de Damasco. Su padre lo había abandonado cuando era muy pequeño, junto a su hermano Ramón, y habían quedado al cuidado de su madre. Ismael era pelirrojo, alto e imponente, con una mirada profunda y seria que infundía respeto y miedo. Había estudiado con ahínco la Biblia y las matemáticas.

Después de mucho andar por el sur de la provincia de

Buenos Aires, Ismael se estableció en Tandil, donde fundó un almacén de ramos generales en una casa de altos muy grande, frente a la plaza principal. Su hermano Ramón era su ayudante y dependía en todo sentido de Ismael.

Ismael se casó con Rosalía Iribarren, hija de un vasco, educada como maestra normal. Tuvieron siete hijos, pero Rosalía, la mayor, murió adolescente, de difteria.

Prosperó muchísimo en los negocios y era uno de los hombres más ricos del pueblo. Compró una chacra en Villa Italia, cerca de Tandil, adonde la familia iba los fines de semana a encontrarse con los primos Martel, que vivían allí, ayudados por Ismael. También vivía allí una tía, Luisa Martel.

Una madrugada de 1930, Ismael partió de viaje y no volvió. Según el relato familiar, se había ido a Francia porque, si se quedaba, el gobierno lo iba a meter preso, igual que había pasado con muchos de sus amigos radicales. En Francia, habría permanecido doce años. La vida de la familia sin Ismael resultaba todavía más difícil. A mi madre y sus hermanos los perseguían por ser hijos de radicales.

Mi abuela Rosalía decidió mudarse a Buenos Aires y para subsistir fue vendiendo todo lo que tenían. Sólo conservó una casa de altos en Buenos Aires, cerca del Congreso, en la avenida Entre Ríos, adonde se estableció la familia.

Allí, por primera vez fueron pobres. Todos los mayores cortaron sus estudios y se dedicaron a trabajar. Los primos Martel se vinieron a vivir con mi abuela y también trabajaban.

Era una casa muy triste y pobre, sin otra esperanza que irse.

Mi abuela Rosalía se enfermó de cáncer y murió. La vida de los hermanos siguió siendo pobre. Ninguno estudió. Mi madre se casó y ayudaba a sus hermanos todo lo que podía.

El relato de la familia decía que Ismael volvió de Francia cuando estaba muy viejo y loco. Vivía en lo de mi tío Yamil, el mayor de los hermanos de mi madre, y por las noches no dormía. Caminaba gritando y llorando sin paz, todas las noches.

No sé si el relato familiar tenía partes increíbles o inconsistentes. Más bien creo que había traiciones involuntarias cuando me lo contaban. Yo sentía todo el tiempo que lo que me contaban era una simulación y que la verdad era distinta.

El secreto merodeaba, como una sombra inevitable.

El secreto es lo que falta. Es una creencia, la fe en la existencia de algo desconocido, en un instante perdido, que todo lo explica y sin el cual nada se entiende, ni se acepta. El secreto familiar es una ruptura en la cadena causal, una ruptura en la conciencia, una crisis insalvable de la identidad. Todo secreto genera una víctima.

El secreto es la reaparición del caos que desde el fondo de la historia intentamos conjurar, una abertura que asoma a lo que no tiene límites, a lo desmesurado, al lugar hondo en que no se oye la voz de Dios.

El secreto, en ese sentido, es vértigo, es el deseo de saltar hacia él y la certeza de la caída (la Caída).

La víctima, por definición, no sabe que hay un secreto, sólo percibe un vacío que le causa dolor, porque obsta al entendimiento. Por eso toda comprensión, todo desvelo, nace de allí, de esa abertura secreta, de ese abismo desconocido.

Pero el secreto también es traición. Es un pozo insondable en la continuidad del tiempo. Quiebra el flujo de la conciencia un vacío negro, tan inabordable como presente. El secreto aproxima la locura.

Es difícil amar a quien guarda el secreto familiar.

Pero no hay secreto absoluto. Quizá porque el secreto es lo que falta uno busca la verdad sin tregua, con la con-

ciencia y sin ella, con la razón y la sinrazón, con el quicio y con la locura.

En algún momento, la iluminación vino. El conocimiento no se produjo por la narración de ninguno de los que lo sabían. Un día, simplemente, amaneció la verdad, como algo de toda evidencia, como la luz del sol.

Supe que mi abuelo fue un asesino.

El descubrimiento del secreto obró como una liberación para mi madre y su hermano Abel que, a partir de entonces, contaron muchos recuerdos que tenían ocultos por vergüenza. Muchos les habían sido referidos por Cohen, el escribano amigo y confidente de Ismael.

La verdad oculta merodeaba en mis sueños y en mis temores. Siempre supe que había algo oculto y terrible y siempre temí que se propagara en mí, como una enfermedad invencible y fatal. El secreto, la verdad oculta, es un dios desconocido, peor aún, un dios incierto, que de existir puede dirigir nuestras vidas hacia la ruina y la desesperación.

Saber el secreto, sacar los velos de simulación y engaño que ocultan la verdad, es mucho más que un conocimiento causal. Es un descubrimiento, una pasión que invade, una verdad que nos posee con los dientes, como una fiera que no suelta su presa, hasta que haya sido conjurada.

Ese conjuro es la finalidad de esta narración.

La primera parte de este libro reproduce el texto de un diario de mi abuelo. He corregido su redacción apurada y abreviada que consignaba hechos, sentimientos y pensamientos de manera desarticulada, pero el contenido fue respetado escrupulosamente. El diario se inicia como una carta a su hijo Saúl, pero después deja esta modalidad y son simplemente textos fechados. El último texto retoma la intención de una carta a Saúl.

También hay textos que parecen sueños o ensoñaciones

y relatos con un contenido oriental, que delatan el origen de mi abuelo. Muchos de ellos estaban agregados al diario, otros fueron anotados por Cohen, el único amigo de Ismael.

La segunda parte refiere la vida de mi abuelo en la Argentina, su patria adoptiva.

Al final, el libro retoma el texto del diario de mi abuelo.

He agregado al final notas para aclarar el sentido de algunas referencias de Ismael, muchas veces confusas, con una ambigüedad provocativa.

El relato que sigue integra los textos del diario y los testimonios de mi madre, de mi tío Abel y del amigo de Ismael, Cohen, tal como éste se los transmitió a Abel, y los sueños y relatos de mi abuelo.

Por supuesto, en la secuencia quedan agujeros negros; son herencias inevitables de lo incompleto.

Pasamos la vida develando secretos, capa tras capa, ilusión tras desilusión. A poco que creemos descifrado un enigma, la explicación se derrumba. Pero seguimos creyendo, ilusionándonos, esperando… y con la fuerza de la fe, intentamos otra explicación, seguramente fallida.

Vivimos enamorados, hasta la nueva Caída.

La insensatez es el don de Dios que hace que volvamos a creer. Y que podamos vivir.

2. El diario de Ismael (1)

Recién ahora me atrevo a contar la historia, habiendo regresado.

A veces no sé si soy yo quien se perdió o si se perdieron los seres que forman mi mundo.

En realidad, es igual.

Yo, Ismael, soy creyente.

En mi tierra se puede creer en Alá y en su Profeta, en el Dios sin nombre de la Torá y en Jesús, el Dios crucificado de los griegos. Yo he creído en los tres (3 es el número sagrado), sabiendo que sólo hay Uno y que las diferencias son meros lenguajes.

Dios otorga a los hombres dos dones: la poesía y las matemáticas. Nosotros nos esforzamos para encontrar distinciones entre ellas, pero son solamente tenues reflejos de la Verdad.

Pocos son los que reciben alguno de los dones. Yo recibí las matemáticas. Sin maestros, supe desde siempre la geometría, que reposa oculta en la naturaleza, esa ilusión que nos sostiene vivos, y adiviné las leyes de los astros y la intimidad del vuelo de las aves.

En mi último ser hay una esfera transparente, sin objetos, puras relaciones que flotan en mis horas. Este íntimo mundo es el alma. Allí nada se mueve, todo es quietud,

permanencia, reposo. Todo lo demás se mueve vertiginosamente: cambia la apariencia, cambia la cantidad, cambia.

A cada parpadeo, "lo demás" ya no es como era. "Lo demás" incluye mi cuerpo y también mi conciencia, que es mi historia. La Historia.

Persistimos en creer en el ser de las cosas. Pero sabemos que esta creencia, este ser de las cosas, es solamente una ilusión, un lenguaje, un consuelo frente a la locura. La esfera transparente, el alma, es lo único que permanece inmóvil.

Siempre me he preguntado cuál de los dos soy yo: ¿soy el que cambia o soy el que permanece?

Se puede creer en el alma y se puede creer en la naturaleza.

En el alma reina la quietud, en la naturaleza campea el vértigo.

Aceptado el postulado, todo lo que de allí se deriva es "verdadero".

La Verdad no nos ha sido dada. Sólo el significado y la representación.

Todo depende de la fe.

La causa y el efecto no existen, salvo en nuestra conciencia. Y la ciencia es una nueva ilusión, una fantasía que apacigua.

En realidad, es arbitraria la existencia misma de la naturaleza; fue creada por nuestra conciencia y no tenemos forma de constatar que exista.

Igual que Dios.

Dios es la creación de mi conciencia, que necesita un origen y un destino, una causa y un efecto.

Es Dios quien ha sido creado a nuestra imagen y semejanza. Éste es el secreto de la Creación: una ficción del hombre, un consuelo del alma, para encontrar sentido a la vida y proseguir, inútilmente, la búsqueda de la Verdad.

El verdadero Dios es puro misterio y no puede ser pensado por mi conciencia, porque ella no puede trascender sus límites.

La Verdad, si existe, no nos ha sido dada como posibilidad.

Yo, Ismael, soy creyente.

Creo en el misterio, sin ningún saber que lo sustente y como sustento de todo el saber.

El misterio es temor.

Sólo la esperanza calma el temor.

Y creo en la esperanza, último atisbo de la existencia y de la razón.

Como dije al principio, he regresado. Me cuesta decir el lugar del que volví…

He vuelto de la prisión, en la que estuve doce años.

Sé que mi tiempo termina.

La locura se avecina y merodea en mis horas.

Muerta mi alma, solamente puedo salvar mi conciencia.

Carta a Saúl del 6 de enero de 1934

Nací en Damasco, en el barrio cristiano de Bab Tuma, en 1883. Mi madre era siria y mi padre, español. Tuve un hermano menor, Ramón.

Mi nombre es Ismael. Siempre seré oído por Dios, pero jamás podré provocar su risa, ni su felicidad.

Nuestro padre nos dio su apellido, Núñez Irala. En realidad, no sé si era su apellido o un apellido español cualquiera. Aprendimos castellano. Nuestro padre nos dejó a los pocos meses de nacer Ramón. Yo tenía seis años, pero supe, desde entonces, que no permanecería en Siria.

Mi infancia estuvo marcada por tres signos, que jamás

me abandonarían: ser rojo, de pelo y de espíritu, amar los números y temer la locura, tan cercana.

El nombre de mi madre era Fatwa, que significa "sentencia", algo imperativo que nace de la Ley. Este nombre ha sido profético como un sino. Apareció en mi vida una y otra vez, en términos de condena, de destino inevitable, casi de venganza, algo que también está contenido en las sentencias.

Cuando mi padre partió (¿o desde siempre?), Fatwa se entregó a una vida signada por la prostitución, los engaños y el sometimiento. Seducía a comerciantes ambulantes que, lejos de sus pueblos y de sus familias, venían a vender mercancías a Damasco, y conseguía, con su poder sexual, someterlos y quitarles todo el dinero posible.

Había en su conducta motivos insondables. Sin duda, experimentaba un gran placer sexual, casi con cualquiera, lo cual era tan evidente como obsceno. Esa era su atracción, su imán, su fuerza.

Pero lo que más la complacía era someter. El despojo era secundario. Islam es el sometimiento a Dios. Seguramente Fatwa, en su deseo sexual exaltado, dominante hasta la esclavitud, experimentaba la vanidad de Eva, la soberbia de someter al hombre y creerse igual al Señor. (¿Habrá sido mi padre uno más de esa fila de corderos sometidos que sólo huyendo recuperaban su libertad?)

Mi madre jamás nos ahorró a nosotros, sus hijos, el espectáculo de las risas, los gemidos o la locura exaltada del sexo. Nosotros, en otro cuarto y en otra noche, oíamos lo que ya avizorábamos como obsceno y brutal.

Aun antes de conocer nada sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres, mi hermano y yo sabíamos que ella disfrutaba de someter y despojar a otros con algo pecaminoso, con algo que no se nombra.

Ese era su punto de apoyo en el mundo. Con su indis-

criminado apetito movía montañas. Mi madre era una fuerza irresistible y perversa, como el mal.

Todo lo que tiene principio tiene fin.

Una tarde, mi madre llamó a Ramón, el menor, y lo hizo entrar en su cuarto. Lo abrazó, lo apretó entre sus piernas y le ordenó que la lamiera. Ramón pudo soltarse y correr. Cuando salió del cuarto temblaba y gemía como una bestia que va a morir. No podía detener su llanto. Su temblor retumbaba en mi cabeza.

Entonces vi cómo mi alma se iba de mi cuerpo. Suspendida en el aire, el alma me miraba a mí, su cuerpo, que había perdido el ser. Nadie puede creerme, pero yo vi cómo se separaba mi alma de mí, cómo me quedaba solo, puro animal.

Después entendí que Dios me había abandonado y me daba libertad para actuar.

Cumplí con el destino, la fuerza que está escrita en la memoria eterna del Señor y que, como todo lo escrito, es inevitable. E inescrutable.

Desde el Hecho, Ramón y yo compartimos el secreto. Nada más. Sabíamos que el secreto estaba allí, reposando entre nosotros dos, inerte, resguardado, al amparo de cualquier examen humano y a la espera del examen final.

Tampoco hablábamos del Hecho. Nunca supe los sentimientos que Ramón tenía hacia Fatwa, nuestra madre brutal. Ni los que tenía hacia mí.

Nunca supe si mi acción se debió a la piedad o al asco. Ni si actué como un ángel guardián o como un ángel exterminador. (¿Es el ángel guardián distinto del ángel exterminador?)

Siempre atribuí mi acción a la voluntad de Dios.

Más tarde, comprendiendo que la lujuria era la única expresión del amor de Fatwa, sospeché con horror que el motivo inconfesable de mi acción era el deseo de ser amado por ella, el deseo de haber estado en el lugar de Ramón, aun franqueando las puertas del Infierno. Y que mi acción no era necesariamente la voluntad de Dios.

Desde el Hecho, Ramón se sometió mansamente a mis instrucciones. Jamás lo consideré. Era simplemente un instrumento.

Huérfanos y abandonados, quedamos librados a la caridad de nuestros familiares, que nos trataban como si fuésemos partícipes de los pecados de mi madre. Es posible que supieran mi actuación en su atroz final.

Yo no sabía entonces que mucho más tarde, en otra tierra, mis hijos correrían la misma suerte.

Y que yo, Ismael, sería otra vez el causante.

Era Fatwa, ese terrible nombre, dueño de mí desde el origen, llamando otra vez a la venganza del destino.

La diosa o Perseo (sueño)

En la noche, la tempestad estalla y azota el mar contra las rocas. Brillan sus ojos con odio. Está ahí. A mi lado. Está desnuda, en mi cama. Tiembla su cuerpo negro y brilloso. Le grito que se vaya. Sigue masturbándose mientras me mira.

Siento que me posee. No tengo fuerzas para moverme. Estoy pegado a la cama, inmóvil, con la respiración agitada. La odio. Sigo gritando que se vaya. Se ríe y sigue masturbándose.

Siento que me desprecia y siento que me ama. Que la odio y que me domina. Que la deseo.

Yace la diosa. Sus cabellos terribles se estremecen mientras se toca y goza, dominándome con su mirada.

Siento terror cuando se me acerca con la lengua anhelante y los ojos brillosos. Es fuerte y asquerosa como una serpiente.

Ahora es una serpiente.

Sé que la deseo desesperadamente. Trato de golpearla, junto todas mis fuerzas y me oigo bramar. Estoy arrodillado, me falta el aire, respiro como los que estuvieron por morir. Miro mi mano como si no fuese mía. Sostiene un espejo partido y sangra.

A mi lado no hay nadie.

Números y misterio

Mi madre, Fatwa, no había descuidado nuestra educación, que se inició en nuestra infancia y continuó después de su muerte. Siendo nuestro padre latino, nos envió a la iglesia melquita de San Pablo, así llamada porque el santo se convirtió camino a Damasco, donde estuvo tres días sin ver, sin comer y sin beber.

El padre Miguel era rubio y de tez blanca, sirio como nosotros. Desde el inicio, sentí por él una admiración sin límites. Mi mayor felicidad era concurrir todos los días a la iglesia, verlo, descubrir de a poco el mundo, éste y el otro, el que no tiene ni hora ni frontera.

Al principio, el padre Miguel nos enseñó las letras de nuestro alfabeto árabe. Desde que las vi, me sentí hechizado por sus formas misteriosas, con circunferencias sin terminar y pequeñas inflexiones, tan sutiles. Letras voluptuosas que, llenas de vida, abarcaban todo lo visible y todo lo humano,

expresando poéticamente la fuerza del mundo, cuya representación está prohibida en el islam.

El padre Miguel creía en la doble naturaleza de Jesús, divina y humana, como manda el catolicismo. Allí, participé por primera vez de la misa, que se celebraba en árabe, con algunas oraciones en ese idioma maravilloso, el griego.

Comencé, así, la lectura de la Biblia y de los Evangelios, que me acompañarían el resto de mis días.

Leía los textos como si fueran un cuento y sentía a Yahvé como a un personaje, como alguien que interviene en el mundo, sin que se lo pueda entender. Pero como yo no podía concebir otra naturaleza que la del hombre, pecaminosamente le atribuía a Yahvé una naturaleza humana, en mi conciencia y en mi pensamiento.

Así comencé en la niñez mi largo camino de idolatría, con un ídolo que no era sino un concepto, el concepto de Dios, algo que presuntuosamente desafía al Misterio.

Porque concebir es hacer nacer. Y está prohibido que el hombre haga nacer a Dios.

El padre Miguel comenzó a enseñarnos los números, primero con los dedos, después con los símbolos.

Mi avidez por los números era insaciable. Veía en ellos un mundo que estaba atrás del mundo, una ley oculta, como todas las leyes que imperan de verdad. El padre Miguel, que sólo conocía las cuatro operaciones fundamentales, decidió que mi llamado a las matemáticas debía ser correspondido y me introdujo a su amigo, el maestro Omar al Uqlidisi en la madraza Al Zahiryah.

En Siria, había mutua comprensión entre las religiones que dependían del Libro. Los judíos vivían en su mayoría en Alepo; los cristianos, en Damasco y Beirut, y los musulmanes no tenían un lugar especial. Nuestro único enemigo

eran los turcos, que cientos de años después de la invasión seguían siendo un ejército de ocupación.

La madraza era muy diferente de la iglesia. Era un lugar santo, pero dedicado a la enseñanza islámica superior. Los huérfanos como yo tenían especial acogida. Aunque yo no era musulmán, la mediación del padre Miguel fue suficiente para que me aceptaran en los estudios laicos. Sólo quedaba vedado mi acceso a la interpretación del Corán, al estudio de la Ley y a las tradiciones del Profeta.

El maestro Omar era árabe. Era un hombre grave, siempre vestido de negro, con ojos profundos y barba canosa. Caminaba despacio por el patio, mientras nos explicaba con paciencia e insistencia y hacía traer una pizarra para escribir y dibujar figuras. Salvo los días de lluvia, las lecciones eran en el patio de la madraza. El maestro Omar era un creyente convencido de honrar a Dios con el aprendizaje y la enseñanza de las matemáticas. Su nombre, Omar al Uqlidisi, era un homenaje a Euclides.

Advertí allí que el mundo estaba dominado por números que, además, atravesaban la conciencia y la gobernaban, que su poder era inmenso. Los números del espacio representaban cantidades de cosas, eran números cuantitativos, que servían para contar. Otros números, también propios del espacio, representaban la extensión. Me emocionó descubrir que estos números tenían correspondencia con las figuras geométricas.

El maestro Omar me mostró que la geometría era el alma de las cosas en el mundo, que todos los objetos, dejando a un lado los accidentes, estaban expresados en las formas geométricas. Eran cuerpos si se los concebía en el espacio, y figuras si se los concebía en un plano.

Y estaban los números del tiempo, que ordenaban el fluir de nuestra existencia en el mundo. Medían las horas,

los días, los meses y los años; iban cayendo uno a uno, indiferentes, aislados, más allá del acontecer.

Estos números ordenaban los astros, que regularmente representan el tiempo en el universo, y ordenaban nuestra conciencia, madre e hija del tiempo, que en ella corre, desde el primer albor hasta la muerte. Eran números fatales, porque nuestros días están contados, no serán ni uno más ni uno menos que aquellos que están escritos en la memoria eterna del Señor.

Los números ordinales, que establecían el orden según lo que antecede y lo que sigue, eran también números del tiempo, pero de otra clase. Eran números jerárquicos, servían para determinar alguna armonía entre las cosas del mundo o los pensamientos de la conciencia (que no sabemos aún si son la misma e idéntica cosa).

Pero había otros números, distintos de los anteriores, números misteriosos, imposibles de abordar, que habitaban fuera del espacio y del tiempo y que por ello eran inconcebibles, porque estaban más allá de la razón, como la fracción inconmensurable que produce el cociente entre la circunferencia y el diámetro.

El maestro Omar temía a estos números irracionales, que no se sometían a las leyes de nuestra conciencia, violentando el espacio y el tiempo. Estos números demostraban que todo esfuerzo por el entendimiento es inútil y vano. Eran una mirada a la tormenta del abismo, una negación del límite, una abertura hacia lo desmesurado.

Y eran precisamente estas fracciones infinitas, irracionales, que sólo Dios puede abarcar, las que regían las cosas del universo, las formas de la naturaleza y las supuestas creaciones del hombre, marcadas desde siempre por estos números eternos y absurdos, que fijaban proporciones invencibles.

Todas las formas y las proporciones, desde las de las inconmensurables galaxias que iluminan la noche hasta las de las alas de una mariposa, o las formas y las proporciones de los insignificantes templos, donde llamamos desesperadamente a Dios, todo está ordenado por estos números, tan incomprensibles como el destino.

Los números irracionales nos comunican que todo conocimiento se apoya en el Misterio. Que todo saber es provisional, pequeño, y que yace siempre entre postulados indemostrables, que debemos aceptar por la fuerza de la fe y por la necesidad de seguir existiendo. Y que sólo Dios puede saber si en esas terribles fracciones infinitas existe algún período remoto, inasible para nosotros, que aplaque nuestra conciencia angustiada y haga cesar el inestable equilibrio de nuestras vidas.

El final del aprendizaje estaba consagrado a los números algebraicos –si se puede usar esta expresión–, una especie de no números que están fuera de este mundo. El álgebra es una creación humana, un encanto mágico, basado en el supuesto de despreciar la extensión, la cantidad y el tiempo, y entonces poder resolver los enigmas como pura forma. Los números algebraicos son una burla, una contradicción en los términos, que sólo puede representarse con letras que, en el caso, nada significaban.

Sólo podíamos predicar sobre las relaciones más o menos complejas que podían establecer entre sí, pero su contenido nos estaba negado, como nos está negado el conocimiento de todo lo que está fuera del pensamiento.

Aprendí de mi maestro que estos signos sin tiempo ni extensión, mero símbolo, pura relación sin materia, pura forma, eran el arcano de mayor proximidad a la verdad que nos había permitido el Señor.

Más tarde, en mi nueva patria, aprendería otros núme-

ros, una entelequia que desafía al infinito. Estos números se abstienen de predicar la realidad de las magnitudes, sean ellas de tiempo o de extensión. Porque las magnitudes absolutas no existen en un espacio que se admite infinito, allí sólo existen las relaciones. La relación entre relaciones es una función, irreductible, desligada del mundo visible.

Los números, seguramente, son recuerdos truncos de un mundo olvidado, de un mundo que fue y al que ya no perteneceremos más. Detrás de las relaciones visibles se esconden otras relaciones que, ocultas y silenciosas, permiten avizorar el destino.

Todos los sistemas de números son oraciones que elevamos a la perfección y a la belleza de la forma, a la paradoja, al sentido y a la exactitud. Sin embargo, todas estas estructuras, que flotan en la conciencia sin posibilidad de reproche, dependen de la fe en postulados indemostrables no numéricos: el cero, el infinito, absurdos en los cuales debemos creer, aunque no los podamos concebir, bajo pena de que se derrumbe todo el edificio de las matemáticas.

Todo el conocimiento arranca de no nociones, de negaciones del ser, de memorias remotas del caos, que de todo es el Principio.

Siempre supuse que al principio no había sino números. Dios creó los números, puras ideas sin contenido alguno, o Dios es un número infinito, irrepresentable e inconcebible para nosotros, una fracción eterna, sin fin ni principio, con un período secreto, que solo Él puede conocer.

La muerte de mi madre no interrumpió mi educación. Ni el padre Miguel ni el maestro Omar se sintieron con autoridad para ingresar en el cielo oscuro y tormentoso de mi conciencia maldita.

Con su misericordia y su respetuoso silencio, me decían que sólo Dios condena.

Hasta el cielo: ¿Babel? (sueño)

El cansancio invade la tarde como un quieto telón de plomo. Rigurosas cadenas invisibles aprisionan el alma. Mientras se hunde el sol, la sombra redonda de una torre violenta la paz del horizonte. La noche del desierto se cierne como una culpa. Todo se ha detenido.

Un perro muerde mi mano, mientras lo ahogo entre mis rodillas. Estalla el sufrimiento con el bramido de la muerte. Nos miramos con desesperación: es imposible soltar, es imposible morir. Sólo sufrimiento y dolor.

Amanece mi corazón al galope.

(¿Son los sueños la visión turbada de la eternidad? Siendo infinito el tiempo y solamente cuantioso el universo, ¿se repetirá inexorable lo que ya sucedió? ¿Serán los sueños la advertencia secreta de Dios? ¿O será el perro el mensajero del ángel maldito?)

Veo a mis compañeros. Cada uno inicia su trabajo. Elevar los ladrillos ya es más difícil. Es nuestro último día de labor. Hemos comenzado el séptimo nivel de la torre. Llega al séptimo cielo.

Desde estas alturas podremos entender a Dios.

*

Más tarde, impulsado por mis tíos, Ramón comenzó su educación con el padre Miguel. Su instrucción fue intentada con el mismo esmero que la mía, pero él no tenía inclinación por las letras ni por los números. Los símbolos no lo inquietaban, sólo lo tangible lo atraía. Desde la edad más temprana se fue manifestando su fuerza física excepcional, que se convirtió en su bien más preciado.

Trataba de desarrollarla de todos los modos posibles,

levantando maderas y hierros o grandes rocas. Pasaba horas en ese propósito, extremando su don, y ya desde pequeño comenzó a hacerse conocido en Damasco. Muy poco tardaron los turcos en enterarse del joven cristiano de fuerza excepcional. Los turcos tienen un arte, una lucha salvaje de hombres untados en aceite, vestidos con un pantalón de cuero, que sólo termina cuando uno de los luchadores pierde el conocimiento o pierde la vida.

La enseñanza la realizan viejos luchadores, que ofician de sabios en cuestiones del espíritu y de la lucha y educan a los discípulos en reglas y creencias espirituales, en unas escuelas que se llaman igual que los lugares santos, porque en ellos se inició esta disciplina, cuando todavía era una actividad digna.

Todo esto es falso, porque las luchas se hacen por dinero y a nadie le interesa el desarrollo espiritual de los contendientes, sino su fuerza y su aptitud de combate.

En Damasco había varias de estas escuelas y Ramón se inició en la de la Gran Mezquita. Al principio se destacó por su fuerza descomunal, después por su habilidad y finalmente por su despiadada ferocidad.

Ramón, que era de estatura normal, parecía más grande y alto por el ancho de su cuerpo y de sus miembros. Con una apariencia tosca y brutal, era de una agilidad sorprendente, sólo emparejada por su fuerza. Desde muy joven, ya era uno de los mejores luchadores de Damasco. Esta educación turca hizo de él una persona diferente, que solamente disfrutaba de la fuerza y la violencia. Un mongol.

Ramón actuaba convencido de que su fuerza todo lo podía y de que la violencia era su principal argumento en la vida. Todos le temían y en general no necesitaba usar la fuerza. Pero muchas veces golpeaba a alguien por mero placer, sin ningún motivo. Era como un acto de amor furioso,

el desencadenamiento de un deseo, una lujuria despiadada, que le producía goce hasta la destrucción del otro.

Eran tormentas imprevisibles. Después jadeaba como un animal y se quedaba en silencio varios días. Creo que sentía pena y vergüenza de sí mismo.

De Damasco a Beirut

La noche los cuida y los amenaza.

Cautelosos, cabalgan hacia el oeste, delatados por una luna voluptuosa. Huyen. Dejan atrás el crimen, inevitable como la caída. Y terribles sueños, asechanzas de diosas feroces.

Cabalgan en pos de otra tierra, nacida de otro mar.

Perdida la aurora, buscan el resplandor de una nueva ley. Nacer con otro nombre, sepultar las tinieblas, florecer.

No hallarán otra ley. Descubrirán que el acero quebrado permanecerá para siempre quebrado. Que no hay pacto. Y que toda huida es una forma de regreso.

*

Tanto el padre Miguel como el maestro Omar me reservaban un lugar en el culto a lo sagrado. No les interesaba en qué religión. Todos sabíamos que el misterio es uno y los caminos, muy variados.

Convivíamos en Damasco los que creíamos en la doble naturaleza de Cristo y los monofisitas quienes, pese al anatema de Calcedonia, aún creían en su naturaleza exclusivamente divina. Y los musulmanes, hijos del mismo Libro, despreciaban estas discusiones, que juzgaban peligros politeístas, pues también creían en un solo Dios, sin Hijo,

sin otro Espíritu que el suyo y con un mesías al que llaman Mahdi, que todavía está por venir. Y los judíos, padres de todos nosotros, que nos miraban como se mira a los hijos descarriados, que han equivocado la fe.

Amaba Damasco, por donde todavía caminaban los espíritus griegos, que con la mera razón desafiaban el mito, pletóricos de la inútil ilusión de revelar la causa de todo.

Su memoria inmortal nos llamaba desde las inscripciones de los muros de la Gran Mezquita, que también mostraba columnas romanas y algunas que parecían escritas en arameo.

El maestro Omar, aun sabiendo que yo era infiel, me incluía en las visitas a la mezquita, en las que se leían los poemas santos, escritos en las paredes. Nos hacía recorrer el espacio encantado de la cúpula, que reflejaba nuestra visión del mundo, una esfera –la forma perfecta– cubierta de letras, que con caracteres subrepticiamente mundanos alababan la grandeza inabarcable del Señor. Y la tumba de San Juan Bautista y la de Saladino, todas bajo la misma cúpula maravillosa. Y el minarete de Jesús, Isa para los del islam, el más alto de la mezquita, el sitio en que Él descenderá, al final de los tiempos, en medio de la tempestad.

Pero estaba escrito en el cielo que yo debía partir. Estaba en el cielo desde aquella mañana en que Dios se apiadó de mi hermano e hizo que cesara aquel sufrimiento. Y que comenzara este otro, que nunca termina.

Y llegó la ocasión, que siempre llega cuando el deseo es grande. En 1898, los turcos decretaron una leva en todo el territorio. Debíamos formar parte del nuevo ejército turco.

Odiábamos a los turcos otomanos. Eran mongoles salvajes y despiadados, un castigo de Dios, que se apoderó de nuestro pueblo sometiéndolo a una esclavitud de impuestos. Aunque la invasión había sido hacía siglos, el odio

se mantenía vivo. Los turcos eran una perturbación en el orden natural, algo que no se acepta, que se sufre todos los días, algo que debe cesar.

Esto nos decidió a partir. Nada teníamos que perder en Siria.

El padre Miguel intentó detenerme con argumentos que exponían los peligros de las naciones jóvenes y salvajes a las cuales seguramente emigraría, aduciendo que un hombre de estudios debía permanecer en la Iglesia. Pero, ante mi silencio, me bendijo con todo su amor.

El maestro Omar supo desde el primer día que mi destino sería cumplido en otro suelo. Permaneció en grave silencio, con su mirada que no miraba, mientras yo explicaba lo que él ya sabía. Al final, los dos nos quedamos callados porque, detrás de las palabras, nos estábamos despidiendo para siempre. Y brotaron lágrimas de sus ojos azules.

Siempre recordé a mis dos maestros, las búsquedas, el esfuerzo denodado por entender, los momentos en que una nueva ilusión aparecía en la tiniebla de la duda, brillando lejana, con un brillo todavía tímido, todavía apagado, el camino lleno de falsas señales, de trucos y de ídolos y, finalmente, la irrupción de la luz, el conocimiento que iluminaba hacia abajo, a un mundo oscuro hasta entonces. La creencia de saber, la pasión de poseer lo inasible, pasajera como una cometa en el cielo. Y al poco tiempo, casi al instante, advertir un nuevo cielo negro, más allá de la luz, más allá. Y entonces emprender la búsqueda de nuevo, con la esperanza de otra luz que nos alumbre.

Mucho más tarde, en mi patria adoptiva, cuando perdí el rumbo del espíritu y lo cambié por la febril entrega a la acción, mis maestros aparecían en sueños, como estrellas remotas que señalaban el camino perdido.

Comenzamos un largo viaje, caminando hasta Beirut.

Allí nos quedamos, ahorrando para poder viajar a América, huyendo de la pobreza, la esclavitud militar o la muerte.

Beirut fue la primera gran ciudad que conocí. Su actividad febril, las religiones, las naciones, el comercio, todo me causaba perplejidad, temor y fascinación. Creí que no podría sobrevivir a esa ciudad que latía.

Atrás, muy lejos, quedaban la Vía Recta y las otras maravillas de Damasco, el Krak de los Caballeros y la muralla que escaló San Pablo. Y los caballeros templarios y los hospitalarios de San Juan, efímeros soldados que, como fantasmas, merodeaban por las murallas romanas, que otrora habían escalado, para salvarnos por un instante del yugo musulmán. Eran figuras estáticas, testigos arcaicos de una gloria que fue.

En cambio, Beirut vibraba con la esperanza del presente, sentía el llamado, era aquí y ahora.

Fue en Beirut donde descubrí las imágenes. En Damasco estaban prohibidas por respeto al islam, pero en Beirut resplandecían amparadas en la fe cristiana predominante y en las costumbres latinas.

Beirut mostraba sin pudor las imágenes en las calles, en los comercios. Yo las contemplaba confundido, porque aunque mi fe no era el islam, había sido educado en un mundo de símbolos, un mundo que no imitaba las formas de la naturaleza, sino que las evocaba con letras, un mundo en el cual se advertía sobre lo pecaminoso de la imagen.

La fuerza brutal de las imágenes me cautivaba como un mágico imán. Sentía una atracción irremediable, como la de un remolino que no podía evitar. Aturdido y temeroso, me refugiaba en Khalde, un pequeño pueblo en las afueras de Beirut.

Khalde era la paz después del fragor, llena de jardines que terminaban a la vera del mar. Allí no había imágenes,

salvo en las iglesias enterradas de los griegos. Enormes templos, edificados uno sobre el otro, con paredes y pisos tapizados de mosaicos. Los colores de los mosaicos eran siempre los mismos: una batalla entre el rojo y el azul. Entre el rojo, que indica la pasión, la fe, lo vivo, la sangre que fluye y también la que se derrama, y el azul, que evoca lo cristalizado, lo fijo, lo sereno y quieto, que se halla solamente en el cielo y en el mar.

Y finalmente el oro, vértice del cielo, término de una batalla sin vencedor, llamado del espíritu a la elevación del alma, final de todo el camino.

Los mosaicos tenían una cualidad luminosa, que determinaba las formas detrás de la luz, emanada de cada color. Estas imágenes, que reposaban en el plano, se asemejaban más a los símbolos, al concepto; me parecían parte de mi mundo de letras, de palabras y de versos, y me apaciguaban.

De los mosaicos brotaba una luz sagrada, que aplacaba el pecado de la imagen.

El calígrafo Abu Alí y los pecados de la imagen

Hace mucho tiempo, había en Damasco un calígrafo llamado Abu Alí.

Era el mejor de los calígrafos y había reproducido la Biblia en árabe setenta y siete veces, a lo largo de su vida. Cada reproducción era mejor que la anterior y la última era lo más aproximado a la perfección.

Abu Alí creía que esos libros durarían hasta el fin de los tiempos y que iluminarían en sus días de dudas a la cristiandad de Damasco, siempre vacilante y amenazada. Pero también creía que esos libros eran un modo de conexión

con Dios, una plegaria, un sacrificio, una ofrenda. Y que, por eso, eran indestructibles guardianes de las ideas y los deseos que en ellos reposaban.

Abu Alí pensaba que, al participar con su escritura del sustento de ideas eternas, la inmortalidad lo tocaba. Creía que la santidad merodeaba en su enorme tarea de toda una vida.

Estas ilusiones, que lo habían sostenido desde siempre, desaparecieron en instantes cuando el ejército turco entró en Damasco a sangre y fuego y las setenta y siete copias casi sagradas ardieron junto con todo lo profano.

En el fragor del combate, cuando todo parecía estar perdido, Abu Alí subió al minarete de Jesús en la Gran Mezquita y desde allí, desde el sitio en que se llamaba a la oración, contempló la destrucción de su mundo.

Contempló las murallas caídas y vencidas, el saqueo, la matanza de miles de personas y del último de los califas del islam, que había gobernado Damasco, la violación de las mujeres, la quema de las bibliotecas y de decenas de miles de volúmenes, de siglos de escrituras y libros que intentaban aproximarnos a Dios. Las matemáticas, la ciencia, la poesía y las setenta y siete copias del libro de Dios ardieron en un instante maldito.

Mientras, el río Barada fluía rojo de la sangre de los hombres y de la tinta de los libros.

Miró el horizonte, inalterado frente a tanta destrucción, como testimonio de la duración eterna de las imágenes, que reposan –todas, las existentes y las posibles– en Su eterna memoria.

Abu Alí supo en ese momento que debía abandonar su camino como calígrafo y comenzar su vida como ilustrador.

Debía dejar las letras que significaban y comenzar a crear imágenes que representaban.

La imagen, que le había parecido algo menor hasta entonces, se revelaba como la única posibilidad de representar el acontecer y el horizonte. Se sintió dueño de un descubrimiento que lo acercaba a Dios.

El horizonte desde el minarete: esa era la mirada que le corresponde al hombre, algo más alta que la cota de la llanura y parecida a la mirada de Dios.

Y las imágenes de esa mirada al horizonte, que para Abu Alí era como la mirada de Dios, reemplazaron desde entonces a las letras, a las palabras y a los conceptos.

Su convicción era absoluta: la creación de imágenes era lo más parecido a la Creación, era en realidad otra Creación.

A sus ochenta años y casi ciego, ilustró la guerra con los turcos, todo: las batallas, las muertes, los incendios, las violaciones.

Una mañana, cuando subía lentamente las escaleras del minarete de Jesús para continuar su dibujo del mundo, lo fulminó el rayo de Dios.

El minarete quedó intacto, pues el castigo era solamente para Abu Alí, que creando imágenes había querido parecerse al Señor.

La prueba de Omar

Una vez, en la época de la guerra contra los turcos, el sheik Omar derrotó con su pequeño y aguerrido ejército al poderoso emir Abdel Hakim, tomando por asalto la ciudad de Damasco.

De acuerdo con la costumbre universal, las mujeres fueron violadas o esclavizadas y los hombres y los niños, exterminados.

Omar tomó posesión del palacio del emir, llamado

Palacio de la Muerte del Horizonte, y sus capitanes y sabios hicieron un inventario de las pertenencias y de los libros. Entre las pertenencias, la más sobresaliente era el harén. Omar lo regaló a sus capitanes, con la excepción de Nasreen, la "belleza entre las bellas", a quien decidió conservar para sí. En cuanto a los libros, eran maravillosos: contenían la sabiduría acumulada de siglos y las imágenes más hermosas que alguien pueda concebir.

Una noche, el sheik Omar soñó que con sus versos encantaba a una serpiente venenosa del desierto. La serpiente, dominada por el encanto, lo seguía como una mascota y, con su veneno, lo protegía del veneno enemigo. Despertó convencido de que debía persuadir a Nasreen en lugar de forzarla, aunque era su derecho. Intentaría enamorarla y la dejaría en libertad si no era correspondido.

Mientras tanto, ordenó a sus escribas que borraran de los libros toda mención y toda imagen del emir Abdel, que había sido vencido. En su lugar, debían poner sus propias imágenes.

Cuando el sheik Omar le declaró a Nasreen su amor y su deseo, ella accedió a los pedidos. Le interesó ese hombre tan raro que, pudiendo poseerla por la fuerza, intentaba hacerlo por el amor.

Puso una sola condición: el poema en que el vencido emir Abdel estaba representado con la imagen de un toro, que la enamoraba a ella representada por una serpiente, no debía ser alterado. Sus años de amor con el emir Abdel debían dejar aunque más no fuera esa mínima huella en el mundo, ya que no le habían dado hijos el Señor.

El vencedor prometió respetar el poema tal como estaba. Y brilló entre ellos el amor y la pasión. Con el tiempo, Nasreen olvidó al emir Abdel.

Pero Dios esperaba del sheik Omar un acto de grandeza y no le concedió la bendición del olvido.

Sin que el sheik Omar lo supiera, Dios lo había puesto a prueba.

Las pruebas de Dios siempre son ocultas, como trampas tendidas a la existencia.

Y el sheik Omar no pasaba la prueba. Los celos lo atormentaban, al punto de nublarle la vista y desviarle el sentido de lo justo. No resistía más.

Hasta que, después de una encendida noche de amor, decidió quebrar su promesa y alterar el poema, que resguardaba la memoria del emir vencido y su amada Nasreen.

Lo haría él personalmente; no podía delegar el trabajo porque se avergonzaba de sus celos sin motivo ni gobierno y porque no confiaba en nadie para esa tarea, que a él mismo le parecía la peor bajeza. Hizo el cambio con bastante torpeza, porque no era un calígrafo, pero el nombre del emir Abdel quedó sustituido por el suyo, en todos los versos. Por primera vez, sintió que su amada le pertenecía y respiró en paz.

Es cierto que quedó la imagen del toro en la ilustración del poema, porque Omar no sabía dibujar y no podía cambiarla, pero no le preocupó, porque la imagen del toro bien podía referirse a él.

A la mañana siguiente, el bibliotecario notó el cambio y observó con curiosidad que el sheik Omar compartía el destino del toro y su casa astral con Yamil, el poderoso señor de Alepo.

Cuando el rumor le llegó a Yamil, éste se consideró agraviado por el arrebato del símbolo de su casa. Las explicaciones de los embajadores del sheik Omar no sirvieron para detenerlo. Pocos días después, Yamil de Alepo batió al ejército del sheik Omar y entró victorioso en Damasco.

Por orden del vencedor, el sheik Omar fue atado a un

toro salvaje, que lo golpeó contra los muros hasta destrozarlo.

La venganza y el odio de Yamil parecían inexplicables. Solamente el sheik Omar entendió: la causa era la ira de Dios.

Y murió despiadadamente y sin esperanza.

Yamil se apoderó del harén, de la biblioteca y del Palacio de la Muerte del Horizonte. Les regaló el harén a sus capitanes, en premio a su valor, pero cayó poseído de amor ante la belleza de Nasreen y la conservó para sí.

Deseaba enamorarla en lugar de tomarla por la fuerza, como era su derecho. Nasreen lo obligó a prometer que no cambiaría el nombre del sheik Omar en el poema de la imagen del toro.

Dios ponía a prueba a Yamil, como lo había hecho con el sheik Omar.

Era, otra vez, una trampa a la existencia.

Una nueva oportunidad.

*

Hubo también otras imágenes en Beirut. Una ventana en la calle de Hamra daba marco a un *niqab* negro, en el que brillaban unos ojos que me miraban como rayos. Yo no podía quitar la mirada ni sostenerla y me quedé largo rato allí detenido, mirando esa mirada, que instantáneamente amé. Fue el primer amor al que me entregué. No había conocido mujer hasta entonces.

Volví muchas veces a esa ventana, a jugar el juego de las miradas, con esos ojos amados y desconocidos. Finalmente cayó el *niqab* y vi el rostro, hermoso como un amanecer. Pero me invadió quién sabe qué temor vestido de razón y huí del amor como huye una fiera asustada.

No hay amor más fuerte que el que provoca la ilusión. Volvería a esa ventana en Hamra.

En Beirut oímos por primera vez sobre la Argentina, un enorme país, vacío y salvaje, en el cual regalaban la tierra. Los que emigrábamos en ese tiempo desde Beirut teníamos dos destinos preferidos, Norteamérica y Argentina. Siendo nosotros de habla y sangre española, nuestro destino era la Argentina. Más tarde comprobaríamos qué lejos estábamos de esta nueva patria, en la que nos creían turcos.

Ese nombre extraño y ostentoso, Argentina, evocaba de por sí la riqueza, como una promesa dirigida a quienes la habitaran. Un paraíso o un infierno, según se mire. Mi patria adoptiva ha sufrido mucho por su riqueza real y mucho más por la riqueza supuesta.

Trabajando en el puerto de Beirut, habíamos ahorrado unas pocas liras turcas. Ramón podía soportar enormes cargas en su espalda. Él era quien producía el dinero y yo quien administraba.

Había un mercado de lanas en el que se compraba y se vendía, en transacciones presentes y futuras. Yo entendí muy rápido las cantidades y las relaciones entre los números. Una intuición maravillosa guiaba mi mente, que encontraba el valor futuro como un genio del desierto.

Este don de los números nos permitía multiplicar el dinero. Se trataba de relacionar la tasa de interés, el plazo y el precio futuro de la lana y decidir si comprar o vender. Acumulamos dinero, tanto como para prescindir del trabajo, y nos dedicamos solamente a comprar y vender. Después me inicié en el préstamo puro de dinero, con la garantía de la lana establecida a un valor futuro.

Ganábamos tanto dinero, que olvidamos a la Argentina. Cada tanto aparecía el nombre, pero era como una

meta perdida y lejana, una estrella de la mañana que casi no se veía, un proyecto repetido y secretamente abandonado.

Más tarde, ya en mi patria adoptiva, aprendería que el abandono siempre comienza en secreto.

Ya teníamos mucha riqueza y nada indicaba que no siguiéramos prosperando.

Volví a la ventana de Hamra y esperé, hasta que aparecieron el *niqab* y los ojos como rayos y el hermoso rostro. De pronto, la figura desapareció de la ventana y por un momento tuve temor de no verla nunca más. Pero al instante se abrió la puerta y me hizo pasar. Ingresamos por un patio a un cuarto, cuya ventana reconocí.

Era bellísima y muy joven. Más joven que yo. Eran raros sus ojos, que a veces despedían rayos y en otros momentos una dulzura que todo lo abarcaba. Me dijo que su nombre era Aamaal y que era prostituta. Me sorprendió, porque ni la casa ni su vestimenta correspondían a esa condición. No me importó.

Mi pasión me dominaba a tal punto, que pasaba por alto los detalles comerciales que me incomodaban. Nada me importaba y me creía en brazos de la mujer amada.

Mientras se desvestía, yo admiraba su cuerpo y su piel trigueña, tan distinta de la mía. Cuando, ya desnuda, se soltó el pelo negro y lacio, sentí que el gesto era tan hermoso como repetido, que esta mujer tan deseada estaba muy lejos, que no era mía, que no me correspondía. Mi naturaleza se negó a entregarse y la vergüenza me envolvió, como un manto de hielo que extinguía el deseo.

Salí de la casa con muchísimo dolor y desesperanza. Hasta entonces, el mundo se había rendido ante mí. Pero ahora tropezaba con una dificultad insalvable, que parecía

marcada en mi naturaleza. No sabía si mi vida con las mujeres estaría signada por este fracaso, si esto era un anuncio o solamente un desafortunado accidente.

Una luna negra se interponía. Y en algún sitio del corazón, supe que este dolor del alma estaría presente en el día de mi muerte o en el de mi condena.

No volvería a Hamra. Me concentré en las ventas de paños, en aumentar la riqueza.

Sin embargo, Aamaal no se iba de mi vida. Por las noches, su cuerpo tan deseado incendiaba mis sueños y mis vigilias. En mi soledad, ella alimentaba mi lujuria con su imagen de fuego. Era un refugio, un secreto deseado, el placer más intenso. Y también la tristeza, la vergüenza, el temor de la frustración repetida.

La luna negra.

Los comerciantes del puerto, viendo mi maravillosa intuición, comenzaron a imitar mis transacciones, copiando la posición compradora o vendedora y los precios. Preguntaban y les informaba qué pensaba hacer. Decían que yo poseía un don.

Habiendo acumulado una cantidad de oro que para nosotros era una considerable fortuna, inicié el negocio de acopiar lana y otros productos. Era necesario un lugar para guardar los acopios y decidí alquilar un viejo caserón en Bab Idriss, cerca de Hamra.

Esta decisión fue un gran impulso y las utilidades se multiplicaron, gracias al comercio con Francia, que era muy intenso entonces.

Desde que llegamos al puerto de Beirut, vimos franceses en todas partes. Habían construido el puerto moderno y un ferrocarril que unía Beirut con Alepo. El maestro Omar

afirmaba que las locomotoras eran movidas por los mismos principios que los autómatas hechos por los griegos de Alejandría. Pero los autómatas se habían perdido como un viento del pasado, y lo que yo veía ahora eran estas máquinas formidables, gigantes de hierro que se movían gracias al impulso del vapor, que circulaba como sangre por sus entrañas.

Sentí que Europa se alejaba y que un tiempo que no se medía en horas la separaba de nosotros. Sentí que yo, Ismael, había nacido en un mundo en el que habían abolido la libertad de pensar y de crear. Tuve la certeza de que en otra parte, lejos de Damasco, se había iniciado otra era.

El comercio con los franceses tenía sus dificultades. Como era imposible venderles lana cruda, convocamos tejedoras de las villas y tribus cercanas a Beirut, que vinieron con sus ruecas para hilar y sus telares manuales. Pronto advertí que, siendo distintas las tradiciones, los productos eran individuales y diferentes.

Pero los franceses querían que todos los paños tuviesen la misma calidad. Me costaba entender que se despreciara la diferencia en favor de la uniformidad. En nuestro mundo, las características de un paño indican las de la persona. Por ellas se sabe de dónde proviene y también sus costumbres, sus creencias y también el grado de su educación y de su conocimiento. Nuestro mundo era un mundo de tribus, cuyos símbolos estaban a cada paso de la vida. Estos símbolos nos identificaban frente a los demás, pero sobre todo nos proporcionaban una identidad.

En el trato con los franceses y después con el resto de los occidentales, advertí que a ellos no les interesaban estas cuestiones, sino que habían adquirido una adoración por el individuo y por la igualdad. Existían tradiciones como las nuestras, pero las habían dejado de lado.

Cada persona era un mundo en sí, lo más valioso co-

nocido para cada uno, que reconocía a su vez el valor del otro, y se suponía además que todos nacían con los mismos derechos y que solamente el mérito y la suerte producían las diferencias a lo largo de la vida. Todo esto me pareció una creencia destinada a aliviar el dolor de la vida, una ilusión, un espejismo como los que sufren los que vagan por el desierto. Así acepté que todos los paños debían ser iguales, para que fueran los sueños de sus poseedores los que marcaran las diferencias.

En el intento de vender los paños, conocimos a un mecánico francés, en realidad un mecánico naval, llamado Marcel Condé, que se interesó por nuestra aventura comercial. Marcel era un hombre alto, delgado, de piel blanquísima, que no parecía pertenecer al oficio de los mecánicos. Se ocupaba de las reparaciones menores de los buques cuando llegaban a Beirut y vivía en el puerto, en condiciones muy pobres. Había llegado para la construcción del ferrocarril a Alepo y se había quedado en Beirut pensando que podía hacer fortuna. Conoció a Ramón cuando éste lo defendió en una pelea de borrachos, en un almacén del puerto. Ramón no tenía ningún sentimiento de justicia. Lo defendió porque lo estimulaba pelear contra varios a la vez, sentía placer en golpearlos con su habilidad y su fuerza superior.

Marcel vio los telares y las ruecas, que tenían pequeñas diferencias entre sí. Eliminó esas pequeñas diferencias y construyó un modelo de rueca y uno de telar, mucho más simples que los de cada pueblo.

Cuando trajimos a las mujeres y les presentamos los nuevos instrumentos con los que debían hilar y tejer mostraron reticencia, pero la vencimos muy rápido bonificando el jornal. En pocos días, ya varias mujeres habían aprendido y contratamos carpinteros para construir varios ejemplares de la nueva rueca y del nuevo telar.

Al final había cuarenta mujeres trabajando, desde el amanecer hasta el atardecer, porque se necesitaba luz para el trabajo. Condé tenía doce tantos del paño vendido y se ocupaba de dirigir a las mujeres.

Nuestro paño se vendía en el puerto a los comerciantes que lo colocaban en Francia. La operación nos permitió multiplicar varias veces las ganancias, porque seguíamos comprando barata la lana, pero había mucha utilidad en la transformación.

Todo parecía estable y duradero y dejé que la ilusión de permanencia se apoderara de mí. Muchas veces en mi vida la aparente quietud trastornó mi conciencia de lo efímero. En eso consiste la vanidad, en olvidar quiénes somos y en creer que podemos conocer algo que pueda trascender el estrecho perímetro de nuestra conciencia.

¿Qué nos condena, el olvido o la soberbia? Jamás lo sabremos.

El barco sagrado

Pero todo lo que tiene principio tiene fin.

La policía turca advirtió nuestra infracción a la leva y amenazó con apresarnos e incorporarnos a su repugnante ejército.

Como todos los turcos son corruptos, no vacilamos en ofrecerles dinero. Al principio fue bueno, porque los teníamos a nuestro servicio. Pero ellos y nosotros sabíamos de nuestro mutuo odio y desprecio. Al poco tiempo, nos pedían tanto dinero que casi trabajábamos para ellos. Yo avizoraba que en el futuro, cuando no nos quedase más oro, cumplirían su amenaza de entregarnos a su ejército como desertores.

Así decidí que partiéramos de Beirut, antes de perder

la libertad y la riqueza. No era fácil hacerlo. Carecíamos de documentos y no podíamos obtenerlos por ser desertores. Los turcos nos perseguían constantemente, demandando más y más dinero.

En aquel tiempo, Dios me protegió. Un comerciante druso muy rico se apiadó de nuestras penurias. El druso se llamaba Shakib Arslan. Era un hombre respetado, siempre vestido con un *kaftan* azul oscuro y el tocado blanco de los drusos. Era un comerciante agudo y poderoso que, pudiendo conducir sus negocios desde su casa, concurría todas las mañanas al mercado del puerto. Desde que nos conocimos, sintió inclinación por mí. Había ganado mucho dinero siguiendo mi intuición y mi cálculo para determinar el precio futuro de las lanas y, más de una vez, me había ofrecido una asociación. Yo desconfiaba de los drusos en general porque ocultan su fe, que consideran secreta, incluyéndose subrepticiamente en los ritos de musulmanes o cristianos y disimulando sus verdaderas creencias.

Su piedad era real, pero ello no impidió que nos cobrara un importante honorario por su intervención, destinado a sus amigos turcos. Así, con muchas vicisitudes, como se verá, obtuvimos nuestros documentos, donde se consignaba que habíamos sido exceptuados de la leva.

El druso puso mucho énfasis en que los documentos servían solamente para viajar. En otros términos, los "arreglos" eran respetados por las autoridades migratorias, pero si pretendíamos permanecer en suelo otomano seguramente en algún momento los documentos serían cuestionados y nuestro destino sería una cárcel turca.

Condé, que era un buen amigo, quedó dueño, por fuerza, del negocio del paño y de la casa de Bab Idriss. No creo que le haya ido bien en el negocio, porque no era un comerciante, sino un mecánico. No me importó, ni la pér-

dida del dinero destinado a comprar documentos, ni la del comercio de paños, ni la de la casa de Bab Idriss. Habría otras pérdidas.

A los pocos días de iniciar nuestras negociaciones con el druso, reapareció Aamaal en mi vida, cuando yo creía que solamente era una imagen de mis noches. Era amiga de una de las tejedoras, habían nacido en el mismo pueblo. Cuando la amiga le habló del hombre pelirrojo de Damasco, Aamaal inmediatamente supo de quién se trataba.

Vestida con ropas de paisana, se presentó entonces a Condé como una candidata a tejedora y preguntó por Ismael Núñez Irala. El encuentro fue muy diferente del de Hamra. Los ojos vivaces, enmarcados en el *niqab*, tenían una nueva mirada. Sentí que por primera vez una mujer me elegía. Mis maestros y también los comerciantes del puerto de Beirut me habían elegido, pero nunca una mujer. Me invadió una pasión de amor.

Subimos a mi cuarto y todo fue diferente. Nació el deseo, como cálida miel y como tormenta, y nació el amor, dentro de su cuerpo, cerca de su alma.

Aquella noche permanecimos unidos en el amor, como dos desesperados. Desde entonces, la pasión ha sido para mí el refugio de la vida, que es toda estruendo y persecución.

El refugio de la vida en la vida.

A la mañana siguiente, cuando nos despedíamos, apareció mi protector druso. Reconoció enseguida el oficio de Aamaal y ponderó su belleza cariñosamente, como lo haría un padre. Le dijo que sus patrones jamás la dejarían libre sin que se pagara su libertad, que –dada su juventud y su belleza– debía tener un altísimo precio. Cuando yo protesté que estaba dispuesto a pagarlo, el druso me miró con lástima, como a un irresponsable, y me dijo:

–Ismael, usted es un fugitivo. Por el bien de todos y

también de la bellísima Aamaal, entienda que la ausencia es su única esperanza.

Dicho esto, tomó alguna distancia para que nos despidiéramos. Aamaal tenía los ojos llorosos, pero sabía que el druso tenía razón. Juramos volver a vernos, pero nos abrazamos sabiendo que era para nunca jamás. Sentí un tremendo dolor, un dolor irreparable, y supe que no vería más a esa mujer, amada para siempre, como todo lo perdido en el fragor de la vida, puro destello e ilusión.

Sólo podía pensar en Aamaal y sin embargo necesitaba prestar mucha atención al arreglo con el druso. Yo estaba dispuesto a acceder a todo lo que pedían los turcos, pero el druso insistió en que la transacción debía desarrollarse cautelosamente. Si no había una negociación dura, los turcos, con su suspicacia, supondrían que alguien muy importante estaba involucrado y muy probablemente se negarían a continuar, temerosos del castigo que podrían afrontar. Así que el druso discutió cada centavo, cada escalón del procedimiento, con una paciencia que sólo dan la edad y la experiencia.

Finalmente, a las dos semanas de comenzada la negociación, el druso nos anunció que en pocos días debíamos presentarnos en la oficina de la policía del puerto para recibir los documentos. Inmediatamente sospeché una traición, porque era a ellos, a los del puerto, a quienes entregábamos dinero todo el tiempo, desde que se había descubierto nuestra infracción a la leva, y sabía que no tenían la autoridad para emitir documentos.

Me sentía preso de la situación. No sabía cómo salir y en la desesperación hablé con Marcel Condé. Al día siguiente, fuimos al consulado de Francia. Allí explique lo que me ocurría y me recomendaron, por mi apellido, que fuese al consulado de España. Yo sabía que allí tampoco me ayudarían, porque había nacido en suelo otomano, bajo sus

crueles leyes. Decidimos hablar con el druso. No era fácil, siendo un hombre muy rico e importante cuya casa parecía una fortaleza, con guardias por doquier. Era entrar a un lugar donde fácilmente podíamos perder la vida sin que nadie se enterara. La compañía de Marcel Condé me daba seguridad, porque lo pensarían más con un ciudadano francés.

La casa era blanca, casi sin ventanas y ocupaba la mayor parte de la cuadra. Ingresamos por una puerta muy alta, que nos abrieron desde adentro, antes de que tocáramos el llamador. Atravesamos un patio rodeado de galerías a las cuales daban los cuartos, que se sospechaban detrás de las puertas. En el centro había un estanque, que reflejaba las columnas de la galería. Llegamos a un segundo patio, en el cual estaba la sala de recibo, que tenía una enorme arcada. La sala era la más rica que yo había visto. Las paredes estaban adornadas con poemas escritos en caracteres cúficos y se distinguían los nombres de los profetas venerados por los drusos: Adán, Abraham, Moisés, San Juan el Bautista, Jesús, Mahoma, pero también pensadores griegos. Los versos del libro de Hikma, escritos en las mayólicas azules, cubrían todas las paredes hasta el techo y el piso de mármol estaba cubierto con alfombras de colores tenues.

En su sala de recibo, el druso parecía una persona mucho más importante que la que habíamos conocido en las calles y en el puerto de Beirut. Descubrí allí que pertenecía a la casta de los responsables de la doctrina y de la fe.

Sentados a un costado, dos guardias tomaban nota de todo, como si fueran escribas. La conversación era muy difícil, yo temía tan siquiera rozar la posibilidad de que el druso se sintiera insultado, porque eso era una salida perfecta para eliminarnos. Tampoco tenía el menor indicio de cuál podía ser el motivo de su traición. No sabía cómo encarar la conversación en la que se jugaba mi vida o mi libertad.

Comencé aludiendo a la admiración que despertaban los drusos por su fuerte apego a las reglas morales, más allá de las reglas civiles, que solían ser caprichosas y arbitrarias, sobre todo en el Imperio y con relación a los pueblos de otra fe, como los drusos, los judíos y los cristianos.

El druso miraba detrás de mí, sin prestar atención, como esperando que llegara mi acusación. De pronto, interrumpió mi discurso con una seña. Callé. A otra seña, se retiraron los guardias.

Me indicó que me acercara y mirándome a los ojos me dijo en árabe para que Condé no entendiera:

–Amé a tu madre Fatwa, como tú amaste a Aamaal. Todo el daño y la humillación que puedas imaginar son poco comparado con lo que realmente sufrí. Juré venganza. Cuando llegaron a Beirut y oí el nombre Núñez Irala, supe que mi hora había llegado. Hoy, que puedo cumplir mi venganza, la piedad ha frenado al odio. Considérate libre. Puedes irte. Mañana te darán indicaciones.

Fatwa, desde tan lejos, desde el cielo o el infierno, había seguido causándonos daño a mi hermano y a mí.

Mucho más tarde, pasados los años, tuve la certeza de que el druso jamás había pensado en traicionarnos. Sólo necesitaba ejercer el perdón, una necesidad que comprendemos todos aquellos que alguna vez hemos tenido que odiar para sobrevivir. Este pensamiento me acercó a él.

Sin embargo, en aquellos tiempos, nada destemplaba mi ánimo. Sentía que éramos esclavos comprando la libertad, un bien sin precio en este mundo. Creía yo entonces que la libertad era un bien que estaba fuera de mí, un bien que sólo estaba en la acción, en el mundo. En consecuencia, libertad equivalía a poder, no había para mí otra libertad que la que se conquista con la fuerza, el dinero o el mero poder.

Grave equivocación que signó mi vida, una locura…

Tal vez Dios en su sabiduría me indujo al error, con algún fin que jamás conoceré.

Sea como fuere, el druso nos presentó a un patrón francés, dueño de un barco que hacía el tráfico hasta Marsella. Se llamaba Jacques Leclerc y parecía turco, por lo corrupto. Leclerc hablaba el árabe, porque hacía más de treinta años que venía a Beirut. Sin embargo, se negaba a hablarlo salvo que fuese inevitable y cuando lo hacía tenía el acento de quienes nunca quisieron aprender. Era un hombre gordo, de unos sesenta años, prepotente y gritón, y siempre parecía acalorado. El druso Arslan nos presentó en una cantina del puerto, advirtiéndonos que Leclerc era un borracho prepotente que siempre estaba armado, pero que sin dudas tenía los medios para sacarnos de Beirut.

Así, en la inferioridad de la necesidad, negociamos el precio y demás condiciones de nuestro viaje.

Leclerc, en apariencia, transportaba vino barato del Líbano, que después se mezclaba con las cepas francesas. Pero, además, llevaba jornaleros sin documentos que iban a trabajar al sur de Francia, a la vendimia o a cualquier otro conchabo temporario, terminado el cual debían volver al Líbano. Muchos de estos jornaleros trabajaban como esclavos, pagando con ese sacrificio documentos que les permitían no regresar. Los documentos eran perfectamente reales y los emitía la autoridad turca, gracias a un arreglo económico que tenía con Leclerc.

Como los jornaleros ilegales tampoco podían permanecer en Francia, con más trabajo esclavo compraban su viaje a países que recibían inmigrantes; para ello, tenían que viajar a Génova. Leclerc hacía la ruta de Marsella a Génova en su regreso a Beirut, de modo que todo estaba arreglado.

Siempre es de noche (sueño)

Un barco blanco, su proa mágica adivina el rumbo, oculto en la bruma de un mar. En su eterna deriva, los marinos confían en un destino, un lugar al que se llega, un viaje que cesa. Buscan una nueva tierra, otro inicio después del inicio, una costa, cualquier costa, una mujer, cualquier mujer, el final del espejismo, el final de la bruma, el nacimiento nuevo, la historia cancelada de la forma.

Siempre es de noche, por eso necesitamos la luz.

*

El barco del francés era blanco, se llamaba *Argo* y era un gran navío a vela, con una máquina auxiliar.

Desde niño recordaba los cuentos sobre el *Argo*, el barco blanco de los griegos, blanco como la pureza del espíritu y como la libertad. El *Argo* de mi infancia navegaba por terribles mares, buscando restituir el tesoro de un dios. Es una paradoja que ese relato, tan opuesto a mi sórdida realidad, haya sostenido mi ánimo, obrando como un presagio, como una infundada esperanza, como un amuleto.

¿Qué buscaban Jasón y su tripulación de héroes semidioses? ¿Qué era el vellocino de oro de mi infancia? ¿Simbolizaba el poder de Dios o su perdón? ¿El misterio insondable de su ser o el brillo de su luz en las olas del mar?

Yo creía que el *Argo* era un barco de perseguidos y que el vellocino de oro era la libertad.

El vellocino de oro era la orilla, en que –por fin– se deja de huir.

Veía algo profético en el nombre de mi nueva tierra, Argentina, una tierra signada por un barco santo.

Debimos pagar por anticipado nuestro viaje hasta Gé-

nova. Leclerc nos retenía los documentos, como garantía de que no abandonaríamos la nave en otro puerto. Habría sido peligroso para él, según nos explicó. No le creí.

Partimos una mañana muy temprano hacia Rodas, nuestra primera escala.

Tuve la sensación de haber comenzado un viaje sin rumbo, donde todo era provisorio, una huida hacia una libertad ideal, que no se sabía dónde estaba. Me sostenía una certeza infundada, una fe sin tiempo ni espacio, casi como la fe en Dios. Y también el nombre sagrado de ese barco.

Hoy sé que mi viaje había comenzado mucho antes, aquella noche en que mi hermano Ramón temblaba y me abandonó el Señor.

Como teníamos dinero y habíamos pagado nuestro pasaje, nos dieron un alojamiento privado, en una parte de la bodega, dividida por una mampara que nos separaba de los jornaleros.

Los marineros parecían guardias turcos. Nos despreciaban y maltrataban cuando estábamos en cubierta. Iban todos armados y era evidente que habían sido elegidos cuidadosamente para custodiar la carga humana de esclavos, que buscaban su libertad en otra tierra.

La conquista de la libertad entraña siempre un sacrificio. Ese sacrificio se parece a la esclavitud. A veces, se parece demasiado. A veces, la libertad nunca llega. Y otras veces, aquello que vivimos como la libertad conquistada no es más que otra forma de sometimiento.

Tras pocos días de navegación pudimos ver la isla de Rodas en el horizonte. Aparecía cada vez más nítida, hasta que se vieron claramente las altas murallas del puerto. El *Argo* arrió las velas, puso la máquina auxiliar y así fondeamos, en una maniobra que dirigió Leclerc con maestría. Yo estaba

absorto mirando las altas murallas que superaban todo lo que me habían contado y lo que había imaginado.

El *Argo* permaneció en Rodas solamente tres días, que aproveché para girar mis ahorros a Génova. Tenía temor de continuar la travesía con treinta mil francos de oro. Eran mil quinientas monedas, que por su peso y volumen resultaban difíciles de transportar y de cuidar. Previendo esto, el druso de Beirut me había recomendado que en Rodas viera a Isaac Abravanel, un comerciante amigo suyo que seguramente podría ayudarme.

Rodas tenía para mí múltiples significados, que venían de mi educación católica. Había sido uno de los últimos bastiones de la cristiandad que resistieron el avance turco. El padre Miguel siempre contaba las hazañas de los Caballeros Hospitalarios de San Juan y su heroica defensa. En sus cuentos, la ciudad había sido violada como una virgen por los soldados turcos. El padre Miguel recordaba lo ominoso del nombre, porque Rodas en la remota antigüedad se llamaba Asteria y también Oloessa. Ambos nombres unidos significaban "estrella de la muerte".

En el puerto había un intenso movimiento: peones que transportaban cargas y comerciantes que compraban y vendían mercancías en el lugar. Los griegos eran los dueños de la situación y los policías turcos se limitaban a cuidar el orden.

Entramos en la ciudad por la Puerta de Santa Catalina y comenzamos a caminar por la calle de los Caballeros. A ambos lados había edificios de dos plantas, que en otros tiempos albergaron a los Caballeros Hospitalarios. Los Caballeros habían sido expulsados por los turcos pero, siglos después, Rodas todavía era una ciudad ocupada, como si los turcos nunca hubieran podido o querido poseerla.

Los edificios abandonados hacía siglos imponían su

arquitectura normanda, tan remota para mí como para el islam, y aún conservaban los blasones de cada una de las naciones que formaron la orden: alemanes, italianos, franceses, ingleses y españoles.

No perdimos el tiempo. Nos habían indicado que encontraríamos al enviado de Abravanel en la acrópolis; cruzamos la ciudad medieval con dificultad y llegamos al atardecer.

Desde la acrópolis se veía el escenario de la heroica epopeya de los Caballeros: las murallas que habían defendido contra los turcos y que cayeron después de un año de sitio naval y terrestre. Ahora, desde la altura de la ciudadela griega, veía los restos de los campamentos turcos, con barracas semidestruidas, que tres siglos atrás habían alojado a los sitiadores, y cañones y bombardas, oxidados y en desuso, abandonados en el campo después de la victoria.

Esperamos más de dos horas, hasta que vimos en la base de la acrópolis a un hombre vestido de negro que hacía señas con un bastón.

–*Shalom* –dijo el hombre–. Soy David Cordovero. Me envía Isaac Abravanel para llevarlos a su casa.

David hablaba español, aunque con el acento fuerte y arcaico de los sefardíes. El uso del español era una señal amistosa, un mensaje de intimidad en un territorio en el que se hablaba turco o griego.

Después de haber sido brutalmente expulsados de España, muchos sefardíes habían encontrado una nueva patria en la isla. Las regiones de frontera como Rodas eran mucho más tolerantes que las regiones centrales, quizá porque la cercanía del peligro nos recuerda la igualdad de todos los hombres a los ojos del Señor.

Comenzamos un largo camino atravesando los restos del campamento turco, y llegamos a un cementerio gris, con

sobrias lápidas. Era el cementerio judío. David dijo que hacía dos meses había muerto su padre, y rezó una breve plegaria. Luego seguimos caminando hacia el barrio judío de Rodas.

Entramos en la ciudad y caminamos durante más de una hora por la calle de servicio que corre en el borde interno de la muralla. Atravesamos el puerto pesquero de Mandraki y el puerto del Comercio, y entramos en el barrio de los judíos. Caminamos por las callecitas medievales con casas de piedra, hasta llegar a una pequeña plaza. Enfrente había una casa algo más grande que las demás, la casa de la familia Abravanel.

David tocó a la puerta y pronto estuvimos ante Isaac Abravanel, miembro de una familia ilustre de Sefarad.

Era un hombre mayor, vestido totalmente de negro, lo cual hacía brillar su barba plateada. Hablaba español con fuerte acento, igual que David, y sus ojos estaban vacíos. Era ciego. Su presencia irradiaba sabiduría, una sabiduría espiritual profunda que parecía emanar de esos ojos sin propósito, como si poseyera una mirada misteriosa, que atravesaba cualquier resguardo del alma. Uno tenía la sensación de estar desnudo cuando Isaac Abravanel miraba con esos ojos desorientados, siempre dirigidos hacia el cielo.

Isaac nos dijo que había recibido una carta de su amigo el druso, a quien apreciaba mucho y con quien tenía una relación de años, y por ello debíamos considerarnos sus huéspedes. En la mañana siguiente nos presentaría a Jacob ben Iosef, un notario que se ocupaba de letras de cambio y que mantenía relaciones comerciales con los genoveses. Mientras tanto, nos invitaba a compartir la mesa y a pasar la noche en su casa.

La mesa estaba dispuesta en un patio cuadrado rodeado de olivos, que apenas se movían con la brisa. La esposa de Isaac, Raquel, y su hija Shulamit, una niña bellísima que

recién entraba en la pubertad, sirvieron la cena. Yo no podía dejar de mirar a Shulamit, sus ojos verdes y su pelo oscuro. Era una imagen de la gloria, infinitamente más sutil y refinada que Aamaal.

La conversación giró hacia la conquista de Rodas. Los turcos, dijo Isaac, habían bombardeado con la artillería las murallas más débiles, que eran precisamente las del barrio judío, defendido por los caballeros italianos y por los judíos en estrecha colaboración. Isaac hablaba como si esos combates hubiesen tenido lugar hacía poco tiempo, no tres siglos atrás. La defensa duró casi un año. Una vez por semana se leían las bajas de judíos y cristianos. Hasta que un proyectil voló la sinagoga. Esto fue una señal, un llamado, y los soldados de ambos credos se lanzaron en un ataque suicida. Los turcos tuvieron que retroceder. Pero el destino de Rodas estaba marcado. La arrolladora valentía de los defensores les provocó fuertes bajas y los atacantes entraron finalmente por las brechas que la artillería había dejado en las murallas. En instantes, se perdió lo que se había defendido durante casi un año.

Sentí claramente que entre este maestro ciego y el padre Miguel había un puente de sabiduría que trascendía los credos y las costumbres.

Después de comer, Ramón y yo fuimos conducidos a un pequeño cuarto de huéspedes. Soñé que alguien tocaba suavemente a la puerta. Cuando abrí, vi que Shulamit se iba apurada, con el pelo suelto, cruzando el patio hacia su dormitorio. Volví a dormirme y al despertar recordé el sueño con pasión de enamorado.

Por la mañana, David Cordovero nos llevó a lo del notario ben Iosef.

La transacción llevó mucho tiempo, porque se requería anotar la fecha de acuñación de cada moneda y someterla

a pesaje, ya que la negociación se hacía por onzas de oro y no por valor nominal.

Cuando la escritura estuvo terminada, se hizo presente Isaac Abravanel, que la firmó de conformidad conmigo.

El documento decía, en esencia, que yo había entregado una cantidad de onzas de oro a Isaac Abravanel, quien autorizaba a Michele Finzi Bolaffio, comerciante genovés, a pagar por cuenta y orden de Abravanel una cantidad igual a la entregada por mí, en la ciudad de Génova, deducidos los honorarios del notario y la comisión de Abravanel. Conservé cien monedas de oro, para hacer frente a los gastos del viaje a Génova.

Volvimos a la casa de Isaac todos juntos. Se sirvió un frugal almuerzo de despedida. Los ojos verdes de Shulamit permanecieron fijos en los míos durante el almuerzo.

¿Había sido un sueño?

Nos apresuramos para volver a tiempo al *Argo*, pues teníamos miedo de que Leclerc partiera en cualquier momento abandonándonos allí. Por suerte eso no sucedió y embarcamos a tiempo. Sin embargo, el resto de nuestra travesía fue mucho más incómoda porque, para transportar mujeres, nos despojaron de nuestro espacio privado. Seguramente era ésta una compra de ocasión de Leclerc, que jamás desaprovechaba una oportunidad.

Las mujeres eran más de una docena, de lo más variado en edad y belleza. Había una, llamada Cristina Protos, que sin dudas mandaba. Alta y fuerte, de unos cuarenta años, tenía la frente despejada. Era amiga y socia de Leclerc y durante el día se encontraba en cubierta con él. Los marineros del *Argo* la conocían, y la saludaban respetuosamente.

Su altanería y sus burlas por nuestra ingrata mudanza

a la bodega común me llenaron de odio, una emoción que no podía permitirme. Todo el tiempo hacía esfuerzos para contenerme, ante su risa destemplada y su provocación.

El resto del viaje hasta Marsella permanecimos hacinados y encerrados en la bodega, como los que nada habían pagado, soportando las burlas de los jornaleros y de Cristina la griega, que no perdía ocasión de reírse de nosotros. Oíamos el agua resbalando en el casco del *Argo* e imaginábamos la libertad.

Leclerc estaba condenado, era una bestia infiel.

Hicimos una breve escala en Marsella. Descendieron del barco los esclavos destinados al sur de Francia y abordaron los que iban a Génova, como nosotros, con algún destino americano.

Yo temía que el patrón del *Argo* nos extorsionara, pidiéndonos más de lo comprometido. Pero no fue así. En la travesía hubo pocas novedades, salvo las peleas salvajes, en las que tratábamos de no intervenir.

Divisamos desde lejos el faro de Génova, una linterna que se alza casi hasta el cielo, como un minarete de la cristiandad. Nunca habíamos visto algo así. Las torres del islam en Damasco convocaban a someterse a Dios mediante el llamado a la plegaria. Pero esta torre sin dios, resplandor de la noche, señalaba para nosotros un presagio de libertad, una luz que imita las estrellas, que indica un camino de esperanza.

Arribados a Génova, le pedimos a Leclerc nuestros documentos. Nos dijo que no había ningún problema, pero que teníamos que esperar unos días hasta que se los entregaran las autoridades italianas, porque requerían un visado para permitir la partida. Podíamos esperar en el *Argo*, que permanecería unos días en puerto. También nos explicó que, si aumentábamos la cantidad de dinero ya pagada, todo sería más rápido y los días se convertirían en horas.

Volvimos a nuestra bodega cargados de odio.

Esperamos la noche y fuimos a la cámara de Leclerc. Había un guardia en la puerta, pero estaba ebrio y aceptó una gratificación para ir a los almacenes del puerto, donde había licor y mujeres.

Temí que esta transacción hubiese despertado al patrón, pero dormía profundamente.

Entramos en el camarote cautelosamente. Queríamos encontrar nuestros documentos y partir sin despertar a Leclerc. Fue imposible; se despertó y hubo que reducirlo a golpes. Esto nos ayudó porque, al sentir un justificado temor a morir, nos dijo dónde guardaba los documentos. Había dinero, pero resolvimos no tomarlo. Leclerc comenzó a respirar como si le faltase el aire, su rostro enrojeció y se quejaba de un dolor en el pecho. Cuando lo dejamos parecía que iba a morir.

En aquel momento, en Génova, yo sólo pensaba en encontrar un barco que nos llevase a la Argentina.

Muchos años más tarde, advertí que las muertes han sido los mojones de mi paso por la vida. Por eso, estos recuerdos se refieren a esas muertes. Son mi verdadero camino. Todo lo demás es menor.

Génova

Dejamos el barco y nos recibieron las autoridades migratorias italianas, que nos anotaron en un enorme libro como "ciudadanos otomanos en tránsito" que venían de Beirut en el vapor *Argo*. Debíamos presentarnos ante la misma autoridad cada semana, para revalidar nuestro permiso transitorio de permanecer en suelo italiano. Había banderas e insignias italianas en todas partes, como si la

reciente unificación e independencia provocase un raro exhibicionismo.

Fue mi primera experiencia de una patria. Yo había nacido en un lugar que no era una patria. Era un territorio ocupado por pueblos sucesivos, con razas distintas, lenguas diferentes y religiones distantes. Nada nos unía, salvo haber entendido a lo largo de los siglos que hay un solo Dios. Y otra cosa, el temor y el odio a los turcos invasores, que nunca formaron parte de nosotros y se mantenían como una fuerza de ocupación. Sentía, frente a la nueva patria de los italianos, un respetuoso escepticismo.

La ciudad hervía de vida y en el puerto vivían, casi en la miseria, europeos de todas partes, que esperaban emigrar a Norteamérica o a la Argentina.

Supimos que el primer vapor para la Argentina, partía en once días y que se llamaba *Brazil*. Podíamos comprar los pasajes o anotarnos en una lista de viajeros sin pasaje, a la espera de que algún agente de inmigración se interesara por nosotros.

Compramos pasajes en la cabina de segunda clase. Decidí que nos fuéramos del puerto, había mucha policía y no quería el menor contacto con el *Argo*, ni preguntas sobre la suerte de su patrón. Nos fuimos a Sampierdarena, un pueblo en la costa del mar, muy cercano a la ciudad, unido por un ferrocarril. Vivíamos en la casa de una viuda, que alquilaba sus cuartos por día. La casa era muy grande, pero estaba repleta de emigrantes de todas las razas que, hacinados, esperaban su viaje. Durante el día la casa se vaciaba, porque todos salían a realizar tareas menores y algunos a pedir dinero por las calles de Génova, para pagar la estadía en la casa de la viuda.

Cada uno comía lo que podía en su cuarto, de modo que la convivencia era limitada. Yo no quería que llamáramos la

atención, así que decidí que saliéramos todos los días a trabajar, como los demás. Ramón pronto consiguió un puesto de estibador en la estación ferroviaria y yo deambulaba por las calles de Génova.

Beirut me había abierto los ojos sobre el comercio. Pero Sampierdarena me mostró la industria, que no existía en Oriente. Una actividad brutal, a la que los hombres se someten voluntariamente.

Sampierdarena era un pequeño pueblo, pero había nacido allí un taller de grandes máquinas de vapor para buques y ferrocarriles.

Casi todos los que vivían en el pueblo dependían directa o indirectamente de esa gran industria. Sampierdarena, que había sido una pequeña villa costera de pescadores, como las que abundan en Líbano, había quedado dominada por ese gigante gris que echaba humo. Eran muchos galpones de chapa, de un tamaño que jamás había visto, que se extendían en una superficie de varias manzanas, formando una ciudad brumosa y triste como los cielos antes de la tormenta.

Los hombres caminaban como hormigas, siguiendo senderos invisibles y predeterminados; iban como pequeñas máquinas, con objetivos precisos, que cumplían y repetían hasta el fin de la jornada. Y todo el tiempo entraban en las plazoletas que había entre los galpones grandes carretas cargadas de carbón o de bobinas de acero. El gigante las transformaba en máquinas de vapor, que se acumulaban en una gran plaza, con carteles que indicaban su destino. Había nombres de todos los lugares del mundo, escritos en el alfabeto latino, que así se apoderaba del habla de los otros pueblos.

Después de insistir mucho, me permitieron visitar los talleres. Allí entendí las reglas de la conducción del vapor, una fuerza invisible capaz de mover montañas. Y una vez

más eran los números, las matemáticas, los que permitían entender y gobernar esas fuerzas salvajes. Ver los cálculos, que determinaban el funcionamiento de estas máquinas que sometían terribles fuerzas, me llenó de admiración.

La fábrica era un ídolo, un templo en el que todos los días se entregaban la vida y la libertad a cambio de sobrevivir. Era un culto, una religión moderna, que sólo difería de las antiguas en la tristeza y en la ausencia de esperanza.

Todos los días me iba a Génova simplemente a caminar. Me atraía el orden, el método en que todo estaba dispuesto, que yo solamente había visto en las ruinas romanas de Apamea y de Bosra. También allí se advertía un pensamiento previo a la acción, un planeamiento del espacio que apaciguaba, con las calles cruciales, la del Cardo y el Decumano, siempre orientadas en posiciones similares, como para decirnos en secreto que existía al final un orden armónico en el destino. Esas ciudades romanas eran ya cadáveres, imágenes de la vida que alguna vez fue. Génova era la vida, pero en el orden geométrico de las calles, anchas y ordenadas, sobrevivía el sentido romano del orden, con la fuerza que otorga la serenidad.

Me solazaba recorriendo ese orden, inventado para ilusionarnos, sobre una armonía que sabemos inexistente. El mundo es todo fragor incomprensible, como lo reflejan nuestras ciudades caóticas y verdaderas, Beirut, Damasco, Alepo y tantas otras. "El orden siempre encubre el desorden", decía mi venerado maestro Omar. "Y la pretendida armonía esconde siempre el fragor de su fundamento, así como las formas finales de la naturaleza se apoyan en números irracionales." Recordaba Omar, con emoción disimulada, la soberbia metáfora de los griegos según la cual el mundo, que es lo limitado, donde reina el orden, está sostenido por

Atlas, el titán primitivo y bestial que a pura fuerza y sinrazón sostiene la belleza de nuestro universo.

En las ciudades orientales, no se pretende que el espacio geométrico vive fuera de nuestro pensamiento, ni se elevan ídolos dedicados a un mundo que sólo existe como ilusión, en la conciencia limitada y pequeña que Dios nos permitió.

Pero vagar por Génova, aunque fuera una simulación de la fantasía, era un descanso de la verdad, que siempre es estallido y dolor.

Siguiendo las huellas de la desilusión, que es el rumbo del destino, llegaba a los barrios antiguos, en que las calles eran más estrechas y el trazado más complejo, y aunque la luz de la razón estaba más lejos, me sentía más cerca de Damasco y de Beirut. Y de la verdad.

Esperábamos la partida, con ansiedad y con temor. Finalmente, la policía italiana nos encontró en nuestro refugio de Sampierdarena. Un día, volviendo de mi paseo diario, la policía me detuvo.

–Dénme sus documentos –ordenó el que parecía más importante–. Deben venir conmigo a la seccional del puerto de Génova.

Después de más de una hora en tren, llegamos a la seccional donde fuimos introducidos al oficial principal. Éste, un hombre rubio de unos cuarenta años, miró atentamente los documentos y en italiano nos preguntó si entendíamos. Era evidente que nuestro apellido le hacía pensar que hablábamos español y que podríamos entendernos hablando él italiano.

–Sí, entendemos lo que usted dice –respondí.

–¿Que saben del *Argo* y del patrón Leclerc? –preguntó el oficial.

–Llegamos a Génova en el *Argo* y desembarcamos sin ver a Leclerc –respondí.

Pero entonces uno de los policías hizo pasar a Cristina Protos. La griega tenía una presencia imponente y una mirada profunda.

–Los conocí en el *Argo* –dijo Cristina en un italiano con fuerte acento, y continuó–: Yo embarqué con mis compañeras en Rodas y los turcos –como nos llamaba– ya estaban en el barco.

A solicitud del oficial, relató cómo nos había conocido en el barco y cómo Leclerc nos había expulsado de la parte reservada de la bodega, para alojarla a ella con sus compañeras.

–Mis compañeras desembarcaron en Marsella y yo seguí en el *Argo* hasta Génova, para volver a Rodas en el mismo barco –siguió la griega–. La noche del arribo a Génova, bajé a tierra y al volver encontré a Leclerc agonizando, pero con suficiente ánimo como para decirme que los hermanos turcos lo habían atacado. Después de decirme eso, murió.

No había evidencia de ninguna clase, salvo la acusación de la griega y el parte médico, que decía que Leclerc había muerto por asfixia.

El odio de la griega era algo que podíamos esperar, porque la muerte de Leclerc dificultaba enormemente su próspero negocio de tráfico de mujeres. Estaba fuera de sí y de sus límites, y nos odiaba con toda pasión. También era evidente el conocimiento cómplice de los policías italianos respecto del comercio de la griega y de Leclerc; seguramente en algunas oportunidades el destino de las prostitutas esclavas había sido Génova y no Marsella.

Lejos de amedrentarme, esto me animó, ya que ponía en evidencia la corrupción de los policías italianos. Sería posible negociar, pero tenía que ser sin la griega. Con que sólo lográsemos que los policías entendiesen que teníamos dinero, cambiarían de actitud. El oficial me miraba esperan-

do una explicación. Yo suponía que a los italianos no les simpatizaban los turcos.

–Primero debo explicar que no somos turcos, aunque hayamos nacido bajo dominio otomano –aclaré–. Somos comerciantes sirios de origen español, perseguidos por los turcos por nuestra fe cristiana, de lo cual es suficiente evidencia nuestro apellido Núñez Irala, así como nuestro dominio del castellano y del francés y nuestra religión cristiana.

También les dije que teníamos dinero suficiente para pagar nuestros pasajes en cabina de segunda clase en el vapor *Brazil*, lo cual podían comprobar fácilmente, con lo que entendieron que teníamos dinero. Y pedí que se retirara la griega, que aparentemente ya no tenía nada que agregar. Esto fue concedido de inmediato, lo cual certificó la eficacia de mi introducción. Se llevaron forzadamente a Cristina, que nos miraba con odio, a una celda.

Nuestra explicación fue rápida y eficaz, diciendo solamente la verdad.

–Como usted sabrá, los turcos están reformando su ejército y establecieron una leva forzosa, por la cual querían incorporarnos a su ejército de infieles. Nosotros, igual que muchos otros cristianos, nos resistimos. Logramos escapar de Beirut pagando el pasaje en oro a Leclerc, que era un comerciante de esclavos y de mujeres destinadas a la prostitución, como se puso en evidencia en el relato de la griega.

En ese momento, los policías se miraron nerviosos.

–Es cierto –dije–; las compañeras de la griega no eran más que mujeres prostituidas, que Leclerc y la griega llevaban a Marsella.

Yo sentía que había tocado un punto sensible en los policías italianos, que seguramente también habían participado del tráfico en otras oportunidades. Se tranquilizaron cuando dije que nosotros sabíamos que, si bien las autori-

dades marsellesas consentían este tráfico, éste no era el caso aquí en Génova.

Los policías ya habían entendido que esto era cuestión de dinero y sólo faltaba un vehículo verbal apropiado. Expliqué que Génova era un sitio peligroso para extranjeros como nosotros y que necesitábamos la protección policial. Sabíamos que ellos no podían dedicarse a nosotros en sus horas de trabajo, pero bastaba con que nos tuviesen presentes y pudiéramos recurrir a ellos en caso de necesidad. Que estábamos dispuestos a pagar esos servicios en francos de oro, una parte ya mismo, en los pocos minutos que necesitábamos para ir a Sampierdarena; la otra, al embarcar en el vapor *Brazil*. Ofrecí que Ramón se quedara como prenda de seriedad mientras yo traía las monedas prometidas.

No fue necesario. A la mañana siguiente, nos encontramos en la seccional del puerto y entregué a los policías los francos de oro prometidos. Pedí ver a Cristina la griega, que había dormido en una celda sin custodia. Le entregué cinco francos de oro, que era mucho más que el costo de su viaje de vuelta a Rodas. Los aceptó en silencio y bajó la cabeza, en señal de acatamiento.

Si queremos la libertad, tenemos que perdonar. El odio es el primer impedimento de la libertad.

A mi pedido, embarcaron a Cristina la griega con destino a Estambul, a los dos días de nuestro incidente.

El faro del puerto de Génova, la Lanterna, como ellos lo llaman, se veía desde todas partes, iluminaba el mar y con su luz nos infundía esperanzas de libertad.

3. Isaac

En el vapor *Brazil*

Ismael y Ramón cruzaron el océano en el *Brazil*, pero no arribaron directamente a Buenos Aires en ese barco, sino que desembarcaron en Montevideo y desde allí vinieron, muy probablemente, en el vapor de la carrera.

Ismael tenía dinero para pagar los pasajes en segunda clase, como lo había hecho para el viaje a Génova. El apellido y el idioma español ayudaban a los hermanos a ser respetados entre los viajeros, pero Ismael siempre recordaba haberse sentido fuera de lugar, por la diferencia de costumbres, la ropa, el equipaje. Toda la cultura de los pasajeros de segunda del vapor italiano era diferente de la de los hermanos. Ismael entendió que no pertenecía a ese mundo y que le iba a costar entenderlo, aceptarlo y ser aceptado. Por ejemplo, fue recién en ese viaje cuando aprendió a usar cubiertos para comer; antes comía siempre con la mano, a la usanza árabe, aunque había visto cubiertos en Beirut.

Los hermanos reaccionaban cada uno a su manera ante esta gran diferencia cultural. Ismael permanecía en la cabina de segunda clase, en total aislamiento, lo cual seguramente no le costaba gran esfuerzo, ya que, según decían, siempre fue una persona triste y ensimismada.

En mi imaginación lo veo distinto. Veo a mi abuelo como alguien que siempre se despide, que secretamente huye e inevitablemente debe partir: de su madre brutal, de su amada Damasco, de su entrega a las matemáticas como camino espiritual, de Beirut y del primer amor, de Génova cuya Lanterna, la "torre sin Dios", es una paradójica fuente de esperanza. Más que una persona triste, percibo a alguien que siempre se está despidiendo.

En cambio, Ramón no soportaba la soledad y se refugiaba en la tercera clase, aunque hubiese hacinamiento y pobreza. Ramón siempre se relacionaba con los demás demostrando su fuerza física, que era lo único que le daba seguridad en la vida, aparte de Ismael.

Pero Ramón inevitablemente terminaba mal y perdía el control de sí en algún momento. Ismael, que siempre estaba apartado y nunca era testigo de lo que pasaba, creía ciegamente en su hermano, nada que él hiciera le parecía mal y a todo le encontraba explicación en las culpas de otro.

Desde el primer día de navegación, Ramón bajaba a la cubierta de tercera clase y con sus hazañas, propias de un atleta de circo, se hizo de un grupo de compañeros. Empezó con las demostraciones de fuerza; después, fue desafiado a luchar y venció a todos sus rivales, con lo cual ganó amigos y enemigos. Con picardía, Ramón usaba muchos menos medios de los que poseía, de modo de dejar en los demás la falsa impresión de que podían vencerlo, y lograr que hubiese lugar para más enfrentamientos. Así pasaba sus días de travesía haciendo lo que más lo divertía. Hasta que comenzaron las apuestas. Y comenzaron las luchas por dinero entre otros pasajeros, en las que ya Ramón no participaba. Las apuestas siempre traían peleas y se fue creando un clima hostil, que él también disfrutaba, ejerciendo con su fuerza brutal la autoridad final.

A los oficiales del *Brazil* las apuestas y peleas no les debían causar extrañeza, ese era el clima habitual de las largas travesías en tercera clase, que se desarrollaban en un ambiente de miseria. Que hubiese un turco forzudo con pantalones de cuero, no era a fin de cuentas tan raro.

Tampoco eran extraños los amores durante la travesía. Ramón quedó preso de una italiana, Francesca, que era de algún lugar del norte de Italia, o del límite con Francia. Francesca viajaba con su padre, un comerciante provocador y pendenciero llamado Gioia. Era un hombre gordo y rubicundo, que hablaba en italiano y francés mezclados. Siempre estaba discutiendo con los demás por pequeñeces y varias veces había golpeado a otros pasajeros. Tenía un gesto de desagrado, que era parte de su expresión habitual. Su relación con Francesca pasaba por extremos, desde un cariño que descubría su carácter incestuoso a una rabia incontenible, todo lo cual era público, en ese pequeño mundito hacinado que era la bodega de tercera clase.

El hombre abusaba de Francesca desde que era una niña y su plan era prostituirla en la Argentina. Ella estaba decidida a liberarse de su padre, y vio en Ramón a alguien invulnerable, que podía separarla del asco de su existencia y le posibilitaría comenzar una nueva vida. Lo conquistó entregándose, que es lo que mejor sabía hacer, lo único que su padre le había enseñado.

Francesca tenía unos quince años y su mirada provocativa había hechizado a Ramón, que se entendía con ella en su francés con acento de Beirut. Hacían el amor en la cabina de tercera, que no tenía camarotes; los pasajeros dormían amontonados, en colchones desparramados en el piso, apenas separados por unas mamparas que había cada cinco o seis metros.

Francesca, con el odio de años de esclavitud sexual,

le dijo a su padre que no volvería jamás con él. El italiano tenía un justificado temor de Ramón, porque lo había visto en varias peleas. Pero Francesca parecía empeñada no solamente en lograr su libertad, sino también en vengarse de su padre abusador. Le dijo que se marcharía con Ramón y además lo provocaba de todas las maneras posibles, incluso tratando de que las relaciones sexuales con Ramón fueran a la vista de su padre. A veces parecía seducirlo para que intentara abusarla; otras veces lo denigraba delante de los demás pasajeros, insultándolo con desprecio y desafiándolo a violarla. Estaba segura de que Ramón acudiría en su defensa y se sentía invulnerable.

Una tarde, Gioia intentó una reconciliación con su hija, explicándole los riesgos que corría sin su protección. Ante la negativa cerrada de Francesca y su desprecio y burla, Gioia comenzó a gritarle.

Francesca se mostraba provocativamente a su padre y le gritaba "¡Atrévete!". Gioia se contuvo, hasta que perdió el control y le dio un golpe en la cara con el puño cerrado. Francesca cayó al piso y comenzó a sangrar, llorando en silencio. Unas mujeres la apartaron del hombre, que vociferaba furioso y seguía fuera de sí.

Apareció Ramón y se llevó a Francesca a un lugar apartado. Volvió adonde estaba Gioia y lo golpeó salvajemente, lo lastimó todo lo posible pero cuidando de no causarle la muerte. La paliza brutal habría seguido, porque los marineros le temían a Ramón y no se atrevían a separarlo. Finalmente Ramón fue interrumpido por Ismael, llamado por un oficial del buque. Francesca, que se había recuperado, miraba aterrorizada a Ramón.

Gioia estaba sin sentido, con varias costillas rotas y la cara deformada por los golpes. Muy herido e inconsciente,

fue internado en la enfermería del barco. Ismael se hizo cargo de todos los gastos.

Un oficial les explicó a los hermanos que Ramón sería entregado a las autoridades en la siguiente escala, Montevideo, con un informe sobre lo sucedido, para que ellos dispusieran. Esto equivalía a la deportación a Turquía. Ismael pidió hablar con el capitán y negoció con él. Deberían desembarcar en Montevideo pero no habría informe, porque la furia de su hermano había sido para defender a Francesca del ataque descontrolado de Gioia, como muchos pasajeros y marineros podían atestiguar. Seguramente hubo también una suma de dinero que hizo más creíbles las explicaciones.

¿Cómo era la relación de los hermanos? ¿Cuál era el juicio de Ismael respecto de la acción brutal y desnuda, orientada exclusivamente por la voluntad y el deseo, que representaba Ramón?

¿Era así solamente Ramón, o también Ismael, en su progresivo abandono del espíritu y su entrega al intelecto utilitario, se embarcaba en un mundo de los sentidos, en un mundo impensable para el soñador de números, que conversaba sobre la destrucción de Rodas y el puente entre el judaísmo y la cristiandad?

¿Este viaje era un viaje hacia el olvido? Y, entonces, ¿qué quedaba de aquel *Argo*, que navegaba para recuperar un tesoro de Dios? ¿O es que Ismael nunca pudo volar por arriba de su destino, marcado por Fatwa? ¿Tan fuerte era la sentencia en su derrotero?

Ismael era como los tripulantes del *Argo*, esos héroes de alma enferma que luchan contra un sino inevitable y se malogran contra su voluntad, fulminados por una ley que cae sobre ellos como un rayo del cielo.

El capitán exigió que Francesca desembarcara "voluntariamente" en Montevideo, porque no quería más com-

plicaciones. Los tres desembarcaron juntos, pero cuando los hermanos partieron a la Argentina, Francesca prefirió quedarse en Montevideo. Nunca más vio a Ramón.

Desde Montevideo, los hermanos cruzaron a Buenos Aires, sin anotarse en el Registro de Inmigrantes, como sucedía en muchos casos.

Años más tarde, en una recepción en el teatro Solís de Montevideo, a mi tío Abel le presentaron a Francesca Gioia de Ayolas, una mujer madura, muy bella y elegante. Estaba casada con un político uruguayo, que tenía campos en Paysandú. Todavía hablaba con un acento fuerte, con la erre arrastrada.

Al escuchar el apellido Núñez Irala, la mujer se interesó por Abel. Lo único que él sabía, por referencias muy vagas, era que la mujer había sido compañera de viaje de Ismael y Ramón. Ella lo apartó de la reunión y le pidió que la acompañara a su casa. Allí le contó la historia de la travesía, de una manera compulsiva, llena de pormenores, algunos de ellos tan íntimos que hubieran sido procaces, si no hubiesen estado contenidos en la angustia de la respiración y de la mirada.

Después, la mujer se le entregó, con la misma compulsión con que había contado la historia, sin ningún afecto, por puro instinto. Le dijo que había ocultado esos episodios durante muchos años, casi toda su vida, y que por primera vez podía expresarlos. Cuando Abel le preguntó por qué se había quedado en Montevideo, Francesca contestó:

–Fue por miedo a Ramón, que era un salvaje, y a su hermano pelirrojo, con ojos de asesino.

De Buenos Aires al campo

Ismael, apartado de su aprendizaje espiritual, había sustituido la pasión del conocimiento por la voluntad de poder. Ese proceso se había verificado en pocos años, los que median entre el final de su adolescencia, cuando se despide de Damasco, y su llegada a nuestro país, ya adulto.

Beirut fue un tránsito y, como tal, el punto de cambio de Ismael.

Allí advirtió que la persecución turca, que se había iniciado tenuemente en Damasco, era concreta y real. Sintió que su destino era ser un soldado, un esclavo del Imperio otomano, y que ese destino había sido decidido en un lugar remoto, en el cual él no contaba ni siquiera como número.

Su cultura matemática se convirtió en intuición financiera. En realidad, más allá de las demostraciones matemáticas, que son caminos conocidos, cuando se incorporan nociones nuevas el horizonte aparece borroso y solamente la humilde ejercitación, el recorrido mil veces repetido, permite que en cierto momento aparezca la luz buscada, el entendimiento, que repentinamente todo lo ilumina, como un acto poético.

Desde las alturas del conocimiento nuevo, se divisa una nueva luz y, secretamente, también nace una nueva perplejidad. Esta luz debe haber alumbrado muchas veces los instantes de Ismael durante su aprendizaje en Damasco.

Ismael sintió el mismo desafío con los valores de los mercados en Beirut; los siguió obsesivamente, hasta que nació la intuición, ese don que le permitía ver los precios futuros y saber cuándo comprar y cuándo vender. El modesto producido de la fuerza física de Ramón se multiplicó por miles gracias a esta palanca de Arquímedes y, por primera vez, Ismael fue rico.

De a poco, imperceptiblemente el brillo del puro oro metálico sustituyó al vellocino de la juventud, cuyo brillo emanaba del espíritu. El intelecto poderoso de Ismael se puso al servicio de causas pequeñas, que paulatinamente lo vaciaron.

Las finanzas habían ocupado el lugar del alma.

Cuando la policía turca lo amenazó de verdad y lo sometió a un régimen de tributo para sostener la libertad, Ismael vio pasar de cerca la esclavitud. Quizá en este punto perdió el rumbo cuando, sobornando a los policías turcos, aprendió que con el dinero se compra la libertad y se ejerce el poder.

Ismael nunca entendió la libertad como un estado natural. Aprendió que la libertad es solamente un paréntesis de la esclavitud y que se consigue ejerciendo una fuerza igual y contraria a la de la opresión. "Siempre es de noche", nos dice, "por eso necesitamos la luz".

Ismael nunca aceptó, quizá por su condición natural de esclavo, que la verdadera libertad no se compra, sino que se conquista con el espíritu.

En el frenético avance de su intelecto utilitario, que parecía poderlo todo, descubrió además la cualidad erótica del poder sobre los demás, el placer del poder, algo para lo cual se necesita dinero, pero que está mucho más allá del dinero.

El poder es señorío, aquello que nos hace creernos iguales a Dios. Por eso, el poder es, inevitablemente, condena.

Y fue también en Beirut donde Ismael conoció a su primer amor, Aamaal, que brilló como una estrella fugaz y se fue sin remedio, sin rastro, como si jamás hubiera existido.

Ismael llegó a Buenos Aires y se quedó poco tiempo en la ciudad. Siempre decía que en Buenos Aires no había libertad ni dignidad. Que los que se quedaban allí terminaban como mozos de bar, peluqueros o, en el mejor de los casos,

zapateros remendones. Que prefería la pobreza del campo a la miseria de la ciudad.

Un compatriota suyo le había dicho que se podía ganar dinero en la cosecha de granos. Sin entender muy bien cómo, sin plan, Ismael partió de Buenos Aires, a los pocos meses de haber llegado.

Al principio, él y su hermano se emplearon como jornaleros para cosechar. Iban recorriendo la provincia de Buenos Aires y cosechando las distintas producciones en diferentes épocas del año, el trigo, el maíz y la papa, e intervenían en trabajos de construcción de ferrocarriles y canales. Vivían como linyeras, personas cuyo único patrimonio era el atado de ropa que transportaban al hombro. El jornal era miserable, pero superior a lo que ganaban en Europa, por lo cual había muchos italianos y españoles que venían para la cosecha y transcurrido un tiempo volvían con ahorros a su país. Algunos se quedaban en la Argentina para siempre. La vida de estos peones trashumantes era paupérrima. Los empleaban los chacareros, que eran en realidad arrendatarios de pequeñas fracciones.

Los linyeras esperaban en las estaciones de tren que los chacareros los contrataran. Se juntaban multitudes, viviendo a la intemperie en forma miserable, y los chacareros los elegían para una cosecha. En los campos vivían hacinados en galpones, conviviendo con gallinas y perros, todo estaba lleno de excrementos y de piojos, los catres se armaban entre piezas de arado, enseres de caballo y máquinas de la más diversa clase.

Ismael recordaba esa época con dolor. Repetía que para ser libre muchas veces hay que transitar la esclavitud. Y también decía que su propio nombre evocaba la esclavitud. Refería el pasaje bíblico según el cual Ismael fue hijo de la esclava Agar, que le fue dada a Abraham para tener un hijo

porque su mujer legítima, Sara, era estéril. Decía también que Ismael significaba "escuchado por Dios".

¿Alguna vez el Señor habrá escuchado a Ismael? Veo a sus sueños como oraciones desesperadas, que inútilmente piden un orden que lo salve de su sino.

El origen de Ismael era la esclavitud y su búsqueda, la libertad.

Los hermanos ahorraban casi todos sus ingresos y poseían todavía la mayor parte del oro ganado en Beirut.

Tras iniciarse como jornaleros, se fueron haciendo conocidos. Ramón, por su fuerza física inusual, su dedicación al trabajo y también por la cantidad de comida que consumía, decían que podía comerse un cordero a lo largo de un día y que nunca paraba de comer, salvo cuando trabajaba.

Alrededor de Ramón siempre había peleas. Él jamás las buscaba, pero siempre había alguien queriendo desafiar su fuerza. Ramón tenía un solo límite, que era Ismael.

Tras dos años de dormir a la intemperie y trabajar la jornada de sol a sol, habían ahorrado una cantidad considerable de dinero. Además –y mucho más importante–, Ismael había advertido las oportunidades de ganancia que le ofrecía el modo de pago a los jornaleros y a los chacareros.

Los chacareros o arrendatarios pactaban una retribución por la cosecha con los dueños de los campos. Esta retribución era un porcentaje de la cosecha, debiendo hacerse cargo con ese porcentaje de todos los gastos. Los chacareros, a su vez, contrataban a los jornaleros. Se pagaba por jornal, pero también era posible el pago por "tanto", o sea por participación en "tantos" en la cosecha, expresados en cantidad de bolsas de trigo o de maíz o de lo que fuera.

Este modo de pago era más riesgoso para los jornaleros, pero también más rentable, y muchos lo preferían. La desventaja era que muchas veces había que esperar bastante

tiempo, hasta la venta de la cosecha, y se corría el riesgo del retraso.

Ismael comenzó "comprando" los tantos de los jornaleros por un menor valor y asumiendo los riesgos de la espera y del cobro. Así, fue haciendo una posición cada vez más sólida y se estableció en Tandil. Empezó alquilando la casa de peones de la importante propiedad de un inmigrante rico en Villa Italia.

El italiano que les alquilaba era propietario de una chacra con una casa principal importante y una casa de peones que era una rareza para la época. Eran tres cuerpos, que encerraban un patio central con un aljibe. Tenía galerías que bordeaban el patio, comunicando las habitaciones con pisos de madera. Era una casa muy modesta, pero con dignidad.

Al poco tiempo, el negocio de Ismael había crecido y compraba los derechos de los chacareros, que tenían crédito contra los dueños de los campos. Eran operaciones más grandes e Ismael diversificaba el riesgo, tratando de tener muchas operaciones pequeñas y no concentrarse en un solo crédito.

Todo el trabajo lo hacía personalmente, anotando cada operación. Para asegurar los pagos, Ismael contaba con su hermano y con la policía. Las demostraciones de fuerza de Ramón lo hicieron popular entre algunos matones, a los cuales reclutó con el dinero de Ismael.

Ramón se hizo jefe de una pequeña tropa, que trabajaba para Ismael asegurando el cumplimiento en término de los pagos cedidos por los tanteros. Casi nadie desafiaba a Ramón y su banda; los que lo intentaron fueron el mejor testimonio de que hacerlo era muy peligroso. De ese modo se reducían los atrasos y los riesgos.

La protección policial era necesaria, de modo que desde el principio Ramón le dio una mensualidad al comisario.

Sólo hacía falta que no mirasen algunos episodios violentos que, por otra parte, eran muy frecuentes en la provincia de Buenos Aires a principios del siglo XX.

Ismael ganaba muchísimo más dinero del que necesitaba para vivir. No vivía como un hombre rico, porque despreciaba la ostentación y el derroche, pero poseía riqueza. Sin abandonar su moderación, había cambiado notablemente su apariencia, el jornalero rústico se había convertido en hombre de negocios, vestido siempre con trajes oscuros.

El crecimiento de los negocios de Ismael hizo que pronto fuera imposible llevar las cuentas de modo tan artesanal. Además, el volumen de cada operación había crecido mucho y se requería que los créditos fueran cedidos con formalidad.

Ismael entonces conoció a Cohen, un escribano recomendado por el comisario Aldunate, jefe de la policía. Cohen era pelirrojo, como Ismael. Dicen que hay una hermandad entre los pelirrojos. A lo mejor esa peculiaridad los unió. Pero seguramente había más coincidencias, porque la unión entre ellos quedó sellada para siempre.

Cohen fue el escribano de confianza de Ismael, desde su llegada a Tandil hasta su desgracia y su partida, muchos años después. Era hijo de judíos rusos y había nacido en Buenos Aires, pero obtuvo una matrícula en la provincia y se estableció en Tandil.

Daniel Cohen no era observante de su fe. Se casó joven en Buenos Aires con una *goy*, Natalia Urbino, con quien tuvo solamente un hijo. El casamiento fue mal visto por su familia y Cohen emigró a Tandil para establecer su práctica.

Cohen sostenía que los *goy* eran iguales a los judíos y que, según la tradición talmúdica, la Torah les había sido ofrecida a todos los pueblos. Los judíos fueron los últimos a los que el Señor se las había ofrecido y los únicos que habían

aceptado porque, según Cohen, habían sido amenazados por el Señor.

Todos estos razonamientos nos dan una idea del costo que había tenido para Cohen su casamiento interreligioso.

Era un escribano formal y serio, que se definía como "argentino judío". Desde el principio fue aceptado por la colectividad de Tandil, y después amplió su clientela debido a su creciente prestigio.

Cohen tenía caras ocultas y contradictorias, que fueron manifestándose en su amistad con mi abuelo.

Como veremos, era un hombre de acción, capaz de empresas que ponían en riesgo su vida. No era un violento irracional como Ramón, era un hombre valiente. Por oposición a esa característica, quizá por un sentimiento de infracción presente en su conciencia, Cohen era un estudioso de las tradiciones religiosas de su pueblo, aunque afirmaba que no sabía nada sobre la existencia de Dios.

Fue el único confidente de Ismael, si es que Ismael alguna vez tuvo alguno. Sin embargo, aunque eran de la misma edad y tenían contacto casi todos los días, su trato era formal y distante.

Cohen siempre se refería a Ismael como "mi amigo Ismael", aun en las horas más difíciles y ruinosas. Fue la única persona que lo llamaba así.

A veces se reunían durante horas. Es posible que en esas reuniones no hablaran de negocios; tal vez el tema fuera vagamente religioso.

Ismael tenía sueños terribles, que le provocaban grandes angustias. Su único confidente había sido el padre Miguel, cuando se confesaba allá en la lejana Damasco. Ismael pensaba que sus sueños tremendos eran el castigo a sus pecados, por eso los confesaba. Recordaba cada sueño con precisión, y padecía mucho esos recuerdos. Era fre-

cuente que despertara gimiendo agitado. La confesión de sus sueños o pecados había cesado desde que se despidió del padre Miguel.

Volvió a confesar sus sueños cuando conoció a Cohen. ¿Cómo empezó, qué fue lo que lo cautivó, como para desprenderse del temor de hablar? Quizá pensaba que el apellido del escribano le confería una cualidad sacerdotal, más allá de la profesión mundana y aparente. Ismael se reunía con Cohen para contarle su vida. Pero no narraba la vida que acontece, sino aquella otra que transcurre en los sueños, en los recuerdos, en las ilusiones, en los temores y en los actos terribles que necesitamos ocultar.

Cohen, que no sabía si Dios existía, habrá sentido que su apellido lo signaba, que le fijaba como destino socorrer a este hombre desesperado y que el socorro era un sacrificio que él realizaba en honor a ese Dios de la bruma, lejano de la razón.

Cohen escribió muchas de esas narraciones de sueños, ensoñaciones y cuentos de Ismael. Anotó algunas, que se recuperaron gracias a Saúl, el hijo condenado por Ismael. Nunca pude averiguar el motivo que lo indujo a anotarlas. Están agregadas aquí en el lugar que me pareció pertinente.

Cohen amaba y temía la vida. Siempre estaba prevenido del enemigo al acecho. Y decía que su amigo Ismael se sentía condenado por Dios.

Su amistad duró hasta la muerte prematura de Cohen, a mediados de 1938.

Algunos creían que la relación entre Cohen e Ismael se había fortalecido por los incidentes con la Liga Patriótica de Tandil. Que Ismael había intercedido en favor de Cohen frente a los jóvenes fanáticos de ese grupo ultranacionalista, que querían la expulsión de los extranjeros. Que la intervención de Ismael había permitido la permanencia de Cohen en

el pueblo. Sin embargo, esto no era verdad. La realidad es que ambos despreciaban a la Liga Patriótica, lo cual los unía a muchos estancieros, también temerosos de esos violentos que reivindicaban las ideas fascistas y nacionalistas nacidas en Italia después de la Gran Guerra.

La Liga Patriótica había formado las Brigadas Rurales, una fuerza de choque compuesta de matones que tenía asiento en los distintos partidos de la provincia y por supuesto en Tandil. Las Brigadas estaban destinadas a disciplinar a los linyeras-jornaleros y eventualmente a los chacareros arrendatarios. Se suponía que protegían a los dueños de los campos de la agresión de los extranjeros.

En general nadie simpatizaba con las Brigadas, pero todos les temían.

Los tilingos de la Liga Patriótica de Tandil, pese a no contar con la simpatía de la mayoría de la población, que era extranjera e inmigrante, se fueron haciendo fuertes en el pueblo "matoneando gringos", como les gustaba decir. Paulatinamente, su actividad de provocación permanente iba consiguiendo adeptos entre los marginales.

El panorama del campo argentino en la época era particularmente complejo respecto de la "cuestión social". En primer término, había una cuestión social porque la inmigración había traído consigo ideas socialistas, comunistas y anarquistas. La realidad es que la actividad más intensa se localizaba en Buenos Aires y Rosario, pero los pueblos de la provincia no estaban exentos de la lucha social.

Tandil, igual que el resto de nuestro país, estaba influido por el pensamiento de Malatesta, que vivió en Rosario varios años antes de volver a Italia. Malatesta había sido el pensador obrero más influyente, en el sentido de la necesidad de la organización sindical para la defensa y el combate.

En Tandil ya había un sindicato de panaderos y uno

de ferroviarios, que se inspiraban en las ideas libertarias y anarquistas que publicaba *Brazo y Cerebro* en Bahía Blanca.

Las ideas libertarias y anarquistas eran populares entre los obreros. En cambio, los comerciantes y chacareros no compartían para nada ese ideario. Sentían que eran injustamente expoliados por los dueños de los campos, pero aspiraban a un lugar mejor en una democracia occidental. En general estaban cerca del pensamiento radical.

Pero a ninguno de esos grupos le simpatizaba la Liga Patriótica, una organización salvaje que reivindicaba a Rosas y a un extremo nacionalismo suicida, según el cual los extranjeros debían irse de la Argentina o someterse mansamente a la supuesta elite que ellos integraban.

En Tandil, la Liga era particularmente detestada por un incidente que los diarios publicaron como la "refalosa de Vukovik". Milorad Vulovic era un croata convencido de las ideas cooperativas y libertarias. Había establecido un taller de maestranza de grandes piezas de hierro, en el cual se construían vigas y columnas para grandes galpones y otras estructuras. Con tesón y no poco talento financiero, la Cooperativa –como se la conocía en el pueblo– comenzó a crecer y a abordar otras áreas del comercio.

A los matones de la Liga les pareció que Vukovik era el peor ejemplo de extranjero, ya que sin nada había desarrollado una industria sobre la base del esfuerzo y el ahorro. En la imaginación primitiva de los de la Liga de Tandil, si permitían el progreso de tipos como Vukovik, la Argentina pronto sería de los extranjeros.

La Liga decidió entorpecer el funcionamiento de la fábrica impidiendo que los obreros ingresaran, apostando matones armados a caballo en los portones y amenazando a los trabajadores. El procedimiento tuvo poco éxito. Es

cierto que al principio fue en vano que Vukovik llamara a la policía, que no hizo caso de sus denuncias.

Pero Vukovik no se quedó allí. Había fotografiado los incidentes y se puso en contacto con sus amigos radicales. La Legislatura de la provincia emitió un pedido de informes para averiguar el motivo de la falta de intervención de la policía de Tandil.

La policía intervino y se restableció el orden. Los de la Liga no se resignaron a lo que consideraban un papelón y una noche secuestraron a Vukovik. Los secuestradores estaban encapuchados, de modo que aunque el hecho ocurrió en un almacén en el que había bastante gente, nadie podía dar testimonio de quiénes habían sido los autores.

Vukovik nunca apareció. Se decía en Tandil que fue torturado y asesinado con la "refalosa" y que su cuerpo fue enterrado en la sierra.

Todos sabían que los autores del asesinato eran los de la Liga, pero después de la tortura y muerte de Vukovik la gente les temía aún más.

Algún tiempo después de la refalosa de Vukovik, cuando se sentía muy fuerte, la Liga Patriótica de Tandil decidió que los extranjeros no debían concurrir a la celebración del Día de la Bandera, que se hacía con una ceremonia en la plaza del pueblo, con discursos de las autoridades y un desfile del Regimiento. Para ello, pocos días antes del 20 de junio, empapelaron la plaza con afiches en los que amenazaban a los extranjeros inmigrantes y les prohibían acceder a la plaza ese día. Hacía varios meses que Ismael, Cohen y algunos comerciantes y dueños de estancias estaban en conversaciones informales por los incidentes que diariamente provocaba la Liga. Esos incidentes afectaban el flujo de población hacia Tandil. La falta de brazos se hacía sentir

a la hora de la cosecha y, sin crecimiento de la población, tampoco crecía el comercio.

Los afiches fueron la gota que rebasó el vaso. Hubo una reunión en la estancia La Verde y el grupo estaba dispuesto a la acción directa, a enfrentar en la plaza de Tandil a los matones de la Liga.

Contrarios a la opinión predominante, Cohen e Ismael pensaban que esa acción, fuera cual fuese su resultado inmediato, no haría sino agrandar la importancia de la Liga y que, lejos de ello, había que actuar con cautela, sin alterar el orden público. Algunos acordaban con ellos, pero primó la idea de pasar a la acción directa: un grupo de comerciantes y hombres de campo enfrentarían a la Liga en la plaza.

Sin perder tiempo, Ismael decidió actuar antes de que sucediera lo que consideraba un error grave. La Liga no era nadie en Tandil, pero una pelea pública agrandaría la repercusión de los matones. Sin quererlo, Tandil le ofrecía a la Liga una oportunidad única de notoriedad. En palabras de Cohen: "Si la Liga ganaba la pelea, estábamos perdidos y ellos tendrían el dominio de la política local. Si la Liga perdía, era una víctima de los «extranjeros» y quedaba claro que los extranjeros se estaban apoderando del país".

Los dirigentes de la Liga Patriótica de Tandil eran los hermanos González Iparraguirre y el "Gaucho" Sarratea, todos deudores de Ismael, que los toleraba pacientemente porque le convenía que dependieran de él. Los tres eran conocidos por su bravura. Se habían enfrentado muchas veces con los extranjeros y encabezado matoneadas en las que se sometía a los inmigrantes a todo tipo de vejaciones. Decían que el "Gaucho" era autor de muchas violaciones; todos le temían en Tandil.

Llegó el 20 de junio. Pese a las amenazas de los afiches, ni los González Iparraguirre ni el "Gaucho" se hicieron

presentes en la fiesta, dejando a sus desconcertados partidarios sin liderazgo. No había nadie capaz de tomar el mando. Reinaba el desconcierto pero, pasadas las diez de la mañana, era evidente que algo imprevisto había sucedido y que los jefes de la Liga no estarían para la celebración del Día de la Bandera.

La plaza se llenó de gente, de extranjeros entusiasmados, y los partidarios de la Liga se fueron dispersando del sitio, que ya empezaba a ser hostil.

Finalmente, la fiesta se desarrolló con toda normalidad.

Según informó el jefe de policía, en la noche del 19 de junio los Sarratea y el "Gaucho" habían participado de una riña violenta en El Lucero del Sur, una pulpería en las afueras de Tandil. Había muerto un hombre de apellido Ledesma, y se radicó una denuncia por homicidio contra los Iparraguirre y el "Gaucho" Sarratea, que se habían fugado. Varios meses más tarde, se dijo que los habían visto por Olavarría y que no querían volver a Tandil. Aunque sin pruebas, en el pueblo todos estaban convencidos de que la intervención de Ismael había sido decisiva.

En Tandil había un gran reconocimiento a la prudencia de Cohen e Ismael y un tácito agradecimiento por la acción que todos les atribuían. Nadie sabía muy bien cómo había sido esa acción y corrían toda clase de rumores.

El "incidente" se había iniciado la noche del 18 de junio en casa de Cohen, quien había discutido largamente con Ismael los detalles de la operación, bastante compleja.

El primer requisito era que ninguno de los de la Liga debía morir: matarlos los habría convertido en héroes y esto debía evitarse a cualquier costo. En cambio, debían ser colo-

cados en el lugar más próximo posible a la muerte, al punto de disolver su carácter y reducirlos a cuerpos sin voluntad.

Además, debían quedar amenazados por la Justicia. Los autores de la operación debían ser hombres sin antecedentes, aliados incondicionales, pero con probada eficacia en la pelea.

Por último, la pelea debía darse en terreno propio o neutral.

Cohen decidió participar personalmente, quería asegurar el éxito. Llamó a Ramón, por supuesto, pero no a sus habituales soldados, sino a un ferretero de apellido Farber, a su empleado Hirshfeld y a un mecánico llamado Rusconi.

Los dos primeros eran alemanes judíos que habían participado en las famosas tropas de asalto alemanas en la Gran Guerra; Hirshfeld había sido condecorado con la Cruz de Hierro. Rusconi también era soldado y había combatido en el frente del río Isonzo, contra las tropas austríacas. Todos ellos habían sido víctimas de matoneadas de la Liga y deseaban una revancha. Cuando los González Iparraguirre habían intentado incendiar la ferretería de Farber, fueron expulsados a tiros.

Eran hombres arriesgados, acostumbrados al combate; de hecho, se sabía que Rusconi había matado a un ladrón golpeándolo con una tenaza. Ismael les había prestado dinero para iniciarse en los negocios y todavía le debían. Se les explicaron las consignas de la operación: nadie debía morir y había que preservar las vidas de Sarratea y de los González Iparraguirre.

Eligieron un almacén en las afueras de Tandil, El Lucero del Sur, de un gallego deudor de Ismael. Ramón le avisó que iba a haber un enfrentamiento con los de la Liga. El gallego le advirtió que iba a haber mucha gente, porque venía "La Pérez", una famosa bailarina y prostituta de Guaminí.

Faltaba lograr que los de la Liga fueran al Lucero del Sur. El 19 de junio, desde temprano, Ramón y su gente hicieron correr el rumor de que los dueños de La Verde estaban reuniendo peones en El Lucero para intervenir en la plaza el 20 de junio en defensa de los extranjeros. Cohen estaba seguro de que el "Gaucho" Sarratea y los González Iparraguirre no perderían la oportunidad de disolver una tropa de peones asustados, que estaban allí por puro miedo a sus patrones.

Hacía un frío intenso, en una noche de cielo estrellado. Se ubicaron desde temprano a esperar. Hirshfeld, con su aplomo, tomó el mando del improvisado grupo. Los tres sabían cómo proceder.

Los de la Liga llegaron a eso de las once. Los González Iparraguirre y el "Gaucho" Sarratea en un auto; detrás de ellos, ocho jinetes.

Farber, Hirshfeld y Rusconi se habían apostado con armas largas a un costado de la galería del almacén, unas bolsas de grano les servían de protección y apoyo. Cuando el auto y los jinetes se acercaron a distancia suficiente, comenzaron a disparar los tres. Casi todos los de la Liga habían ido armados, pero la violencia del asalto fue tan fulminante que ninguno atinó a defenderse.

Era como si se hubiera descargado una tormenta salvaje, con rayos que salían de los fusiles. Los tiros iban dirigidos a los caballos, que cayeron heridos y derribaron a sus jinetes. Un solo caballo escapó desbocado a la carrera y Ramón mató al jinete con su revólver. Era Ledesma, el único muerto en el "incidente".

El auto quedó destrozado por los balazos y chocó contra un poste de alambrado; sus ocupantes, aterrorizados pero indemnes. Farber, Hirshfeld y Rusconi salieron de su trinchera a los gritos y corrieron hacia los caídos con los

fusiles cruzados, los golpearon salvajemente con la culata y el cañón de las armas y les rozaron la cabeza a balazos, hasta que los tuvieron reunidos en un círculo, en cuclillas, arrodillados o sentados. Ramón fue de gran ayuda en esta operación. El ataque se había ejecutado con una violencia y una rapidez fulminantes.

Ramón y Farber los registraron para desarmarlos; Hirshfeld y Rusconi los apuntaban con sus fusiles. Había un silencio que dejaba oír el viento. Un silencio de miedo.

Dos de los caídos vomitaron, otros temblaban sin control. Los caballos yacían por todas partes, agonizando a relinchos.

Cohen le dijo a cada uno, mirándolo a los ojos, que lo dejaba en libertad. Todos entendieron que su vida había sido condicionalmente perdonada. Solamente a dos, Aguirre y un paisano a quien llamaban el "Taura", los convocó a la comisaría de Tandil, donde debían encontrarse con Ismael y Cohen a las seis de la mañana.

Todos sabían que lo mejor era guardar silencio.

Separaron al "Gaucho" y a los González Iparraguirre del resto y los llevaron en el auto y en un sulky. Ramón les había atado las manos con alambre de enfardar. No era necesario.

Avanzaron unos pocos kilómetros por el camino real y entraron en La Verde por atrás. En un galpón, les desataron las manos y Ramón les explicó en tono apacible que debían defenderse, porque él los atacaría. Dicho esto, les rompió el tabique nasal a golpes. Sarratea y los hermanos sangraban y tenían dificultades para respirar. Ramón pasó a golpearlos de una manera salvaje, tratando de hacer todo el daño posible, pero cuidando de dejarlos con vida. En algún momento intentaron defenderse… no pudieron. Tenían los huesos

y las articulaciones quebradas, pero lo único que sangraba eran las narices. El daño era interno.

Ramón sacó su revólver, vació el tambor, desnudó a los prisioneros y los sodomizó con el cañón del arma, al modo de las prisiones turcas. Cuando a Cohen le pareció suficiente, dijo basta y Ramón se detuvo instantáneamente. Respiraba agitado y empezó a llorar. Temblaba como si tuviera una convulsión.

A los prisioneros los tiraron en la sierra, cerca del cerro La Juanita. Como Ramón seguía temblando, lo llevaron a su casa.

A las seis de la mañana, Cohen e Ismael se encontraron en la Jefatura de Tandil. Aguirre y el "Taura" denunciaron la muerte de Ledesma. Según declararon, Ledesma había sido asesinado por el "Gaucho" Sarratea y los hermanos González Iparraguirre, esa misma noche, en El Lucero del Sur, en una pelea suscitada porque Ledesma había defendido a "La Pérez" del ataque de los asesinos.

Al día siguiente, "La Pérez" y el dueño del Lucero del Sur declararon de conformidad con lo anterior.

Dicen que después del "incidente", Ismael se mantuvo en silencio durante más de una semana, encerrado en su casa. La única persona con acceso a Ismael durante ese tiempo era Cohen. Me pregunto si Ismael, en ese largo encierro, recordó algo de su vida espiritual en Damasco. ¿Cómo se estructura un mismo personaje cuando casi repentinamente pasa de la especulación a la acción? ¿Es la misma persona? ¿El Ismael matemático de Damasco es la persona y el de Tandil una alienación? ¿O el primero fue sólo un sueño adolescente y perdido para siempre?

¿Cuál es la alquimia que permite que el especulador de los números irracionales y el jefe de una masacre organizada habiten la misma alma y el mismo nombre?

Es posible que los neoplatónicos hayan tenido razón y que la creación sea obra de un dios degradado, que nos concibió como una burla contradictoria.

Hay un texto, un sueño de Ismael, que nos habla de un dios equivocado.

Decidí agregarlo aquí. Me pareció, que en esos días posteriores a la tremenda violencia, Ismael debe haber sentido que él mismo era un templo muerto, en el que Dios ya no quería habitar.

El dios que se fue (sueño de Ismael)

A pesar del tiempo y de las tormentas, las columnas aún están erguidas, y manteniendo el orden previsto hace dos mil años, todavía forman un templo. Brilla el templo solo, en medio del desierto; es obra de un loco o de un dios equivocado.

Camino entre las piedras secas, los rayos del sol rebotan en millones de espejos. Ciego por la luz, con rumbo certero, camino hacia el templo muerto.

De noche parece habitado, acercarse causa terror, pero, subiendo los escalones, va calmando el miedo.

Ya entre las columnas, en pleno suelo sagrado, siento Su protección.

El dios que se marchó del templo me mira desde el firmamento.

Negocios violentos

Muchas veces traté de entender el clima social en que se desarrollaban los negocios de Ismael.

La Argentina estaba viviendo el final de una epopeya, quizá la más importante de su historia. Desde 1860, los argentinos habían transformado lo que llamaban el "desierto", una vastedad interminable y salvaje que hace llorar al héroe Martín Fierro, en la "pampa húmeda". Las mismas tierras, que en la supuesta época de Martín Fierro se llamaban –y eran– desierto, pocos años más tarde se convertirían en la cuenca agropecuaria más rica del mundo.

Ismael siempre hablaba del desierto, quizá por su formación bíblica. Decía que el desierto es lo que yace antes de la creación. "Toda creación está precedida de desierto." El desierto argentino se asimilaba al desierto bíblico, algo inconmensurable, un absurdo matemático que resiste cualquier denominación, porque es infinito. Y decía que el desierto argentino era el caos previo a la Nación, que la Nación había empezado cuando llegaron los trenes, las escuelas y, sobre todo, los inmigrantes. Eran éstos, los inmigrantes, los que habían enseñado y puesto en producción la agricultura y la ganadería. Los italianos y los vascos que enseñaron los cultivos y la lechería, los irlandeses que trajeron la ganadería moderna y así sucesivamente.

Esos inmigrantes, que convirtieron al desierto en el granero del mundo, eran los autores de la riqueza argentina, aunque no sus dueños. Desde la época rosista o aun antes, existía en nuestro país un sistema de latifundios improductivos, cuyos dueños tenían la suma del poder y un primitivismo cultural notable, que había retrasado nuestro nacimiento hasta 1853.

Aunque esos enormes latifundios no valieran nada, sus dueños impidieron el desarrollo de la inmigración capitaneados por Rosas, porque sentían, con razón, que el desarrollo amenazaba su poder y su posesión.

Después de Caseros, cuando el sueño alberdiano fue

una realidad inevitable y los inmigrantes llegaban de a cientos de miles, se impidió de hecho el acceso de los extranjeros a la propiedad de la tierra, frustrando el sueño con que venían de Europa.

La estructura que se desarrolló fue la siguiente: los campos siguieron siendo de sus dueños. Los inmigrantes más desarrollados, que habían venido con algún dinero o que lo habían ahorrado en nuestro país, se convirtieron en chacareros, arrendatarios o contratistas, lo cual implicaba que se les arrendaba una extensión de tierra para que ellos la explotaran, aportando todos los conocimientos y el capital necesarios. A cambio de ello, recibían menos de un treinta por ciento de la producción. Su condición era muy pobre e inestable, siempre se estaban fundiendo, pero ese también era un modo de mantenerlos en dependencia. Estos chacareros habían sido los protagonistas del Grito de Alcorta en 1912.

Los inmigrantes menos desarrollados eran jornaleros o linyeras, como lo había sido Ismael en sus comienzos; eran peones trashumantes que alquilaban su fuerza de trabajo por un jornal miserable, expresado a veces en bolsas de cereal, los "tantos".

El valor de las estancias aumentó muchísimo, gracias al trabajo y el desarrollo agropecuario que trajeron los inmigrantes, y a la exportación que se desarrolló como consecuencia. Sin embargo, los inmigrantes no compartían esa riqueza y su vida era casi tan miserable como en Europa.

Así fue como el campo en nuestro país, lejos de ser un agente de formación de un sano capitalismo como fue en América del Norte, se transformó de a poco en un sitio violento y beligerante, donde trabajaban masas disconformes, que sentían que habían sido estafadas.

Ismael se había convertido en alguien importante en

el comercio y las finanzas de Tandil. Tenía opiniones muy críticas sobre nuestro país, al que llamaba su patria adoptiva.

Decía que había llegado la hora de que los estancieros dueños de los campos avanzaran hacia el desarrollo de las finanzas, el comercio y la industria, dejando lugar para el crecimiento económico de los inmigrantes. Estaba seguro de que la situación que se vivía era absolutamente inestable y, como tal, destinada al fracaso.

Creía que los dueños de los campos no se atrevían a emprender otras actividades porque la ignorancia los hacía temerosos de internarse en aventuras desconocidas. Estaba convencido de que el lugar de la industria, las finanzas y el gran comercio, que los más ricos se negaban a abordar por su primitivismo, iba a ser finalmente desarrollado por el Estado y de que nada peor podía sucedernos.

En ese clima, Ismael se dedicaba a la actividad financiera, prestando dinero a quienes lo necesitaban más, los contratistas o arrendatarios y los jornaleros. El riesgo era grande y la violencia también.

El vasco Igartúa había contratado la cosecha de La Presea, una estancia grande cercana a Tres Arroyos, y necesitaba capital para el nuevo negocio. Cohen lo contactó con Ismael y le dijo que el vasco era una persona decente.

Igartúa era un contratista importante, que trabajaba en varios campos grandes. Aportaba el dinero necesario para pagar los jornales durante los trabajos y esperaba la venta de la cosecha para cobrar el porcentaje pactado. La actividad de los contratistas siempre era muy riesgosa, porque estaban atados al resultado de la cosecha. Era, además, una actividad cargada de violencia. Había peleas frecuentes entre los jornaleros y también de éstos con los capataces. Igartúa y sus capataces eran particularmente violentos y los jornaleros que trabajaban para él sabían que afrontaban una

especie de régimen carcelario hasta el final de la cosecha. Además, se comprometían a "cosecha terminada", lo cual implicaba que cobraban bastante más, pero tenían que terminar la cosecha. Si por cualquier motivo no se cumplía el compromiso, nada se les pagaba.

Como garantía del capital prestado, Igartúa hipotecó una propiedad suya en Tandil.

El negocio tuvo problemas desde el inicio. Los peones contratados por Igartúa no eran suficientes para levantar la cosecha. Cuando pudo completar el plantel, ya era tarde y parte de la cosecha estaba perdida.

Pero lo más grave fue que por primera vez fracasó el régimen de dura disciplina. Entre los jornaleros había unos polacos anarquistas que se resistieron a la forma de trabajo y amotinaron a sus compañeros. Los capataces de Igartúa reaccionaron con gran violencia y casi matan a uno de los polacos. Normalmente eso hubiera bastado para disciplinar a los peones, pero en esta oportunidad estaban unidos y, en lugar de volver a su trabajo, ocuparon unos galpones para refugiarse allí.

Todo era un fracaso. La policía intervino a pedido del mayordomo de La Presea y apresó a los polacos hasta su deportación. Los demás jornaleros estaban sin conducción y seguían ocupando los galpones, sin saber qué hacer ahora que faltaban los líderes, en una actitud mucho más desorientada que rebelde. En La Presea querían levantar lo que quedaba de la cosecha antes de que se perdiera en su totalidad, pero no se animaban a asumir el riesgo de financiar los trabajos y no tenían liderazgo sobre los peones amotinados. Igartúa no se sentía responsable de nada, aduciendo los infortunios que padecía y, además, la enorme pérdida de dinero que el negocio frustrado representaba para él,

como si todo fuese un accidente de la naturaleza en el cual él nada tenía que ver.

En ese momento, Ismael volvió a introducirse en el desarrollo del negocio. Preocupado por la suerte de su dinero, que dependía de la cosecha, le pidió a Cohen que le presentara a los dueños de La Presea.

Los dueños eran dos mujeres: las hermanas Isabel y Carlota Nelson, inmigrantes irlandesas que habían heredado la propiedad de un tío y se habían venido a la Argentina. Eran dos mujeres muy independientes para la época, que administraban su campo personalmente. En Tandil se tejían sobre ellas fábulas de todo tipo, desde un amor incestuoso y lesbiano hasta fogosas noches con los peones. Las Nelson se resistían a la reunión, porque tenían muchas prevenciones sobre Cohen, "el escribano judío", y su amigo, "prestamista y turco".

Finalmente accedieron. La reunión se hizo en casa de Cohen, y parecía una conspiración de los rojos, porque también las Nelson eran pelirrojas.

Carlota Nelson quedó instantáneamente seducida por Ismael, nada más que de verlo.

Al principio conversaron en general sobre la situación. Las Nelson comentaban la actitud de los polacos, el motín de los peones, la situación de parálisis y la cosecha que se perdía, todo culpa de Igartúa, un salvaje que había precipitado la rebelión con sus rigores absurdos y brutales. Pero nadie aportaba una solución. De a poco, las opiniones acertadas de Ismael se fueron imponiendo hasta que, saltadas las vallas culturales, todos esperaban que mostrara el camino.

Y así fue. Ismael dijo que Igartúa era un irresponsable y que llegaría el momento de ocuparse de su suerte. Mientras tanto, lo primero era levantar la cosecha, para achicar la pérdida de todos los involucrados. Ofreció poner el capital

necesario, sustituyendo a Igartúa en su rol de contratista. Él se haría cargo de convencer a los peones de volver a su trabajo. A cambio, debían aumentarle el porcentaje de retribución al sesenta por ciento de la cosecha. Era un valor exagerado e inusual, pero adujo que estaba asumiendo el riesgo total de la operación, para salvarlos a todos de la pérdida.

Si se aceptaba su propuesta, tendría además la conducción total de la operación, sin interferencias de ninguna clase, hasta que todo estuviese liquidado y pagado, de lo cual se ocuparía Cohen.

Nadie entendió en profundidad qué implicaba "no interferir". Los pedidos de Ismael eran siempre exigencias que, dichas con el mejor tono y amabilidad, no admitían ninguna negociación.

Las Nelson, encandiladas por el aplomo de Ismael, aceptaron de inmediato la solución, que les permitía recuperar parte de sus gastos. Se asombraron cuando Cohen puso sobre la mesa un convenio que tenía preparado, en el cual se estipulaba detalladamente la transacción que acababa de proponer Ismael. Incluía una cláusula según la cual se le encomendaba el desalojo del galpón ocupado por los peones. Era evidente que todo estaba programado desde antes, hasta el mínimo detalle.

Al amanecer del día siguiente, Cohen fue a La Presea con la policía, algunos amigos y Ramón. Después de presentarse brevemente al mayordomo, se encaminaron al galpón. Los peones se sorprendieron y al principio no entendían, pero al ver a la policía cerraron inmediatamente los portones, preparándose para resistir.

Con más de dos años como peón, Ramón conocía el idioma de los jornaleros e improvisó un breve discurso, en el cual se comprometía al pago inmediato de los haberes

a cambio de que retomasen de inmediato las tareas. De lo contrario, el galpón sería desalojado por la fuerza.

Mientras los peones deliberaban sobre qué camino tomar, Ramón y los suyos abrieron los portones con unas barras de hierro y entraron con enorme violencia, golpearon a los peones con las barras y los amenazaron con armas, manteniéndolos a raya. Al final, se llevaron a dos afuera y los golpearon hasta lastimarlos horriblemente.

El mayordomo les avisó a las Nelson lo que estaba ocurriendo pero, cuando ellas trataron de impedirlo, Ramón, semidesnudo y manchado de sangre, las amenazó a los gritos. Las mujeres huyeron aterrorizadas.

Terminada la paliza, trajeron una mesa, y Cohen llamó de a uno a los peones y les pagó la deuda. Ese día se reanudaron las tareas de cosecha que, supervisadas por Ramón y sus ayudantes, se desarrollaron con absoluta normalidad hasta su fin.

Cohen intimó a Igartúa a pagar; el vasco, que tenía fama de peleador, lo amenazó y, como el escribano insistía, lo golpeó. Cohen no dijo nada, pero todo el pueblo comentaba el incidente e Ismael se enteró.

Pasó el tiempo y parecía que el vasco se saldría con la suya. En Tandil se lo veía nuevamente próspero y aparentemente recuperado de sus pérdidas. Pero, antes de que hubiera terminado la cosecha de La Presea, encontraron su cuerpo en el arroyo del Fuerte, cerca de Tandil. Estaba desnudo y desfigurado por los golpes, como si le hubiesen pegado con una roca, y tenía atada una cinta amarilla en el cuello.

Nunca se supo quién lo había matado. Tenía muchos enemigos.

La hipoteca de Igartúa fue ejecutada y, ante la ausencia

de postores en la subasta, la propiedad fue adjudicada al acreedor, don Ismael Núñez Irala.

Las hermanas Nelson se fueron de viaje y La Presea quedó a cargo del mayordomo. En Tandil comentaban que la mayor de las Nelson mientras duró la cosecha había pasado las noches con Ramón, después de la represión sangrienta de los peones.

La verdad es que Carlota Nelson le pidió a Ramón que la llevara a Tandil, donde volvió a encontrarse con Ismael. Vivió un tiempo con él en la casa de Villa Italia, mientras se levantaba la cosecha. Volvió a La Presea cuando las labores estaban terminadas y se fue de viaje con su hermana. Cohen contó que Ismael no volvió a verla. Años más tarde, cuando Ismael ya estaba casado, Carlota quiso verlo por un préstamo, pero Ismael no la atendió, ni quiso verla.

La chacra Los Cuervos

Todo era dual en Ismael, como si hubiera un mundo aparente en el brillo de la existencia y otro verdadero en la penumbra del pensamiento. Esta dualidad invadía su historia, siempre pendiente de la penumbra, siempre buscando las ideas que merodeaban atrás de su acción o de su palabra.

Estaba en el inicio su condición de cristiano, en una sociedad dominada por el islam y su origen español, que reivindicaba con el uso del idioma. Ismael pertenecía a una minoría *tolerada* y sabía desde muy niño que la tolerancia tiene final. Había sido extranjero, nunca tuvo patria, ni siquiera como recuerdo.

Su pasión matemática reflejaba un modo de desarrollo espiritual, el hallazgo de una luz que se apaga después de la ilusión, cuando sólo queda la perplejidad. Porque saber es

la iluminación de lo que antes estaba oscuro. Pero también es el descubrimiento de nuevas oscuridades que nos rodean, denunciando la vastedad inabarcable del ser.

La perplejidad es el recuerdo de la plenitud vivida que, cuando se desvanece, nos queda como único consuelo.

Ismael había descubierto que aquello que gobierna la razón yace fuera de ella, en el misterio, en lo inconmensurable, como aquellas fracciones infinitas para las que no hallamos período.

No hay razón sin misterio, se decía Ismael, que recordaba con tristeza que su nombre significa que Dios lo oye, pero que él jamás podrá ser causa de su dicha. Porque el intelecto es vano, está vacío. Sólo el espíritu es causa de la dicha de Dios. Por eso, él añoraba lo que permanece detrás, en la quieta penumbra.

Ismael sentía la dualidad como algo presente, quizá porque, inmerso en la vida que fluye, se sentía abandonado por su Dios.

Su actividad financiera y comercial también seguía esas premisas. Sentía seguridad con el capital financiero y las inversiones especulativas, y temía a todo lo que estuviera fijo, como el capital industrial o la propiedad de la tierra.

Su vida, llena de riesgos, lo había convencido de que nada permanece y que aquello que aparenta estabilidad es siempre un engaño de los sentidos o de la razón. Muchas veces las personas convierten la propiedad en un fin en sí. Ismael decía que de allí a la idolatría había menos de un paso. Y que la idolatría siempre tiene castigo.

"La idolatría es lo fijo o la creencia de que algo está fijo", solía decir. A veces compraba bienes fijos, como un campo o una chacra, pero era para venderlos después a mayor valor, nunca para conservarlos.

Ismael decía que detrás de todos los bienes existía el

valor, lo único que se mantenía en reposo. Para mantener y participar de ese valor había que hacer innumerables transacciones con bienes que representaban ese valor, que por un momento lo contenían. Pero, como eso es fugaz, como el valor se ausenta muy rápidamente, era imprescindible encontrar otra transacción, otro objeto que volviera a sustentar el valor y lo aumentase.

Cuando Ismael decía estas cosas, nunca se entendía si estaba hablando del valor económico o de su Dios; siempre la dualidad aparecía en su horizonte.

Con estas premisas, compró la chacra Los Cuervos, cerca del arroyo Langueyú y del pueblo De la Canal, que había crecido por influencia del tren.

La idea de comprar la chacra la había traído Mansilla, un ingeniero del ferrocarril. Desde hacía muy poco estaba a cargo de la región sur, que incluía Tandil y los partidos vecinos. Mansilla procedía de una antigua familia porteña. Era un hombre joven, de fuertes convicciones, raras para su época. Sentía devoción por Sarmiento y era un creyente en la inmigración, la educación y la infraestructura como modo de desarrollo del país.

A principios del siglo XX, había surgido en la Argentina una revisión del proceso inmigratorio y una discusión profunda de la estructura de la democracia y la propiedad. La mayoría del partido radical, muchos conservadores y el socialismo de Juan B. Justo sostenían que la mayoría de los inmigrantes había quedado marginada de la propiedad de la tierra, que se mantuvo en manos de grandes estancieros. Creían que esto era muy injusto, porque a la inmigración se le había prometido la propiedad de la tierra. Pero, más allá de la promesa incumplida, si queríamos una democracia, los nuevos propietarios eran imprescindibles. Eran ellos los que iban a defender los ideales de vida, libertad y propiedad.

El modelo de democracia soñado por Sarmiento sólo podía realizarse con millones de propietarios. Lo contrario era mantener un capitalismo feudal, incapaz de desarrollar la democracia.

Para que la democracia representativa intentada con la Ley Sáenz Peña pudiera vivir y crecer, era necesario que la propiedad no estuviese concentrada en unos pocos, fueran éstos los estancieros o el Estado. El poder económico debía estar compartido por miles de propietarios, que defenderían la propiedad como garantía de su libertad.

Los acontecimientos futuros demostrarían que estas ideas habían llegado tarde a la escena política argentina, que en los momentos decisivos sólo había habido voces aisladas de soñadores, como Sarmiento y Alberdi. Y que el trágico final de todo esto sería el protofascismo inaugurado por la revolución de 1930, que terminó con las esperanzas de una democracia capitalista en nuestro país.

Mansilla creía profundamente en esos propósitos, era casi un activista y su propuesta para Los Cuervos –dividir la chacra en fracciones y venderlas como quintas a los jornaleros inmigrantes– era un modo de realizar esos ideales, una experiencia piloto, como él decía.

Tandil había crecido mucho en los últimos años y, a excepción de algunos casos aislados, no había quintas para abastecer a la incipiente ciudad. Ismael podía facilitar el crédito necesario para comprar la propiedad y, a la larga, comprar también la producción de las quintas al por mayor, para hacer el negocio de distribución a los comercios. La salida de la producción estaba asegurada por el ferrocarril. Mansilla proponía, además, hacer un canal de riego, desde el arroyo Langueyú hasta Los Cuervos, de modo de aumentar la productividad de las quintas y el valor de la tierra.

Ismael analizó el asunto con Cohen; a ambos les

pareció que la propuesta era de interés. En su negocio de comprar tantos a los jornaleros, Ismael sabía perfectamente quiénes cumplían y podía hacer una certera calificación del crédito. Además, contaba con prolongar su negocio más allá de lo inmobiliario, porque los nuevos propietarios necesitarían toda la mercadería que se vendía en su almacén de ramos generales, desde las herramientas más simples hasta arados, semillas, alambrados, materiales de construcción, etc. Y, para vender todo eso, Ismael con su capacidad de otorgar crédito resultaba un oferente casi monopólico.

Decidieron avanzar. Ismael financiaba casi todo el negocio, Cohen llevaba la administración y hacía todas las escrituras y las hipotecas. Mansilla cumplía sus ideales y tenía a su cargo la dirección de la obra de loteo y el canal desde el Langueyú; por todo eso percibía un porcentaje de la venta de los lotes.

Entre Mansilla e Ismael existía una simpatía mutua. El ingeniero había quedado sorprendido ante el conocimiento matemático de ese comerciante de apariencia rústica y fuerte acento español. Y este lenguaje, las matemáticas, se convirtió en un punto de contacto entre ambos. Una zona exclusiva de ellos, donde nadie podía aproximarse. Muchas tardes, Mansilla se reunía con Ismael para mostrarle el cálculo del hormigón de los revestimientos, las pendientes de los puentes y otros detalles técnicos vinculados a la obra. Mansilla no dejaba de sorprenderse de los conocimientos de Ismael y nació entre ellos un juego de comunicación y mutua estima.

Pero, además, Ismael sentía un fuerte apego por las ideas de Mansilla. No creía en ellas –no podía permitirse esos lujos abstractos–, pero si alguna vez hubiese creído en algo, aparte de en sí mismo, seguramente habría profesado las creencias que Mansilla representaba.

Ismael y Cohen compraron la chacra. Mansilla proyectó las quintas y el canal que les llevaría agua. Se hicieron perspectivas de gran tamaño, dibujadas por Mansilla, y se expusieron en el almacén de Ismael. Gran cantidad de jornaleros y de pequeños comerciantes se interesaron por el proyecto.

Hemos hablado de las ideas de Mansilla, pero no de su personalidad o, mejor dicho, de su doble personalidad. Había un Mansilla ingeniero con ideales sarmientinos que convivía, en el mismo cuerpo, con un Mansilla frívolo, peleador y pendenciero, un compadrito buen mozo y de clase alta que no perdonaba a ninguna mujer. Ramón averiguó y supo que Mansilla era una persona cruel, que disfrutaba de una mezcla de sexo y violencia. Había boxeado en la YMCA en Buenos Aires y se daba aires de matón.

Sus andanzas eran inquietantes. Sin embargo, funcionarios importantes del ferrocarril le aseguraron a Cohen que Mansilla era un hombre serio y muy dedicado al trabajo. Conocían sus compadradas, pero las consideraban algo menor, que no interfería en su trabajo.

De ese modo se inició el proyecto, que inmediatamente contó con el apoyo de la mayoría de los radicales de Tandil. De modo que, en cuanto estuvieron listos los planos de división de la chacra y del canal que unía al arroyo Langueyú con Los Cuervos, se hizo una convocatoria de jornaleros en la estación De la Canal, muy cercana a la chacra, y se contrataron los obreros.

Mansilla sorprendió a sus socios por su experiencia para contratar las personas idóneas. Eligió en su mayoría "catangos", que eran los jornaleros con experiencia en obras ferroviarias. Para tentar a los mejores, ofreció un pliego de condiciones, con jornada de sol a sol, descartando la jornada de estrella a estrella que se usaba antiguamente, y se obligó

con especificaciones referidas a comidas, descansos, carpas y obradores.

La mayoría de los jornaleros o linyeras eran italianos o españoles, de las regiones más pobres. Venían para trabajar en la cosecha fina y la mayoría se volvía a su país cuando terminaban las tareas. Vivían en durísimas condiciones, sin mujeres, sin familia, en lugares miserables. Muchos lograban ahorrar y quedarse. Y esa era la apuesta de Ismael y sus socios.

Los trabajos empezaron con gran ritmo. Mansilla vivía en la obra junto a sus trabajadores. Se dividieron en dos cuadrillas: la celeste, que arrancó desde el Langueyú, y la blanca, que partió de Los Cuervos. Con sus instrumentos, Mansilla marcó el punto medio exacto de la traza y allí apilaron unas piedras, formando un montículo, que se llamó Mojón del Encuentro. Esa era la meta. Cada cuadrilla llevaba una bandera con su color. Según les dijo Mansilla, cuando se encontraran en el Mojón las dos cuadrillas con sus banderas se formaría la celeste y blanca, la bandera de la libertad.

A Ismael le molestó el patrioterismo de la organización del trabajo, propio de la Liga Patriótica. Le parecía que no había que ensuciar el trabajo con consignas políticas, ni usar símbolos que diluían la voluntad de las personas, engañándolas como si estuviesen haciendo algo distinto y más importante que construir un canal. Es posible que esta organización patriotera y nacionalista fuese el verdadero motivo del distanciamiento de Ismael con Mansilla. Desde ese momento, tomó distancia del ingeniero y cesaron las charlas vespertinas que habían mantenido hasta entonces.

Decía Cohen que Ismael tenía lealtades sorprendentes. Por ejemplo, con su patria adoptiva. Le molestaba muchísimo la invocación permanente de la patria, los valores patrios y la argentinidad. Creía que eran todas supercherías

destinadas a someter a la gente y decía que con supercherías y sometidos no se podía construir nada valioso. Que el respeto a la patria era necesariamente silencioso.

Ismael comenzó a sentir vergüenza de su socio. Pero los trabajos avanzaban muy bien, más rápido de lo previsto.

Las quintas comenzaron a venderse, ahora que la gente veía que las obras se hacían, y la demanda creció mucho.

Mansilla trabajaba de sol a sol, igual que los catangos, y era su líder indiscutido. Pero, terminado el trabajo, se iba a las peores pulperías de Tandil, Lobería y otros pueblos cercanos. A Ismael le llegaban, a través de Ramón, noticias de las andanzas del ingeniero, que le disgustaban profundamente y lo ponían de mal humor. Cohen había pedido a la policía que no se metiera con el ingeniero y la policía lo dejaba hacer, pero le advertía permanentemente a Cohen que el tipo era un loco pendenciero y violador. Ismael se enteraba de peleas buscadas por Mansilla, de personas golpeadas salvajemente por él, de prostitutas que habían sido forzadas o violadas. Mansilla era un matón e Ismael no lo soportó más.

Ismael temía que la merecida mala fama de Mansilla dañara sus otros negocios y su reputación de seriedad. Ya le habían llegado comentarios nada favorables a esta asociación.

La policía tenía sobrados motivos para apresar a Mansilla, que según ellos no era un matón sino un criminal, pero respetaba el pedido de Ismael. Habría sido un escándalo que los trabajos se suspendieran y peor aún si esta suspensión se debía a la prisión de Mansilla, jefe de las obras y socio de Ismael.

Así continuó la cuestión durante cuatro meses: las ventas eran un éxito, la obra avanzaba con altísimo ritmo y organización, los catangos veneraban a Mansilla, que a

su vez se pasaba las noches peleando en las pulperías. Ya se había ganado fama de violador y las mujeres le temían.

La obra estaba llegando a su fin, sólo faltaba un mes para voltear el talud que detenía las aguas del Langueyú en su costa, inundar el canal y que las aguas llegaran a las quintas, ya loteadas.

Para entonces, como Mansilla ya no era necesario en la obra y el escándalo era insoportable, Ismael y Cohen decidieron ponerle fin a la cuestión.

Ramón fue instruido para liquidar el asunto, lo cual era bastante fácil. Se planeó que dos de sus "amigas", Teresa e Irene, se apostaran en La Reunión, un almacén con baile en las afueras de Lobería al cual Mansilla concurría asiduamente. Las elegidas eran mujeres muy bellas. Irene era sumisa, como si hubiese sido obligada a ejercer la prostitución, y esa sumisión casi resignada atraía mucho a los hombres. Teresa era todo lo contrario, le encantaban los hombres y se decía que también las mujeres; era toda ímpetu y alegría.

Ramón y dos de sus amigos irían a La Reunión por su parte, separados de las mujeres, y las defenderían cuando Mansilla intentara seducirlas o forzarlas.

Mansilla debía conservar la vida y la policía intervendría apresándolo como agresor, agravada su condición por su comportamiento pasado, conocido por todos en Tandil y los partidos cercanos.

Había multitud de testigos para declarar en su contra y terminar el asunto, poniéndolo en prisión un tiempo y prohibiéndole después el ingreso a Tandil. Ni Ismael ni la policía querían meterse con una familia importante de Buenos Aires.

Pero el destino tomaría otro rumbo, imprevisible como siempre.

Casi un año antes, cuando recién entraba al ferrocarril y aún no había sido destinado a Tandil, Mansilla había seducido a una bellísima brasileña llamada Eugenia Amaral.

Eugenia Amaral estaba casada con Juan Ezcurra, que tenía muchos campos cerca de Junín. Eran jóvenes y muy ricos, vivían una vida social intensa y pasaban casi la mitad del año en París. Cuando estaban en la Argentina, repartían su tiempo entre el campo y una quinta que la familia Ezcurra tenía en Quilmes.

La quinta era una gran casa francesa neoclásica inspirada en Sargent y tenía una de las colecciones de carruajes más importantes de América. Allí se hacían innumerables fiestas.

Mansilla era amigo de la familia Ezcurra e invitado frecuente a la quinta. Pero nunca había visto a Eugenia. La conoció en una atada de carruajes en la quinta y quedó prendado de la belleza y sensualidad de la brasileña. Durante el almuerzo, la miraba de lejos, sin atreverse a más. Quería evitar cualquier problema con sus amigos y parientes.

Eugenia no tenía los mismos reparos. Con total desparpajo, cuando la mayoría de los invitados fueron hacia la plazoleta frente al pabellón de los carruajes, que ya estaban alistados para salir, apartó a Mansilla y le pidió que se quedara.

Hicieron el amor apresuradamente mientras duraba la atada, con temor y con pasión.

Así se iniciaron las visitas de Mansilla a la quinta y a la casa de Buenos Aires. Nunca hubo entre ellos otra cosa que pasión y deseo, pero era intenso y parecía inagotable. Buenos Aires era todavía una ciudad socialmente pequeña y esos encuentros eran muy riesgosos. Se producían en general al atardecer, la hora en que Ezcurra jugaba al bridge.

Finalmente Ezcurra se enteró de lo que sucedía por una antigua mucama de su casa, que era de absoluta confianza.

No hubo discusiones ni peleas, nada le dijo a Eugenia, pero se apoderó de él una profunda tristeza que le impedía vivir. Eugenia entendió lo que sucedía. Ezcurra se suicidó en su campo, en soledad absoluta, a poco más de un mes de enterarse de la infidelidad de su esposa.

Eugenia Amaral quedó sin nada en el mundo. Mansilla fue el primero en abandonarla y se consiguió el traslado al ferrocarril de Tandil. Los Ezcurra la expulsaron de la casa familiar de Buenos Aires, le impidieron el ingreso a la quinta de Quilmes y tuvo que ir a vivir a una pensión en Monserrat.

Sin ningún recurso en Buenos Aires, decidió buscar a Mansilla, en una actitud que no reposaba en ninguna reflexión, puro impulso, como había sido toda su vida. Lo encontró, meses más tarde, en el canal del Langueyú, en plena construcción. Preguntó por Mansilla y la llevaron adonde él estaba. Eugenia parecía un fantasma, una vieja loca, el sufrimiento la había devastado y estaba irreconocible. Se acercó a Mansilla como para abrazarlo y le hundió un cuchillo en el estómago.

El ingeniero no murió, sus catangos lo trasladaron al hospital de Tandil y fue curado. Ser mujer salvó la vida de Eugenia de la furia de los catangos.

Los hermanos de Mansilla fueron a buscarlo y se entrevistaron con Ismael y Cohen, que les rindieron las cuentas y pagaron todo lo que correspondía a Mansilla. En la conversación quedó claro que estaban avergonzados de su hermano, pero Ismael intuyó que no era solamente por su carácter pendenciero, sino también por sus ideas.

La brasileña fue detenida y condenada a prisión por intento de homicidio.

Las obras concluyeron exitosamente, bajo la dirección de los capataces. Un 9 de julio voltearon el talud, las aguas

del Langueyú ingresaron francamente en el canal y llegaron hasta las quintas loteadas en la chacra Los Cuervos.

El canal existe hasta hoy, pero se llama la Zanja de Mansilla, como le decían los obreros que lo construyeron.

Las hipotecas de las quintas vendidas en la chacra Los Cuervos fueron uno de los ingresos de la familia de mi madre hasta que se extinguió la última, en 1950.

Según Cohen, "Langueyú" era un nombre de mal agüero, porque en lengua mapuche quiere decir "sitio de la muerte".

El amor y los túneles

Una tarde, en la sierra de los Barrientos, cerca de Tandil y Lobería, Ismael vio por primera vez a Rosalía Iribarren, que muy pronto sería su mujer.

Fiel a sus costumbres, habló con el padre de Rosalía, dueño de un almacén y pulpería en el pueblo. Había visto pocas veces a Rosalía, pero tenía la certeza de que sería una buena esposa. El padre de Rosalía, un vasco inmigrante, no tenía una buena opinión de Ismael, porque pensaba que pese a su apellido español, su idioma, su tez blanca y sus declaraciones de fe, Ismael era turco y no cristiano.

El vasco Iribarren atendía personalmente su negocio. Siempre vestido de negro, orgulloso de su origen, hablaba español y francés. Había comenzado en el negocio del tambo, sabía mucho de hacienda tambera y seguía siendo un hombre consultado, lo cual hacía con gran placer y por supuesto gratis. Iba a misa todos los domingos y era de comunión semanal.

Según la versión de mi madre –hay otras–, Rosalía e Ismael se enamoraron. Como el padre de ella no cedía,

huyeron a Tandil y se casaron sin permiso. Por ese motivo, perdió todo contacto con su familia para siempre.

Según mi tío Abel, Ismael nunca había estado enamorado de Rosalía, sólo la consideraba su esposa y madre de sus hijos. Iribarren se había opuesto al casamiento porque consideraba que Ismael era un usurero. Ismael había vencido la oposición paterna con dinero. Nunca había sentido que hacía nada incorrecto; todo lo contrario, él siempre contaba que había pagado por su mujer, tal como debía ser cuando se adquiría una mujer de buena condición social.

Antiguamente, en la sierra de los Barrientos se había explotado la arcilla que era de buena calidad, pero hacía mucho estaba agotada. Por eso, quedaban las viejas galerías de extracción, que se extendían miles de metros dentro de las sierras. En otros tiempos, esas galerías vacías habían servido de refugio a ladrones y pendencieros fugitivos; entre ellos, los hermanos Barrientos, que dieron su nombre a las sierras.

La sierra de los Barrientos era un lugar de paseo para la gente de Tandil y Lobería. Todos sabían de la existencia de las antiguas galerías de la mina de arcilla, pero nadie entraba en esos lugares oscuros y fríos a los que llamaban "los túneles".

A Ismael le atraían esos túneles. Casi todos los días se reunía con Cohen al atardecer, cuando la actividad disminuía. Pero muchas veces se iba a la sierra, entraba en los túneles oscuros y deambulaba con un candil. El aire frío y la oscuridad lo tranquilizaban, sentía que allí nada malo podía ocurrirle. Intentaba recordar su niñez, su familia, Damasco. Hablaba en árabe en voz alta y así oía su identidad distante, casi perdida.

En lo oscuro, sentía a cada paso la profunda contradicción que lo apresaba. Porque, hasta entonces, su vida había sido una huida, la absoluta certeza de un cambio profundo

e intenso, sin quicio, sin freno, sin nombre que uniera horas tan distintas.

Escapar, escapar, era la consigna, allí en la superficie desamparada, atormentada por la luz del sol.

Pero aquí, en el túnel, por primera vez sentía que había refugio, que se podía detener a resguardo de las amenazas. Los túneles le daban seguridad, como todo aquello que a los demás les produce espanto.

Caminaba solo por esos senderos ciegos de paredes húmedas, sin proponerse ninguna búsqueda, ninguna finalidad, salvo recordar.

Algo o alguien le decía que su equilibrio estaba cifrado en el recuerdo.

Allí, en los túneles, sentía que podía revelar el alma de los objetos y de las fuerzas, que nos espera escondida detrás de los números inútiles. Ahí atrás yacía la verdad, como una virgen dormida. Pero esa verdad era una nueva veladura, una nueva ilusión, otra nube que escondía otro sol, y había que iniciar otro viaje.

Ismael sentía paz, aunque sabía que las verdades que nos han sido dadas son engendros provisorios, como la vida y la conciencia, que sólo existen y no son. Que terminan, como todo lo que conocemos. Porque terminar es nuestro sino.

Y pensaba en su tiempo. Lo veía como un mero supuesto que fluía, uniendo los instantes terribles de su vida, una corriente que repentinamente iba a cesar, tan misteriosamente como alguna vez se había iniciado.

Cohen nunca lo acompañaba a los túneles. Ismael iba solo, pero muchas veces lo visitaba al volver. El escribano lo escuchaba con temor y con cariño. Temía que, en esos momentos, su amigo pudiera perder la razón.

Ismael decía que sentía que era otro, que su identidad

no existía para su conciencia atormentada. No creía en ninguna ley que uniera los instantes infinitos que formaban su conciencia. Según él, sólo tenemos la memoria, una ilusión que predica que el recuerdo de azarosos instantes nos aproxima al ser y nos diferencia del mero existir. Son ilusiones fugaces, juegos engañosos de nuestra conciencia, que quiere consolarnos. Decía Ismael que los instantes nacen y cesan impulsados por fuerzas invisibles, misteriosas, que hacen que no haya reposo en la conciencia ni en el mundo. El reposo, la identidad, eran para él meros espejismos que nos permitían existir.

Cohen se preguntaba cuáles eran los instantes secretos que impedían el reposo en la conciencia de su amigo o, peor aún, si era posible que Ismael, avizorando el futuro, pudiera ver su propia sentencia, al final.

Ismael vivía con la esperanza de que la razón fuese una emanación de Dios, expresándose misteriosamente a sí mismo. Era lo que había aprendido del padre Miguel, allá en Damasco.

En ese caso, siendo Dios el habitante de la razón, creía que aún para él podía haber salvación.

Después, mucho después, cuando ya fuese tarde, Ismael se daría cuenta de que en los túneles rezaba, pidiendo perdón por algo sin nombre, por un acto impío que él sabía que no tenía absolución en este mundo.

Contaba Cohen que Ismael perdía las nociones circunstanciales cuando contaba sus ensoñaciones en los túneles o cuando relataba sus sueños. Era como si tiempo y lugar no dirigieran más su rumbo, que quedaba alterado, dirigido hacia lugares o épocas que sólo existían en su fantasía y en su sufrimiento.

Ante el temor del delirio, Cohen muchas veces hacía la prueba de preguntarle a su amigo por los sueños o las

fantasías que le había referido. Ismael las recordaba con minucioso detalle, pero se avergonzaba. Decía que en esos momentos algo desconocido e inevitable invadía su razón y se apoderaba de él.

Recinto (sueño de Ismael)

Ahora marchamos por un desierto de piedra. El sol brilla en cada roca de este valle profundo. Tengo la certeza de que moriremos todos, que nuestro conde Danesio ha perdido el juicio, igual que todos nosotros. Nos matará el sol o el enemigo, la locura o el error. (El enemigo, ¿dónde está el enemigo?)

En lo alto de la torre de un castillo, una mujer con el rostro oculto por un velo se toca y se mira con deseo. Sólo veo sus ojos ávidos.

Debo bajar a buscar un mensaje. Desciendo la escalera de la torre. Hay mucha luz, como si el día irrumpiera con todas sus fuerzas. En mi carrera por los escalones golpeo un pequeño recipiente con un líquido. El recipiente cae lentamente por los escalones pero el líquido no se vuelca, como si lo sujetara un magnetismo o un aire pesado que no existe.

Sigo bajando los escalones, acompañando el recipiente, que cae y cae sin derramar el líquido.

Estoy obsesionado. Desdoblado, me miro como se mira a otro.

Hasta que el líquido comienza a derramarse en los escalones limpios y brillantes. Siento la culpa de haber permitido que se ensuciara la escalera.

Salgo de la torre a la plaza llena de luz, enorme y vasta. Hay dos soldados jugando con una pelota que se arrojan con la mano. Tengo miedo de que se burlen de mí, de que

me ataquen. Aunque advierto que no me prestan atención, tengo miedo de su ataque.

He vuelto a lo alto de la torre y me doy cuenta, recién ahora, de que es la torre de la prisión.

La mujer velada sigue encerrada en su deseo. Me dice que ya no lo tolera, que algo debe estallar. Se toca y mira implorando liberarse del deseo que la confina.

Hay mucha luz en la habitación. Creo que las paredes tienen falsos cierres, que no coinciden. Me doy cuenta de que, aunque las paredes parecieran cerrar entre sí, disimulan grandes aberturas. Afuera hay plazoletas por las que caminan guardias amenazantes.

Con desesperación, nos refugiamos de las miradas en un rincón que parece verdadero, la mujer ahora está desnuda, de espaldas, mirando el único ángulo real, una mera ilusión, una fábula, un consuelo.

Siento la traición, advierto que el recinto no es tal, que es mera apariencia, que todo está a la vista aunque parezca cerrado y que nada se puede ocultar. (¿A los ojos de Dios?)

El tiempo no transcurre. Mi conciencia es falsa como el recinto falso.

Siento el miedo que se cifra justo antes del abismo y del olvido.

Buscamos un lugar, pero no hay esperanza, estamos en el desierto.

*

Ismael vio por primera vez a Rosalía una tarde, en la sierra de los Barrientos. Venía en una volanta negra y brillante. Se acercó hasta donde lo permitía el terreno, ató el caballo a la rama de un árbol y comenzó su paseo.

Rosalía era de tez muy blanca. Su pelo claro brillaba

con el reflejo del sol. Caminaba muy despacio, pero Ismael no se atrevía a acercarse. Al fin se detuvo y se sentó en una piedra, como para descansar o para mirar la puesta del sol.

Con la luz del ocaso, se perdía su figura como una sombra y eso le permitió mirarla desde lejos, a salvo de que ella lo advirtiera.

Terminaba la tarde y esperó que comenzara el regreso para encontrarla. Pero cuando ella se levantó de su asiento y comenzó a caminar en dirección a Ismael, él supo que nunca podría hablarle.

Así comenzó una rutina. Ismael iba a la sierra de los Barrientos por la tarde para encontrar a esa mujer, que después se quedaría en su vida para siempre. Muchas veces venía acompañada de una amiga; después, Ismael sabría que la amiga era Luisa Martel. A veces se quedaba esperando que Rosalía viniera, sin resultado. Y las veces que Rosalía iba, Ismael no se atrevía a hablarle.

Rosalía era tenue, no se sabía si irradiaba una luz interior o reflejaba la luz del sol, pero siempre estaba rodeada de luz. A la distancia, Ismael se enamoró de la luz que la seguía como un aura, como una magia leve que sólo a ella le pertenecía, una luz que siempre la acompañaba, como un ángel secreto.

Un día, Rosalía llegó sola en la volanta; ató el caballo e inició su paseo. Mientras ella caminaba, el caballo se desató y así Ismael tuvo la oportunidad de acercarse, con la excusa de atarlo, aunque sabía que el animal no iba a moverse sino unos pasos. Al verlo, Rosalía volvió hacia la volanta, agradeciendo el gesto. Así iniciaron una conversación que se prolongaría a lo largo de los años.

Por supuesto, cada uno tenía referencias del otro; Tandil y Lobería eran pueblos pequeños. Ismael le contó quién era y cómo había llegado hasta Tandil. Le relató su

vida en Damasco, la temprana deserción de su padre español, su cristianismo, su educación, el resentimiento con los turcos, la huida de Damasco y de Beirut y la llegada a la Argentina. También le contó de sus negocios y el propósito de establecerse y fundar una familia. Estaba implícito que podía ser con ella.

Ismael soñó que llevaba a Rosalía de la mano por la calle. No era una persona adulta, sino una niña pequeña, de unos seis o siete años. En la calle había una gran tela, que cruzaba desde una vereda hasta la otra. La tela era blanca y tenía una media luna roja en el centro, como una bandera. De pronto, como sucede en los sueños, la tela se soltaba e iba hacia ellos, pero no lo tocaba a Ismael, sino que envolvía por completo a Rosalía. Con desesperación, él intentaba protegerla y sacar la tela, porque, en el saber particular del sueño, esta situación era muy peligrosa, era parecida a la muerte. Pero, de pronto, la gran tela comenzaba a disiparse, en medio de una brisa que soplaba tenuemente y se la iba llevando; la tela flotaba en el aire mientras se iba. Rosalía ya no estaba. En su lugar, había una paloma de madera con ojos de vidrio, que miraba a Ismael como si estuviese viva. La paloma de madera lo tranquilizaba, como si no hubiese sucedido la desaparición de Rosalía; la paloma de madera que había sustituido a la niña lo apaciguaba, porque ningún daño había sucedido.

Ismael ya no sentía desesperación, estaba tranquilo, mirando el juguete que lo miraba desde el piso. Pero, al despertar, sintió una terrible tristeza que le acorralaba la voz y la garganta, no podía recordar el sueño sin gran dolor y no podía evitar el recuerdo de la paloma de madera con ojos de vidrio, que merodeaba por todas partes.

Olvidó el sueño rápidamente, de la manera en que se olvidan los sueños. Los sueños van desapareciendo por

partes, como si murieran de a pedazos. Nuestra memoria no puede rescatarlos del lugar hondo en que se refugian. Siempre subsiste la figura más angustiosa, hasta que al final queda vacía, sin contenido, y es barrida por el olvido.

Este sueño emergió mucho más tarde en la conciencia de Ismael, después de casarse con Rosalía.

¿Era el sueño una advertencia, como parecen muchos sueños de Ismael? Y si era una advertencia, ¿quién le estaba avisando?, ¿su propio saber sumergido?, ¿o la certeza encubierta del error?

Una tarde, Ismael y Rosalía se encontraron, como ya era habitual. Pero esa vez, los dos sabían que harían el amor. Así fue. Ocurrió en los túneles, un territorio oculto y sagrado. Un lugar oscuro en el que podían entregarse y amar sin miedo ni límite.

Los encuentros se repitieron y Rosalía quedó embarazada de la primera hija, que se llamó con su nombre y que moriría tan joven.

Cuando Ismael supo del embarazo, pidió la venia al padre, que se sintió ofendido de que su hija estuviese embarazada "de un turco". Los hermanos de Rosalía tampoco sentían alegría por el casamiento.

El vasco Iribarren estaba bastante endeudado y corría el riesgo de perder su almacén, El Refugio. Para que el vasco no se sintiera menoscabado u ofendido, Ismael le pidió a Cohen que le ofreciera, en su nombre, saldar sus deudas, con un préstamo a cinco años sin garantía, que –no hacía falta decirlo– jamás sería honrado. Cohen no dijo ni una palabra sobre el casamiento con Rosalía, que tampoco mencionó Iribarren, pero el matrimonio se celebró con su consentimiento.

Los "libretas negras" y los "libretas rojas"

Una vez casado con Rosalía, Ismael necesitaba establecerse. Ya era muy rico y compró una propiedad importante sobre la plaza de Tandil, donde estaban su casa y su negocio: un almacén mayorista de ramos generales.

El almacén era una cortina de humo para el verdadero negocio, el préstamo de dinero. Ismael había llegado a un grado importante de desarrollo, superando por mucho el nivel originario de adelanto de dinero a los cosecheros por tanto, y se había convertido en un importante factor del comercio de la ciudad.

Tomaba dinero en depósito de comerciantes y dueños de campos, pagaba intereses y prestaba ese dinero a quienes lo necesitaban, con garantía en el precio futuro del trigo, la lana o cualquier otro producto agropecuario. También prestaba contra el empeño de objetos valiosos y con hipotecas como garantía. Los depósitos se asentaban en libretas negras, una por cada depositante, y las deudas se asentaban en libretas rojas, una por cada deudor. En esas libretas, varios empleados llevaban escrupulosamente las cuentas corrientes.

En casa de Ismael, la gente del pueblo se dividía en "libretas negras" y "libretas rojas", de acuerdo con su posición acreedora o deudora. Muchos "libretas rojas" eran conocidos políticos, lo cual aseguraba la estabilidad del negocio.

El almacén de ramos generales ocupaba una superficie importante y funcionaba en la planta baja del edificio. Pasada la puerta principal y la puerta cancel, había un gran salón donde se exhibían maquinarias y herramientas, muestras de semillas y toda clase de productos para la labor agropecuaria. En el perímetro de este salón había locales con ventanillas enrejadas; allí se pagaban las compras, efectuadas a crédito o al contado.

Si bien se hacían muchas compraventas propias de un negocio de esa clase, la realidad es que el tráfico más intenso se originaba en los depósitos de los "libretas negras" y en los préstamos que recibían o los pagos que hacían los "libretas rojas".

El almacén era en realidad un negocio financiero. Ismael intermediaba el dinero y garantizaba la devolución, habiendo generado una sustancial confianza en la ciudad. Solía ser un acreedor comprensivo y todos los deudores sabían que podían contar con más de una refinanciación si se atrasaban. Pero había un límite. Cruzado el límite, no había negociación ni conversación posible, Ismael se volvía inabordable y era entonces cuando intervenía la banda de Ramón y sus matones. Muchas veces no recuperaba el dinero, pero las consecuencias de no haber cumplido eran suficientemente graves como para disuadir a futuros incumplidores.

El negocio prosperó y creció, como todo lo que emprendía Ismael.

En la planta alta vivía la familia, con una entrada independiente del almacén. Del matrimonio con Rosalía habían nacido siete hermanos: Rosalía, Yamil, Omar, Saúl, Helena, Edith y Abel. La mayor, Rosalía, murió a los diecisiete años.

En esa época, Ismael se quedó con la propiedad de la chacra Villa Italia, en la cual había sido inquilino de la casa de peones cuando se inició. El gringo de Villa Italia se había quedado pobre, porque había tenido muy mala suerte en sus negocios de granos. Ismael tuvo que prestarle dinero contra la hipoteca de su propiedad. Mi abuelo siempre había amado Villa Italia y desde el principio supo que sería suya. También lo respetaba al gringo, así que le prestó el dinero casi gratis. El italiano entendió que, pasado cierto punto, la propiedad ya no le pertenecía y un día dejó la casa princi-

pal y se mudó a la de los peones, donde habían vivido los hermanos al llegar a Tandil.

Para cuando el gringo murió, Villa Italia soportaba un préstamo mucho mayor que su valor, así que Ismael la escrituró a su nombre. Enterró al italiano en la ciudad de Tandil, en el mejor lugar, como él se merecía.

A Ismael no le gustaba la propiedad de la tierra, la consideraba inmóvil y por eso peligrosa: las tierras y las casas pueden extinguirse por desastres, perder valor; son bienes fijos que pretenden amarrar el tiempo, primitivos como las cuevas.

Decía que el error consistía en desafiar a Dios pretendiendo trascender el tiempo. Las construcciones, los templos, las murallas, las torres, todo aquello destinado a durar, no eran sino engendros equivocados que nos conducían al error. Eran pura soberbia y tontería.

La propiedad inmueble es falsa como los ídolos, pensaba. Siempre sintió la seguridad del dinero, de los cereales o los metales, del comercio, de todo lo que fluye y cambia con nosotros, de lo que está en el tiempo, como los números que expresan el destino.

Los fugitivos como Ismael saben que, a la hora de partir, la propiedad es una ilusión fugaz, efímera como la vida. Y, para ellos, siempre es la hora de partir.

Sin embargo, la propiedad de la chacra Villa Italia le atrajo como una mujer maligna: sabía desde el inicio que le haría daño, pero necesitaba poseerla.

Había algo malo en esa chacra, algo que atrajo a Ismael desde que llegó a Tandil. Villa Italia despertó en él, por primera vez, la ambición de poseer tierra, una manera de estar atado, una forma disimulada de esclavitud.

Hasta entonces, su deseo había sido la libertad, que para él implicaba naturalmente el sometimiento de los de-

más. Decía que en toda relación, aun de amistad, hay quien somete y quien está sometido. Desde muy pequeño había jurado no someterse nunca. El comercio y el dinero, que no son más que símbolos de los números (símbolos de la ley), fueron los medios con que conquistó la libertad.

Ismael agradecía a Dios la facultad de ver lejos y de independizarse. Sólo seguía el destino, *kismet*. Según se dispusiera, sería condenado o bienaventurado, como todos los creyentes.

Nunca antes había sentido la pasión de la posesión. La casa de Tandil no era propiedad en su verdadero sentido. Es cierto que era valiosa y que era suya, pero era nada más que un medio, un instrumento insignificante, comparado con la riqueza del comercio. Era solamente un lugar, un ámbito para realizar transacciones y podía ser sacrificada, como lo demostraría con el tiempo.

Pero la chacra Villa Italia era completamente distinta, tenía un encanto que lo dominaba. Iba a la hora de la siesta y solía dormitar unos minutos en la casa principal. Ismael se sentía triunfante por estar allí y sentir la propiedad, el placer de poseer. Y al mismo tiempo sentía que estaba invadido por un instinto despreciable, por algo pecaminoso como el sometimiento al becerro maldito, que se había apoderado de él.

Sueño de Ismael

En la noche, recorro las ruinas de una ciudad incendiada. Me amenazan animales enfermos.

Camino en silencio, iluminado por una luz débil y angustiosa, como la luz mórbida de la costa al amanecer.

Las calles son de tierra y las casas se dibujan como sombras peligrosas.

¿Cuál es mi causa; cuál, mi sino?
Perdido el rumbo, sólo puedo esperar el destino.

Tormenta

Luisa Martel era amiga de la infancia de Rosalía. Eran completamente diferentes una de la otra: Rosalía tenía la piel muy blanca y una mirada de determinación. Era muy religiosa y quería una familia. Luisa era toda fortaleza y frenesí, la piel trigueña y los ojos negros, que brillaban como su pelo atado y tirante. Tenía una sonrisa llena de dulzura y alegría, y un cuerpo que se expresaba con fuerza por debajo del vestido. A diferencia de Rosalía, que era hija de inmigrantes, Luisa venía de una familia criolla, que tenía una fracción de campo cerca de Villa Italia; era pariente de los Alén, una vieja familia rosista.

Alén, antepasado directo de Luisa, había sido el vicejefe de la Mazorca, la policía de Rosas, célebre por la "refalosa" y las torturas salvajes. El hijo de Alén, Leandro N. Alem, cambió una letra de su nombre y fue el fundador del Partido Radical. Pese a la distinción y trayectoria de Leandro N. Alem, su familia, que nunca había sido rica, jamás se recuperó de las pérdidas posteriores a la caída de Rosas. Los Martel tenían un gran orgullo, eran radicales y rosistas y vivían con modestia de su trabajo.

Luisa había mostrado fortaleza de carácter desde la adolescencia, al insistir casi con violencia en asistir a la escuela normal, una institución sarmientina despreciada por su familia. Allí conoció a su mejor amiga, Rosalía Iribarren, mi abuela, con quien había compartido todo.

Rosalía y Luisa conocieron juntas a Ismael, en sus paseos por la sierra de los Barrientos. Las dos jóvenes iban

con frecuencia en la volanta de Rosalía hasta las sierras, allí se apeaban y solían caminar y conversar hasta la caída del sol. Fue en esos paseos cuando vieron por primera vez a un joven tímido y pelirrojo, que las saludaba como si las conociera, pero que no se atrevía a acercarse. Luisa se había apartado de esos paseos por pedido de Rosalía, que quería conocer a Ismael y pensaba que, estando sola, sería más fácil vencer la evidente timidez del pelirrojo.

Al poco tiempo de establecido el noviazgo entre Rosalía e Ismael, reapareció Luisa, la amiga íntima, convocada por Rosalía. La unión entre Rosalía y Luisa era tan fuerte, que no les era posible vivir separadamente.

El caso es que Ismael hablaba el castellano con un acento español muy fuerte y con una entonación rara, debido a su árabe materno. Esto no le causaba problemas, pero su desconocimiento del alfabeto y la sintaxis castellana sí, porque dificultaba enormemente la lectura y el armado de las oraciones. Nunca había confesado que hablar y leer mal lo avergonzaba, pero pudo decírselo a Rosalía. Así fue como apareció Luisa, llamada por Rosalía para enseñarle a su novio a leer y escribir en castellano.

Ismael iba por las tardes a casa de Luisa a tomar sus clases. A veces estaban Rosalía y también los hermanos de Luisa. El aprendizaje de Ismael fue muy rápido. Luisa le propuso entonces enseñarle algo de la historia argentina. Así empezó un interés genuino de Ismael por la historia y la política de su país de adopción.

Luisa contaba la historia con un sesgo rosista, una creencia sin fundamento en la superioridad de una población originaria incierta, que por supuesto no eran los indios y que posiblemente eran los que llegaron primero, como su familia. Su vivencia era que los inmigrantes (como Ismael, Cohen y tantos otros) habían arruinado todo en la patria,

cambiando la vida simple por una mucho más complicada y falsa, en la cual el trabajo y el dinero eran el centro. Por supuesto que el ideólogo de todo ese rumbo equivocado era Sarmiento; los demás, Mitre, Roca, Avellaneda, Pellegrini y otros, eran simples seguidores, sometidos a los extranjeros.

Ismael contaba todo esto con sorpresa, porque le parecía una fábula absurda. Cohen le aseguraba que esas creencias, por erróneas que pudieran parecer, estaban difundidas entre los argentinos de todas las clases sociales. Mucho más tarde, Ismael comprendería que su amigo tenía razón, que existía en el corazón de muchos argentinos un auténtico terror a los desafíos de la vida; ese terror se escondía detrás del desprecio envidioso por el trabajo y el ingenio de los extranjeros y los inmigrantes. Este miedo de vivir, de afrontar el mundo, era también la causa de que los argentinos adoraran caudillos, que los engañaban con un mundo fabuloso, en el que era posible transitar sin obligaciones. Y entendería Ismael que Rosas había sido sólo el principal de esos caudillos.

El rosismo de Luisa era algo difundido en el carácter argentino, algo muy fuerte, que anidaba como una serpiente en el corazón de la patria adoptiva de Ismael.

Ismael estaba sometido a Luisa. No la amaba, pero no podía resistirse a su fuego. Casi todos los hombres caían hechizados por ella; Ismael también. Luisa era distinta de las demás mujeres porque estaba siempre en celo y lo mostraba con orgullo, como una prenda. Ésta era su diferencia específica.

Luisa era ella misma un destino trágico. Su deseo sexual, desatado por Ismael, era una forma de locura. Luisa provocaba desorden, llevaba la muerte como su sombra y, con independencia de su voluntad, sólo daño y dolor se podía esperar a su lado. Estaba maldita. Cohen le tenía miedo.

Luisa e Ismael eran dos cuerpos unidos por el deseo. Hacían el amor casi todos los días en la chacra de los Martel. Quedó embarazada al poco tiempo.

El amor con Ismael duró casi diez años y tuvieron cinco hijos, que nacieron durante el matrimonio con Rosalía. Se llamaron Ismael, Mahmud, Heriberto, Adelaida y Solange.

Luisa se expresaba con el cuerpo; a veces sin darse cuenta se tocaba de una manera lasciva, sin importarle nada que la vieran. Desde la primera vez que ella e Ismael se encontraron, sus miradas se habían cruzado con una única intención, que habían postergado como algo inevitable, como un temido mandamiento.

No es que Ismael tuviera reparos en estar con otra mujer; su temor era la certeza de caer vencido por los ojos llenos de deseo, que brillaban ardientes como la furia.

Él nunca había sido tan deseado, ni Aamaal lo había deseado así. El deseo de Luisa lo invadió, lo dominó. Se quebró el orden. Y quedó poseído por la lujuria de esa mujer, por su mirada, por su cuerpo.

Le ofreció que se mudara a Villa Italia durante la semana, cuando él no estaba. No había ninguna necesidad, pero era un modo de tenerla cerca, de poseerla.

De pronto Ismael, el que despreciaba los ídolos, el que había conseguido evitar toda sumisión, se encontraba atado a una serpiente despiadada. Estaba acorralado y no sabía cómo salir.

Una vez más, estaba en prisión. La serpiente estaba dentro de él.

Es cierto que la poligamia era frecuente en la época, había casos de familias paralelas en todas las clases sociales. Pero, aun así, este caso tiene algunas aristas sorprendentes.

¿Cuál habrá sido el motivo que impulsó a Rosalía a propiciar una relación tan cercana de Luisa con Ismael? ¿No sabía ella cómo era Luisa, pese a que era su íntima amiga desde la infancia? ¿Había alguna forma de sometimiento de Rosalía a Luisa, o Rosalía se sentía incompleta y pensaba que Luisa podía darle a Ismael algo que ella no tenía o no quería dar?

Sus hijos dicen que Rosalía era totalmente inocente y que jamás hubiese pensado que Luisa seduciría a su marido, que para ella fue una sorpresa y una traición.

Mi madre y sus hermanos creían que Luisa era su tía. Los sábados iban a jugar con sus "primos" a Villa Italia. Luisa era muy buena con ellos. Era una señora alta y joven que siempre estaba contenta, no como Rosalía, que tenía una expresión de tristeza profunda. Ismael tampoco reía jamás.

Cuando murió la hija mayor, Rosalía, Ismael organizó un entierro importantísimo, al que fueron todos los "libretas negras" y los "libretas rojas", una multitud. Y cuando Ismael le daba un beso de despedida a Rosalía, antes de que cerraran el ataúd, su hijo Saúl, llorando, le gritó a Ismael que era un mentiroso y mal padre, porque tenía otra mujer y otra familia.

Mi madre y sus hermanos nunca entendieron cómo Saúl supo lo que sucedía. Pero yo, en cambio, entiendo a Saúl. Tengo la certeza de que debe haber experimentado una iluminación parecida a la mía. El secreto no dura, es efímero, un día cae abatido por la verdad, sin que se sepa por qué razón, porque no hay razón que sustente esta convicción. Siento en este punto cierta cercanía con Saúl.

Todos supieron en el acto que la otra mujer era Luisa y que la otra familia, los supuestos primos, eran en realidad hermanos.

Desde entonces Ismael odió a Saúl, aunque Saúl tenía solamente doce años. Siempre lloraba y se portaba mal. Se

había fabricado un cajón de lustrar zapatos e iba a la plaza de Tandil a ofrecer sus servicios, porque no quería vivir con su familia. Muchas veces dormía en la plaza; Ismael lo mandaba buscar. Para castigarlo, lo bajaba al pozo del aljibe, sujeto a la cuerda, y lo dejaba varias horas en el fondo, sin luz. Otras veces lo mandaba atar por los peones y le hacía pegar rebencazos, hasta que le saltaban la sangre y las lágrimas. Todos sentían una pena enorme y trataban de ayudarlo, pero le tenían miedo a Ismael.

La vida transcurría con el continuo trasfondo de la tristeza de Rosalía, que se había instalado en su alma para siempre, silenciosa y presente. El miedo que inspiraba Ismael era sobrecogedor, no había espacio para otra emoción. Los hijos no lo querían, aterrados por su silencio y por su mirada vacía, que escrutaba un horizonte lejano con melancolía y con dolor.

Mi tío Abel sentía que Ismael no lo quería. Ni a él, ni a sus hermanos y medio hermanos y por supuesto tampoco a su madre, Rosalía. Los hijos siempre sintieron que eran un impedimento para la felicidad de Ismael.

Cuando Ismael trabajaba tenía otra mirada, la mirada de un hombre sin rencor. A veces, los hijos lo veían sonreír, conversando con los clientes. Otras veces lo encontraban de noche, trabajando con poca luz, en planillas llenas de números pequeños y precisos, con símbolos desconocidos. Trabajaba muchas horas en esas planillas, alternando tristezas y alegrías que transformaban su expresión, totalmente absorto en ese mundo incomprensible para ellos. Tal vez en esos momentos podía huir de su mundo atormentado.

Todas las tardes a la hora de la siesta el chofer alistaba el auto e Ismael partía hacia Villa Italia, pero tampoco en esos momentos cambiaba su expresión. Volvía puntualmente a las cinco de la tarde y a veces parecía un perro rabioso,

buscando errores para castigar a los hijos. Todos vivían pendientes de él y de su inexplicable odio.

Día tras día, el mismo ritual. A las dos de la tarde, el chofer lo esperaba con el auto en marcha, en la puerta del negocio. Iban directamente a Villa Italia, donde lo recibía Luisa.

Al principio casi no hablaban. Ya sentados en la sala, Luisa lo miraba. Su mirada era extraña, una mirada que no miraba sino que decía de su interior, con profundo desinterés de lo que sucediera afuera. Era una mirada brillante que se miraba a sí misma.

Ismael nunca supo si la quería, ni siquiera si la deseaba. Sentía que era una circunstancia más en su vida, destinada a mantenerla y a darle placer. Mejor dicho, destinada a que ella sintiera el placer de sí misma.

Luisa estaba fuera de la ley; Ismael, también.

El amor con Luisa era un viento malo.

El cielo de Ismael dejó de brillar desde su encuentro con Luisa. Él había perdido su búsqueda espiritual hacía mucho tiempo, cuando era casi un adolescente y partió de Damasco. Su intelecto, que había mirado las estrellas y contemplado atónito la opacidad del misterio, se convirtió en un instrumento utilitario, destinado a amurallar un territorio de supuesta libertad con el poder que otorga el dinero. Nunca entendió Ismael que la libertad no se adquiere con el intelecto, sino que se conquista con el espíritu. Esta traición de Ismael a sus propios fundamentos comenzó en Beirut.

Pero ahora había una nueva dimensión de la traición. Ismael se sometía al deseo puro. Su deseo exaltado quebraba cualquier muro de la razón o de la voluntad. Era como un metal atraído por una fuerza invisible y fatal.

No había límites. Y sin límites no hay libertad.

Ismael, que tanto despreciaba a los ídolos, había queda-

do sometido a esa mujer, precisamente por la idolatría que le provocaba su cuerpo y su deseo insaciable de sí misma.

El idólatra no participa, no actúa, sólo goza con el goce del otro. El idólatra crea un dios vivo o muerto y pierde su vida mirando a su invento, que inmóvil posa como un dios. Ismael rendía culto a ese cuerpo que lo sometía por el puro placer de tenerlo. Su libertad se había extinguido para siempre.

Como todo idólatra, postergaba día a día su reivindicación frente al Señor.

No sabía entonces hasta qué lugar habría de llegar, ni mucho menos que su reivindicación era ya imposible.

Política y traición

Los fines de semana la familia iba a Villa Italia. Casi todos los domingos, Ismael tenía invitados a almorzar. Esos almuerzos eran bastante conocidos en Tandil; asistían comerciantes, políticos, dueños de campos y toda clase de personas importantes. Cohen estaba siempre, y a los hijos se les permitían quedarse a escuchar. Después del almuerzo se hablaba de cuestiones de política cotidiana, si Fulano tal cosa o si Mengano tal otra o si los precios de tal o cual cereal, etc. Pero siempre, en algún momento de la conversación, se producía alguna apertura que permitía que Ismael y Cohen hablaran de sus ideas políticas en general.

Las ideas políticas de Cohen e Ismael no eran comunes en esa época. Creían en una especie de sacralidad del individuo, que para ellos estaba por encima de todo. Decían que los grupos eran la ruina de las personas. Hablaban mucho sobre la libertad: decían que no había una libertad religiosa, otra civil, otra política y otra económica; que éstos eran as-

pectos de la libertad, pero que no podía existir uno de estos aspectos si no estaban presentes los demás. La libertad y el individuo eran para ellos el centro de la vida. El Estado y las organizaciones en general eran peligros para la libertad. Los aceptaban como imprescindibles, pero los miraban con recelo. Insistían siempre en la abstinencia del Estado en la vida de las personas. Esto último los obsesionaba. Decían que donde hay Estado hay corrupción y sometimiento. Creían que cada uno debía procurarse su propia ayuda. Al hablar del Estado, Ismael recordaba inevitablemente el Estado otomano y su corrupción decadente. El Estado debía dedicarse tan sólo a la policía, a la educación y a la defensa.

Ismael no coincidía con los conservadores ni con los radicales. Criticaba a los conservadores porque, después de haber fundado un orden liberal exitoso, tenían miedo de desprenderse del negocio agrario y de afrontar otras aventuras y habían dejado los grandes negocios financieros e industriales en manos extranjeras. En lugar de ocupar su sitio de dirigentes, se la pasaban viajando y coleccionando tonterías, y no en vano habían cambiado su nombre inicial de "demócratas" por el de "conservadores". Desde entonces habían nacido ideas nacionalistas, que privilegiaban el rango y el nacimiento sobre la capacidad y el trabajo, lo cual le parecía casi un crimen.

A los radicales los criticaba por lo mismo. En realidad, eran unos cobardes que no se atrevían a ser individuos, a ser personas, igual que los conservadores, y cifraban el futuro en la acción del Estado. El Estado, según los radicales, iba a hacer aquello que no hacían los individuos. A Cohen y a Ismael esto les parecía cómico y escandaloso. Era evidente que en poco tiempo el Estado se convertiría en un sistema de privilegios y acomodos y que nada podía esperarse de él, salvo opresión y tristeza. Yrigoyen les parecía el ejemplo de

lo peor, el caudillo que conduce, todo lo que despreciaban y temían. Ismael temía que otros condujesen su vida, nada lo inquietaba más.

Pero, más allá de las convicciones, los intereses de Ismael coincidían con los de los radicales, que siempre necesitaban dinero para la política. Por eso tenía una alianza con ellos y –aunque le costó mucho por el particular desprecio que sentía– también apoyó a Yrigoyen. Muchos radicales eran eternos "libretas rojas" que gozaban de refinanciaciones indefinidas a cambio de protección y comprensión para el negocio de Ismael y las duras situaciones que a veces traía aparejadas.

Los "libretas rojas", radicales o no, también eran decisivos a la hora de votar en las elecciones. El "consejo" de Ismael y de Ramón era determinante para el voto de casi diez mil "libretas rojas" que vivían en los partidos de Tandil, Lobería y Olavarría.

También lo escuchaban con atención los "libretas negras" que, no siendo sus deudores sino sus socios, respetaban la profunda inteligencia de Ismael en los negocios y en la economía. Muchos de ellos habían ganado mucho dinero siguiendo la maravillosa intuición de este hombre inusual.

Ismael invariablemente apoyaba a los radicales y éstos le agradecían su generosidad.

Los veranos, la familia los pasaba en Villa Italia con Ismael. Rosalía se quedaba en Tandil pero iba todos los días a verlos. Luisa se mudaba de la casa principal a una casa detrás de la glorieta, en el fondo del parque. Los hijos de Rosalía vivían con sus "primos" en la casa principal. Aunque ya sabían que eran sus hermanos, nadie decía nada, ni siquiera en secreto.

Todos sabían que Saúl decía la verdad, pero aun así lo consideraban loco y lo querían mucho, porque les daba

pena. Lo falso era lo correcto y la verdad estaba prohibida. La verdad era pecado.

Edith –mi madre– y su hermana Helena compartían el mejor dormitorio de la casa. Estaba en el primer piso y tenía un balcón desde donde se veía todo el parque y, al fondo, la glorieta. Ismael se quedaba en la glorieta hasta tarde, hablando con amigos o con políticos que iban a visitarlo. Muchas veces, las hermanas salían al balcón, tarde a la noche, para ver qué pasaba en la glorieta y otras veces para mirar el cielo. A Helena la apasionaban las estrellas y sabía todos sus nombres.

Una noche en que estaban durmiendo profundamente, algo las despertó y salieron alarmadas al balcón. Había luz en la glorieta y muchísima gente que hablaba en voz alta. Se oían insultos y gritos violentos. Yamil, el hermano mayor de mi madre, empujaba con una pala algo redondo, mientras un hombre llamado Sastre, un político amigo de Ismael, sujetaba una bolsa de arpillera, en la que trataban de introducir el objeto redondo.

Helena y mi madre no distinguían qué era el objeto. Se daban cuenta de que algo horrible había sucedido, pero no entendían qué podía ser. Los gritos eran cada vez más fuertes y comenzaron algunos empujones. En ese momento aparecieron varios hombres desde atrás de la glorieta. Tenían revólveres y escopetas. Hubo una llamarada en el aire y después sonó un tiro. Ellas nunca habían oído un tiro. Fue como si se quebrara el tiempo, como si hubiera estallado el cielo. Quedaron paralizadas de terror. Después de un siglo de silencio, oyeron clara la voz de Ramón:

–Aquí no ha pasado nada. Se van todos a casa.

Todos se iban. Sastre y Yamil sujetaban la bolsa de arpillera, que pesaba, con el objeto. La sostenían con distancia, como con asco o con miedo.

Al salir de la glorieta, Yamil tropezó y casi se cae. La bolsa se soltó de su mano, se abrió y rodó la cabeza de Rojas, un amigo que había traicionado a Ismael. Le habían dado una puñalada en el cuello y después lo habían degollado.

Mi madre y su hermana gritaron y empezaron a llorar sin control, aunque se tapaban los ojos para no ver.

Años más tarde, mi madre todavía recordaba con angustia la horrorosa visión de la cabeza del degollado. Recordaba todo, la sangre que todavía brotaba del cuello desgarrado y los ojos mirando el vacío, pero la obsesionaba el color morado, casi púrpura, de la cabeza, que se había convertido en un símbolo obsesivo del horror y de la muerte.

Las hermanas nunca más abrieron la puerta del balcón.

Llevaron la cabeza en la bolsa a un almacén de Tandil, donde paraban Rojas y sus compañeros. Ramón entró violentamente y vació la bolsa en el piso. La cabeza del degollado quedó allí tirada, como única expresión. Ramón se fue sin decir una palabra.

Cuando oí la historia por primera vez, yo ya había descubierto el secreto familiar y los relatos de mi madre y mis tíos se precipitaban como un torrente. Siempre es así cuando caen las defensas. Mi sorpresa era enorme ante la puntualidad de las circunstancias, el sufrimiento y el dolor.

Pero, hasta que escuché esta narración, mi abuelo era un asesino de libro, un personaje de cuento, y las muertes se atemperaban en aquel paisaje matemático y espiritual que alguna vez fue y su vida posterior, donde imperaban la desesperación y la huida.

Sin embargo este episodio, la muerte de Rojas, produjo en mí un efecto devastador: arrojó frente a mi mirada toda la dimensión y la crueldad del asesinato en su tremenda materialidad.

El degüello a cuchillo había sido en su presencia. No

había órdenes impartidas a distancia: Ismael, mi abuelo, estaba allí, al lado del degollado, mirando la escena de infinita crueldad y sufrimiento, la cabeza ensangrentada separándose del cuerpo. Ni siquiera impuso con su autoridad una muerte menos cruel. ¿Habrá intervenido materialmente en el degüello? ¿La sangre llegó a manchar su ropa? ¿Miraba la escena o miraba hacia otro lado? ¿Y dónde quedaban las ideas de progreso y libertad?

¿Tenía alguna influencia la cercanía de Luisa, por cuyas venas corría la sangre del jefe de la Mazorca, donde había nacido "la refalosa"?

A partir de la imagen de Rojas degollado hubo un cambio en mi consideración hacia Ismael, quien se convirtió en un personaje más temido, más inquietante, más cercano.

Según los griegos, un crimen aberrante causa una miasma o mácula, y genera un linaje de sufrimiento sin causa, que se extienda por varias generaciones de una familia, condenada al crimen y a la repetición del crimen.

¿Ismael iniciaba una estirpe o era él el único asesino? ¿Y antes de Ismael hubo más muertes en la familia? Y si era una estirpe de muerte, ¿cuándo aparecería la razón para interrumpir el desquicio? ¿Haber descubierto el secreto obraría como el perdón que descendió para Orestes, otro matricida? ¿El dolor terminaba con Ismael?

Comencé a creer que las causas reales de las muertes causadas por mi abuelo estaban más allá de mi entendimiento.

Los motivos inmediatos del asesinato de Rojas estaban relacionados con las peleas de la política argentina de ese momento.

Promediando la presidencia de Alvear, el Partido Radi-

cal había ido dividiéndose entre yrigoyenistas y antipersonalistas. Los yrigoyenistas, como es obvio, apoyaban a su líder, a quien consideraban una especie de sinónimo del partido. En otros términos, para los yrigoyenistas el radicalismo no existía sin Yrigoyen. Es evidente que la matriz ideológica del caudillismo, muy fuerte en las ideas nacionalsocialistas que venían de Italia y Alemania, había inundado todo el pensamiento político argentino; aunque los radicales estaban lejos de los fascismos, los seguidores de Yrigoyen se habían dejado influir por el encanto del "conductor", que contaba con la tradición rosista como sustento. En las antípodas de este pensamiento estaban los radicales "antipersonalistas", cuya mera denominación lo dice todo: no querían caudillos. Tandil, una ciudad de tradición radical, estaba tironeada por estas dos posturas.

Las simpatías de Ismael y otros amigos de los radicales estaban con los antipersonalistas. Ismael decía siempre que la desgracia de la Argentina se selló cuando la fórmula Melo-Gallo, antipersonalista, perdió con Yrigoyen-Martínez. A su juicio, la presidencia de Yrigoyen había sido pésima. Pese a su antipatía hacia el yrigoyenismo, Ismael y sus amigos de Tandil habían pactado no influir en esta discusión y mantenerse al margen, hasta que se resolviera por los medios naturales del partido. La realidad es que las discusiones eran cada día más violentas.

Rojas era el gerente de la sucursal del Banco Nación en Tandil y se suponía que participaba, más que nadie, del neutralismo en la discusión partidaria. Había sido designado hacía poco y venía de Buenos Aires. Era un joven contador público que había nacido en Bahía Blanca y estudiado su carrera trabajando en el banco. Estaba muy orgulloso de que le hubiesen confiado la sucursal de Tandil, que atendía un volumen importante de negocios. Rojas era un banquero con

vocación, trataba de entender en profundidad los negocios en que involucraba al banco y de expandir la cantidad de préstamos. Le interesaba todo lo nuevo y veía al banco como un instrumento del crecimiento económico.

Ismael sentía mucha simpatía por Rojas debido a sus conocimientos sobre finanzas. Rojas, a su vez, lo admiraba por su habilidad en los negocios, y decía que tenía mucho que aprender de Ismael.

Como en cualquier pueblo chico, en Tandil era difícil ocultar algo. Por un colega suyo, Cohen se enteró de que el Banco Nación había hecho un préstamo muy importante a los hermanos de Giorgi, unos chacareros y contratistas siempre endeudados como "libretas rojas", conocidos de Cohen, de Ismael y de los yrigoyenistas hasta la médula.

A Cohen el tema le interesó, porque no se entendía que el banco les diera crédito a quienes ya estaban fuertemente endeudados: si no pagaban, habría un conflicto sobre las garantías entre los acreedores, o sea, Ismael y el banco. Podía preguntarle directamente a Rojas, pero algo hizo que decidiera averiguar por su cuenta.

Así encontró que los de Giorgi habían girado el total del préstamo a Buenos Aires a través del mismo Banco Nación, a la orden de Edelmiro Rivas, un conocido apoderado yrigoyenista del Partido Radical.

Cohen se entrevistó entonces con el gerente Rojas. Sin hacer ningún juicio de valor, ni por lo arriesgado de la transacción, ni por el destino final del dinero prestado, manifestó su interés en comprar el crédito del banco con los de Giorgi. Rojas entendió perfectamente que había sido descubierto, pero creyó que su posición de gerente del Banco Nación lo protegería y también que lo protegerían desde la Casa Central, porque desde allí había recibido la instrucción de prestarles a los de Giorgi. En consecuencia,

se negó a vender el crédito, alegando el desinterés del banco en esa operación.

A los pocos días, llegando a su casa, Rojas se sorprendió al encontrar a Ramón y dos amigos sentados en la galería jugando al truco gallo. A los gritos lo invitaron a participar. Rojas sabía quiénes eran. Entró en la casa y se encontró a su mujer llorando, con el vestido desgarrado. Salió furioso e intentó atacar a los jugadores de truco, pero se dio cuenta de que estaba perdido.

Le dijo a Ramón que estaba listo para recibir a Cohen al día siguiente. El crédito del Banco Nación fue cedido a Ismael, que así se hizo acreedor no sólo de los de Giorgi, que poco interesaban, sino de Edelmiro Rivas, que era sinónimo del yrigoyenismo.

Era un seguro importantísimo en los tiempos por venir, ya que Ismael tenía la evidencia del mal uso de los fondos del Banco Nación, desviados fraudulentamente hacia el yrigoyenismo, una de las facciones de la interna radical. Cohen viajó a Buenos Aires para notificar por escritura pública a Edelmiro Rivas la transferencia del crédito y su nueva condición de deudor de Ismael Núñez Irala.

El trato público de Ismael hacia Rojas nunca cambió y lo invitó varias veces a jugar a la taba a Villa Italia. Al principio Rojas se negaba, pero después habrá creído que las invitaciones eran sinceras y que estaba perdonado, o bien tuvo miedo de algo peor y empezó a frecuentar nuevamente la chacra de Ismael. A partir de este punto, las versiones difieren.

Según Cohen, como en Tandil se supo del préstamo a los yrigoyenistas, esto provocó gran indignación y había mucha gente que odiaba a Rojas, entre ellos Sastre, un antipersonalista pendenciero y convencido que, estando borracho, atacó a Rojas y lo acusó de tramposo durante

una partida de taba en Villa Italia. Como Rojas se defendió, Sastre sacó su cuchillo y lo asesinó.

Pero, según mis tíos, todo eso eran mentiras de Ismael y de Cohen, que nunca perdonaban la traición. La verdad es que Rojas había sido ejecutado por Sastre, un hábil cuchillero, que había simulado la borrachera y provocado la pelea que llevó al crimen. La muerte del contador había sido por encargo de Ismael y todo Tandil lo sabía.

En la Justicia, Cohen denunció a Sastre, que se defendió alegando legítima defensa, con el apoyo de varios testigos presenciales.

Así se cumplió con el deber de denunciar el asesinato y Sastre quedó en libertad.

La desgracia de Ramón

Según mi madre, Ramón era un hombre muy triste y muy bueno, siempre cariñoso con ella y con su hermana Helena. Mi madre no creía todo lo que se decía de Ramón. Estaba convencida de que eran exageraciones.

Según mi tío Abel, no había ninguna exageración respecto de la violencia de Ramón y su actividad criminal; es más, estaba seguro de que había cometido muchos más delitos que los que le conocían.

Ramón había reunido a su alrededor algunos matones que lo admiraban o le temían por su fuerza y su violencia. Estaban a sueldo. El dinero lo ponía Ismael, pero el pago efectivo lo hacía Ramón. Ismael no quería ninguna relación visible con los bandidos y de hecho no los conocía, ni sabía sus nombres.

Ramón era muy solitario y ocupaba la mayoría de su tiempo dirigiendo a los jornaleros de las chacras de Ismael.

Convocaba a sus "amigos" cuando era estrictamente necesario, por alguna "diligencia" que debían realizar. No le gustaban las pulperías ni las reuniones. Era un hombre hosco y sólo era afectuoso con los niños, en especial con sus sobrinos.

Conoció a su mujer en el campo. Era una italiana que había venido con un grupo de cosecha, de un pueblo cercano a Trieste. La mujer se llamaba Irina Bostiancic, su marido había muerto en la travesía desde Italia y ella había llegado sola a la Argentina.

Abel decía que era raro que una mujer viniera en un grupo de cosecha; lo normal hubiese sido quedarse en Europa, cuidando la familia. Por eso Abel pensaba que Irina ocultaba algo.

Irina trabajaba en la cosecha como un jornalero más. Ramón la encontró llorando una noche y comenzó a vigilarla. Así se dio cuenta de que lloraba todas las noches.

Le dio pena y le propuso que, en lugar de trabajar en la cosecha, lo ayudara a llevar las cuentas de las chacras y de los jornaleros, una especie de secretaría. Se le pagaría lo mismo que a los demás jornaleros al término de la cosecha, como si hubiese realizado el trabajo original.

Paulatinamente, Irina y Ramón desarrollaron una profunda amistad. Por supuesto que Irina no se fue al término de la cosecha, sino que se quedó a vivir con Ramón. Según Abel, eran dos pobres almas que se habían encontrado en la miseria de sus vidas y cuyo único tesoro y fortuna era su amistad y protección mutua.

Ismael la conoció muy poco, lo imprescindible, y la llamaba "la croata", insinuando que el origen del apellido y su aparente nacionalidad italiana señalaban que había algo oculto en la historia de la mujer.

Irina nunca contó por qué lloraba todas las noches, pero un día dejó de llorar. Y esto fue suficiente para Ramón.

En la crisis de 1929, cuando los campos no valían nada, Ramón e Irina juntando sus ahorros compraron mucho campo a precios irrisorios y pasada la crisis, ya en los 30, fueron ricos. Irina era excelente administrando e hicieron una fortuna.

Tuvieron un hijo llamado Fernando, que murió trágicamente antes de cumplir dos años.

Ramón e Irina se casaron a los pocos meses de la muerte de su hijito.

En Villa Italia trabajaban unos chacareros italianos. Siempre eran los mismos, año tras año. Venían a la Argentina para la campaña y se volvían a su país después de la cosecha; algunos se quedaban a vivir acá.

Eran muchos, unos veinte; la mayoría trabajaba con Ismael y algunos tenían permiso para trabajar en otros campos. No se les cobraba alojamiento y el trato era informal y amistoso. Ramón era el que se ocupaba de la supervisión.

Un año, los gringos habían comprado un caballo. Era una compra inútil, porque en el campo había muchos caballos que podían usar libremente para trabajar y, además, porque no se lo podían llevar a Italia. Pero los italianos habían comprado el caballo por admiración. Era un animal bellísimo y casi salvaje, un padrillo desbordante de energía, hostil, desafiante e indómito. Desde el principio, Ramón se dio cuenta del peligro que era tener cerca de las casas un animal salvaje, que exhibía desafiante su fuerza y su hermosura, afirmando casi con provocación su condición indomable e inconquistable.

Los italianos miraban extasiados al animal, una fiera

encerrada que galopaba y frenaba furiosamente en el corral, pateando, relinchando y mostrando los dientes.

Pese al pedido de Ramón de que sacaran al animal del campo, el caballo permanecía en su corral, día tras día. Ramón toleraba la desobediencia porque apreciaba a los italianos y sabía que era difícil conseguir peones leales y trabajadores.

Ismael veía todo esto con desprecio. Seguramente pensaba que la contemplación de tal belleza violenta era pura vanidad. O tal vez pensaba en su vida con Luisa, que hacía tanto daño y a la cual no podía renunciar. Podemos nombrar, dominar y destruir al ídolo, porque es un engendro del hombre, pero es muy difícil desprenderse de un falso dios.

Los italianos sabían que debían vender el animal, pero seguían mirándolo extasiados, cada vez que volvían del campo.

Finalmente, sucedió. Es inexorable: los ídolos provocan el sacrificio humano, prohibido desde Abraham. El hijito de Ramón entró en el corral en un momento de descuido y el padrillo lo mató. El niño fue destrozado por las patas del caballo. Nadie pudo evitarlo; el que lo hubiese intentado habría corrido igual suerte que el chico.

El terror los paralizó a todos. Contemplaban con horror a la bestia, que en ese momento era una imagen del diablo. Nadie buscó un arma. Nadie se atrevió a juntar los despojos del niño muerto.

Ramón llegó casi dos horas más tarde, sabiendo lo que había sucedido. Eran las siete y el sol se ponía. El caballo estaba quieto en un rincón del corral. Parecía entender el crimen. Ramón entró con calma al corral y se acercó a su hijo muerto. Lo miró con calma mucho tiempo, con una mirada de tristeza que se le aferró para toda la vida. Dejó una bolsa al lado del cuerpo destrozado.

El caballo gemía y relinchaba como si presintiera una tormenta. Le temblaba el cuero brillante. Ramón se acercó más de lo que jamás lo había hecho nadie, mirando fijo al animal. Volvió a tomar distancia, apuntó la escopeta y disparó. El caballo cayó con el estómago abierto. Ramón se acercó más y lo remató de un tiro en la frente, para que no sufriera.

Dejó la escopeta apoyada en un poste y se acercó a lo que quedaba de su hijito. Tomó la bolsa y fue juntando cuidadosamente el cuerpo destrozado. Se fue sin decir nada.

El hijo de Ramón fue enterrado al día siguiente en el cementerio de Tandil. Aunque todo el pueblo sabía lo que había pasado, nadie concurrió. Ni siquiera la familia. Nada se dijo en la casa, aunque todos sabían lo que había sucedido. No hubo "libretas negras" ni "libretas rojas", a diferencia de lo ocurrido en el entierro de Rosalía.

Estaban solos, Ismael y Ramón, como al principio, como siempre.

Algunos dicen que el fusilamiento ocurrió justo antes de llegar a la estación del tren. Otros, que se llevaron a los cuatro italianos a la sierra de los Barrientos y que los mataron en una de las cuevas.

Unos peones afirmaban que cuando los gringos habían partido del campo y caminaban hacia Tandil por el camino real para tomar el tren a Buenos Aires, Ismael, Ramón y un grupo de peones los alcanzaron. Separaron a los cuatro mayores y desaparecieron detrás de una lomada. Los demás italianos quedaron en el camino, esperando, vigilados por un grupo armado, en el que estaban los peones que contaron lo ocurrido.

Pasó un tiempo largo, hasta que cruzaron los alambrados, subieron la loma y desaparecieron del otro lado.

El grupo formado por Ismael, Ramón y sus compa-

ñeros demoró mucho en regresar, porque habían sepultado a los italianos allí mismo, en el lugar donde los fusilaron, detrás de la loma.

Nadie habló nunca del hijito muerto de Ramón.

Desde entonces Ramón no habló.

Ramón e Irina no tuvieron otros hijos.

La quiebra

Sueño de Ismael

Estaba en una casa rodeada de olivos, cerca del mar. Salía de la casa y caminaba por el olivar, hacia unas ruinas al borde de la costa. Había columnas, terrazas elevadas de piedra y calles. De las casas, sólo quedaban las paredes. Era una ciudad antigua, en ruinas. Era de día y había mucho sol, que brillaba en las piedras talladas.

Iba mirando las ruinas mudas, deambulando por las antiguas calles de piedra, hasta que encontré una casa con techo. Entré y comencé a recorrerla.

Tenía pinturas en las paredes. Los primeros cuartos estaban pintados sin figuras, de color rojo oscuro. Algunos tenían números, pero no lograba encontrarles sentido. No lograba descifrar por qué esos números evocaban algo extraño y obsceno. Había gente caminando fuera de los cuartos pero, cuando yo salía a encontrarlos, se movían alejándose en conjunto, como si estuvieran en una escena móvil, que se alejaba de mí, sin permitir que me acercase.

Me di cuenta de que lo espantoso de esos números era que, en lugar de representar el orden, representaban el caos, el desorden.

Ninguna ley los unía y no estaban unidos a ninguna ley.

Seguí recorriendo los cuartos. Ahora había perros pintados en las paredes, que me seguían con la mirada, como a un intruso. La gente seguía afuera, en los pasillos de la casa, siempre inalcanzable. Había hombres y mujeres, los hombres con barba y túnicas negras de lana y las mujeres con colores vivos y pañuelos en la cabeza.

Todos hablaban fuerte o gritaban y no se entendía si estaban alegres o furiosos. Los perros de las paredes eran cada vez más amenazadores y me miraban fijamente con sus ojos amarillos.

La casa parecía infinita y atemorizaba por la infinitud.

Llegué a un patio descubierto, rodeado de columnas. En el centro, un estanque reflejaba el cielo. Había personas muy distintas de las que había visto antes. Los hombres estaban de traje; las mujeres, con vestidos de fiesta muy elegantes.

Todos miraban a una mujer que bailaba en el estanque, olvidada de los que la rodeaban. El estanque ahora brillaba lleno de monedas de oro. La mujer apoyaba sus pies desnudos en las monedas, que se escurrían con un chasquido metálico, bajo el ritmo leve de su baile encantado y lento.

Sentí que tenía que salir de allí. Inmediatamente. Advertí que estaba en un sitio prohibido, un sitio del mal. Esa certeza la tuve muchas veces en mi vida. Supe que tenía que salir.

Comencé a caminar hacia la puerta por la que había entrado, pero ya no estaba allí. En su lugar había una pared que parecía interminable. Pensé que me había equivocado de lugar y seguí buscando la puerta, pero el patio no tenía entrada ni salida.

De pronto, la mujer que bailaba no estaba y en su lugar había una escultura de bronce, brillante e inmóvil. La gente ya no estaba en el patio.

Detrás de la escultura había una escalera. Ya agotado, sentí que no podría salir de la casa.

Subí y en el rellano había una pared blanca. En el medio decía claramente "Ismael", en letras negras, grandes.

Me pareció extraño. Cuando volví a mirar, el nombre estaba invertido.

Las letras ya no eran negras. Eran rojas. A cada lado del nombre había una pequeña cumbre dibujada. Después vi que eran varios ángulos dibujados con el vértice hacia arriba.

Mirando bien, advertí que los ángulos no eran tales. En realidad, eran dibujos de becerros. Pequeños dibujos con rasgos perfectos, tres a cada lado del nombre invertido.

Desperté con la certeza de que el final estaba escrito. En mi cabeza resonaba "Mane, Tecel, Fares".

*

Corría el año fatídico: 1929. Ismael estaba más callado que nunca. Los hijos tenían miedo. Presentían que algo grave estaba por suceder.

Abajo, en el salón, Ismael atendía todo el tiempo a "libretas negras" y "libretas rojas", todos estaban igualmente enojados y a veces gritaban. Hubo peleas y Ramón tuvo que intervenir con sus ayudantes.

Los hijos no estaban acostumbrados a oír gritos, ni mucho menos a ver peleas. En esa casa siempre había habido una violencia brutal, pero era silenciosa.

Todos los días se producía un episodio nuevo y los chicos ya no bajaban al salón. Sólo cruzaban apurados para ir y volver del colegio. Al mediodía, cuando volvían, la situación era mucho peor: había que pasar entre muchas personas, que esperaban que las atendieran y se insultaban entre ellas o a los empleados.

La tensión era insoportable y por eso Ismael decidió que se mudaran a Villa Italia, como si fuera un fin de semana. Luisa y sus hijos vivían en la casa chica; Rosalía y los suyos, en la casa principal. Ismael iba todos los días a Tandil.

Como ya no había más peleas, la tensión disminuyó. Pero había otra tensión, una tristeza profunda que flotaba en Villa Italia.

Los hijos sabían secretamente que la vida que habían vivido estaba terminando.

Un día llegó Ramón en su camioneta y habló muy agitado con Rosalía y después con Luisa. Algo gravísimo sucedía. Esa noche, mi madre soñó que había un incendio enorme en el campo. Las llamas brillaban amarillas en la noche y flotaban como gigantescas espigas que encandilaban la vista. Mi madre miraba atónita el fuego, que crepitaba como en una hoguera, grande como el infierno. Y de pronto sintió que le quemaba el brazo, que le dolía con un ardor intenso, que brotaban chispas de su brazo ardiente. Lloraba con el brazo en llamas, buscando a su madre, entre un gentío que miraba el brazo que se quemaba, pero su madre no estaba.

Despertó y su hermana la abrazaba y la besaba, llorando también.

Saúl fue esa noche al cuarto de mi madre y su hermana y les contó que la gente había quemado la casa de Tandil, porque no lo querían a Ismael. Mi madre siempre tuvo la certeza de haber soñado el incendio antes de que le dijeran que había sucedido.

Al día siguiente, muy temprano, partieron todos a Pergamino, un pueblo del que Ismael hablaba siempre. Luisa se quedó en Villa Italia.

El castillo de Ismael se había derrumbado cuando se desató la crisis del 29. Los "libretas negras" querían cobrar y los "libretas rojas" no podían pagar.

El valor de los bienes era nulo y nadie quería desprenderse del efectivo. Como la economía estaba atada a la exportación y en el mundo nadie compraba, se acumulaban los cereales y la hacienda que nadie quería y que nada valían. Se despedía a la gente porque no había trabajo útil, ya que nada valía nada.

En esta situación extrema, ni la violencia de Ramón, ni la ejecución de las garantías, podían devolver el dinero. Sencillamente, no había dinero.

Ahora los "libretas negras" eran iguales a los "libretas rojas". Nadie tenía nada.

Ismael iba equilibrando la situación convenciendo a los "libretas rojas" de la conveniencia de pagar algo; a los "libretas negras", de cobrar menos, y a todos, de que eran pobres y que había que empezar de nuevo.

Era un equilibrio inestable y difícil, que obligaba a hablar permanentemente con los "libretas negras" y los "libretas rojas", distribuyendo con acierto la poca plata que había, siguiendo más el imperativo de la necesidad que el derecho de propiedad.

Muchos creían que Ismael iba a lidiar mejor que nadie con la situación y preferían que, en una situación tan crítica, fuese él el administrador de su capital.

En esa época, el presidente Yrigoyen sufría un enorme desprestigio y la gente lo responsabilizaba de todos los males, como si fuese el autor de la crisis económica mundial.

Ismael, aunque nunca tuvo simpatía por Yrigoyen, contrariamente a la opinión común creía que el cierre de la Caja de Conversión era la única medida posible cuando había depresión económica. Había que darle pesos a la gen-

te, para que pudiera sobrepasar la crisis y no temer la desvalorización de la moneda, que se resolvería en el futuro. En ese momento crítico, decisivo para la vida argentina, pensaba que había que apoyar y sostener al presidente, más allá del desprecio que sentía por la persona de Yrigoyen y su caudillismo.

Estas ideas que Ismael proclamaba lo separaron cada vez más de sus amigos conservadores, creando un rencor incurable.

Había muchos que pensaban que era hora de abandonar la democracia, que había llevado a la Argentina al desastre de la mano de los radicales, a quienes se culpaba de la crisis.

Decían que la crisis era culpa de la Bolsa, de los mercados de capitales, de los bancos y de los usureros en general; que sólo se saldría de ella con el trabajo verdadero y que, para eso, había que eliminar a los agentes del dinero, que se enriquecían a costillas de los que de un modo u otro trabajaban de verdad. Y a los políticos, que eran los responsables de la usura.

Estas ideas no eran nuevas; se incubaban desde el fin de la Primera Guerra Mundial, en la Liga Patriótica y en otros grupos políticos, pero fue la crisis del 29 la que les otorgó prestigio.

Paulatinamente las clases altas y medias, temerosas del avance de las ideas de anarquistas y comunistas, fueron aceptando que se debía sustituir a la democracia y al capitalismo como ideales. Copiando a los nacionalistas italianos y alemanes, se pretendía reemplazar el sistema republicano por una vaguedad militarista, en la cual todo estaría ordenado por el Estado. Y ese fue justamente el final, que se desencadenó en 1930.

Ismael se había convertido en el enemigo por excelen-

cia de los conservadores. Representaba todo lo odiado: era rico, extranjero, vivía de las finanzas y además había sido aliado incondicional de los radicales. Su riqueza contrastaba con la pobreza de los "libretas negras" y los "libretas rojas". Y, para colmo, defendía a Yrigoyen, el presidente culpable de todo.

En un santiamén, pasó de miembro activo de la comunidad de negocios a enemigo público. De "banquero de Tandil" a "turco usurero".

En pocas semanas, el pequeño mundo de Tandil se había convertido en un lugar peligroso, donde todo sucedía vertiginosamente. Todos temían el día siguiente, porque seguramente sería mucho peor que el anterior.

Saúl ya había abandonado el colegio. No sabían muy bien qué hacía, pero se quedó viviendo en la casa de Tandil cuando la familia se mudó a Villa Italia.

El 2 de noviembre de 1929, Saúl había ido a esperar a su hermano Abel a la salida del colegio. Estaba enterado de que en el pueblo pensaban quemar las libretas negras y las rojas guardadas en la casa. Se lo había contado a Ismael, pero él no lo escuchaba ni le creía y ni siquiera le había contestado, pese a su insistencia.

Abel vio que Saúl deseaba desesperadamente el perdón de Ismael, más allá de la injusticia del castigo que sufría, y sintió una pena inmensa por su hermano. Creía que secretamente Saúl pensaba que podía impedir la quema de la documentación o por lo menos identificar a los responsables, ayudar en algo a Ismael y conseguir el perdón. Saúl nunca, ni en los peores momentos, se resignó a su destierro.

Se quedaron esperando en la plaza, sentados en un banco. Era la primera vez que Abel hablaba con Saúl.

Siempre lo quiso y siempre supo que era el único que decía la verdad, pero hablar con él estaba prohibido. Saúl era un desterrado de Ismael.

Ismael era un asesino, le contó Saúl. Había matado a varias personas, por propia mano o por medio de Ramón o de otros asesinos que tenía a sus órdenes. Como era tan rico y poderoso, todo el pueblo simulaba que lo quería, pero en realidad le temían. Desde que había empezado la crisis, la gente decía la verdad sin temores y la verdad era que lo odiaban.

Decían que Ismael había prestado dinero cobrando intereses altísimos y se había enriquecido a costa de los chacareros y comerciantes que vivían de su trabajo. Todos esos lo odiaban. Y también lo odiaban los "libretas negras" porque no les devolvía su dinero justo cuando más lo necesitaban.

Era poderoso porque lo protegía la policía y el gobierno, pero con la crisis muchos se habían envalentonado y estaban decididos a quemar las libretas, para que desapareciera la documentación de las deudas.

Abel y Saúl esperaron un largo rato, pensando que entraría gente en la casa para quemar las libretas y que ellos avisarían inmediatamente a la policía.

Nunca vieron a nadie.

De pronto los sorprendieron las llamas, que flotaban como fantasmas, apenas brillando en el alféizar de las ventanas. En el instante siguiente, el fuego ya dominaba todas las ventanas y se oía el ruido de los vidrios explotados, que caían a la calle. Pronto hubo una hoguera inmensa, que flotaba amarilla y victoriosa, crepitando como un animal que no es de este mundo.

Las llamas iluminaban la noche y el rostro asustado de los hermanos resplandecía.

El plan no había sido quemar los documentos, sino incendiar la casa.

La plaza estaba llena de gente mirando. Nadie hacía nada. Cuando llegaron los bomberos, el fuego ya había devorado casi todo y cedía, saciado. Abel y Saúl fueron a Villa Italia; en el trayecto, la gente los evitaba. Ellos nunca habían advertido el odio que en el pueblo sentían por su familia.

Al día siguiente toda la familia partió a Pergamino, sin explicaciones.

Mi madre no volvería a ver la casa de Tandil, ni la de Villa Italia, ni tampoco a Luisa. Su vida se cortó abruptamente, como partida por un hacha. La recordaba como se recuerda un sueño, borrosa y lejana.

En Pergamino nadie los conocía. Permanecieron allí poco tiempo, menos de un año.

Cuando Ismael se ausentó, se fueron a vivir a Buenos Aires. Rosalía, seguramente, vendió la casa de Pergamino para poder vivir.

Acababan de morir sin razón, y sin razón comenzaban una nueva vida.

Nuevamente aquí intercalo un sueño de Ismael, anotado por Cohen. Su contenido, como sucede muchas veces, parece anticipar las acciones de Ismael o los acontecimientos que se avecinan.

Sueño de Ismael

El sol ya no estaba, pero iluminaba tenuemente desde abajo del horizonte. Yo caminaba con mi hermano por el sendero que rodea al Krak. El castillo se elevaba como una montaña monstruosa, un engendro concebido por la soberbia y el orgullo.

Paulatinamente, el Krak comenzaba a brillar, con un brillo suave y fluido que salía de sus propias entrañas.

Me senté en una roca a contemplar las torres enormes, con las fauces redondas apuntando al firmamento.

Por las murallas bajas desfilaba un ejército de infantes, con estandartes negros. Cada soldado llevaba una mula, que sufría bajo el peso de la carga. Supe que era un ejército derrotado, porque muchos arrastraban sus armas y otros estaban heridos y vendados.

Mi hermano ya no estaba. En las murallas, la procesión continuaba, ahora con hombres vestidos de rojo, que llevaban camillas con muertos.

Tenía miedo. Comenzó una tormenta. Llovía como en el diluvio. Ya no había nadie en las murallas.

Yo seguía mirando el cielo vacío y negro. Lejos se distinguían unas figuras, que paulatinamente se hacían más nítidas. Eran mujeres que caminaban en el cielo, iban flotando en el aire, exhibiendo sus cuerpos que sangraban, porque tenían flechas clavadas.

Estaba muy oscuro y la niebla y la lluvia dificultaban la vista. Casi no se veía. Lejos, desde el negro firmamento, una de las mujeres me miraba. Era rubia y blanca, como mi madre.

Desperté con un dolor intenso en el pecho. Me quedé un tiempo pensando en el sueño, lleno de miedo y de espanto.

Me compuse lentamente. Y lentamente, con miedo y con vacilación, entendí el camino que mi sino indicaba.

*

Ismael siempre creyó que se había consagrado a la defensa de su libertad. Entendió esa libertad como la ab-

soluta posibilidad de accionar según su discernimiento, sin impedimento alguno de las demás personas y aceptando solamente los límites de la naturaleza.

En esa comprensión, su vida consistió en acumular poder, en tener más poder que los demás. La intermediación del dinero fue un medio eficaz. Tanto los deudores como los acreedores estaban sujetos a su albedrío y su inteligencia. Él los distinguía por el color, igual que las cosas: eran rojos o eran negros.

Lo mismo sucedía con la familia, que no era sino su continuidad en el tiempo, un modo de no morir o de morir menos.

Y la posesión de Luisa, que existía para darle placer, paz y tormento.

Así, ya no profesaba la religión de la libertad. Vivía sometido a un culto al poder, a una búsqueda insaciable, a un sino fatal, un fin en sí, como si tamaño error pudiera existir.

Ismael era un hereje, que engendraba dioses en su pensamiento y les rendía un culto que suprimía su libertad. Debía abandonar de inmediato todos los ídolos que había creado y que lo habían esclavizado. Más tarde, en otro tiempo, descubriría hasta qué límite de dolor y locura llegaría ese mandato.

La verdad de los hechos es que los autores del incendio fueron Ismael y Ramón.

La crisis del 29 había generado un estado natural de tensión social. En el negocio de Ismael hubo discusiones y peleas, como sucedía en todas partes.

Por orden de Ismael, durante varios días algunos "libretas rojas" dependientes de Ramón habían enardecido a propósito las violentas discusiones, que la crisis había hecho habituales en el salón del almacén. Hubo peleas y amenazas brutales. Se había creado un clima mucho más violento que

el de pocos días atrás. Varias veces hubo que llamar a la policía. En Tandil, todos estaban convencidos de que algo malo sucedería en el negocio de Ismael.

Ramón hizo correr el rumor de que algunos querían quemar el almacén, para hacer desaparecer las famosas libretas rojas y negras.

Cuando el rumor se diseminó, Ismael supo que había llegado la hora. Fue fácil, porque en el almacén se vendía combustible. Ramón se ocupó en persona y sin ayuda de dejar varios tambores de querosén abiertos y todo dispuesto con mechas de voladura, para que el fuego se iniciara después de la partida.

Entonces, Ismael supo que esa había sido la última tarea de Ramón, que se estaban despidiendo. Y supo, sin saber por qué, que se despedían para siempre.

La casa ardió como una antorcha y se llevó consigo los sueños y las pesadillas que la habitaban. Más de veinte años se quemaron en pocos minutos.

Ramón se despidió cuando llegaron a su casa, camino a Villa Italia. Miró a Ismael con tristeza y le dijo que ya había pagado su deuda y que si seguía con él temía enloquecer.

Todo el pueblo pensó que el incendio había sido una venganza de los enemigos de Ismael, pero en realidad fue un sacrificio realizado por él mismo.

Destruido el becerro de oro, renacería la libertad.

Ismael creyó que ese sacrificio invocaría la piedad del Señor.

Estaba equivocado. No era suficiente. Todo debía ser destruido.

3. El diario de Ismael (2)

Carta a Saúl del 12 de julio de 1940

Hacía poco que estábamos en Pergamino y quería ver a Luisa.

El fin de mis negocios se había precipitado por la crisis, que hizo que se destruyera el valor de todo lo que había. Habría podido comenzar de nuevo, aunque fuese difícil para un aliado incondicional de los radicales. Sin embargo, tenía suficientes amigos entre los conservadores, que habían ganado mucho dinero con mis negocios y no me negarían apoyo.

La crisis económica precipitó en mí otra crisis, en el corazón y en la conciencia. Supe algo que sospechaba desde el inicio de mi viaje, allá en Beirut. Supe que desde entonces buscaba una falsa libertad, que era en verdad una excusa para escapar.

Nunca entendí la razón o el motivo de mi huida, pero sabía que por temor me había escondido detrás de la pretendida libertad que otorga el poder.

Pero ahora lo sabía. La sospecha que durante mi vida sobrevolaba, como una culpa postergada, se convertía en certeza: la supuesta lucha por la libertad era mera cobardía.

Me había dominado el temor de afrontar una vida consagrada al misterio, de permanecer inmóvil, sin experiencia

mundana. Tuve la oportunidad, allá en mi amada Damasco, de consagrarme a las aventuras silenciosas del espíritu, de contemplar desde la perplejidad los misterios que nos dan fundamento, de permanecer inmóvil, de guardar silencio y admirar la obra de Dios.

Era esa quizá la oportunidad que el Señor me ofrecía para expiar mi culpa, nacida tan temprano.

La culpa, mirar mi culpa, ese debió ser mi sino, mi verdadera lucha por la libertad, una lucha casi imposible, pero posible.

Una senda estrecha y oscura, cuya sola visión infundía temor como todo lo abierto, como lo que no termina de terminar, como el abismo de las fracciones infinitas, que no tienen período en este mundo.

Es cierto que mis maestros decían que, una vez recorrido, el temible sendero se volvía camino, que como premio a la vida entregada al final se avizoraba, lejano y borroso, el territorio donde se pierde el miedo. Pero me venció el temor, que siempre asusta a la hora de emprender. Y busqué refugio en la vida latiendo, en el mundo, en la ilusión de vivir un presente permanente, como si al final no hubiera destino.

Allá en Damasco habían comenzado el temor y la culpa. Temor de entregarme a una vida espiritual y culpa por evitarlo.

Es una falacia la lucha por la libertad. La verdad es que el poder produce placer, aun cuando este poder esté gravemente enfermo, aun cuando necesite matar para seguir existiendo. Aun en la situación de matar, el poder ejercido da placer. ¿Acaso no lo había sentido yo cuando cayeron los injustos que cayeron? Placer y poder son nociones unidas, tan horrorosas que separan al hombre del Señor.

Yo creía que, después del incendio, había terminado

todo en Tandil. Aunque las propiedades seguían siendo mías, ya no había más comercio ni más vida para mí en la ciudad.

Esta convicción me alegraba, me tranquilizaba haber terminado con ese infierno. El incendio, el fuego, era el final de la locura y, aunque hubiese perdido mucho dinero, quedaba suficiente para vivir una vida modesta con Rosalía y con mis hijos y mantener a Luisa y los otros hijos.

Pergamino era una ciudad muy parecida a Tandil, pero mucho más rica, por la fertilidad de sus tierras. Casi nadie nos conocía. Los hijos se anotaron en los colegios para terminar sus estudios. Yo tenía poco que hacer. Sólo recordaba las muertes. En el momento de tomar las decisiones no me había importado, ni tampoco después. Recién ahora, cuando yacían abatidos los velos, me acordaba de cada rostro, de cada palabra, de todas las vanas imploraciones, de los gritos, de la sangre, del retumbar de las armas y de los cuerpos inertes.

En el momento de quitarles la vida a los enemigos no había vacilado sobre mi derecho. Pero ahora recordaba que sólo el Señor da y sólo el Señor quita.

Ahora sentía la infracción, que merodeaba como un animal al acecho.

El Señor tiene en su memoria todas las imágenes, todos los números y todas las palabras, aun aquellas que no conocemos y aun aquellas que no conoceremos nunca. Él me reservó este destino y yo no he hecho más que cumplirlo. Como todo lo que está escrito. Pero también estaba escrito que algún día recordara a los muertos y sintiera el dolor del delito.

La fatalidad del destino no es causa de inocencia, porque durante la vida creemos que somos libres. En el ejercicio de esa libertad supuesta, yo di muerte a muchos injustos, sin derecho que me ampare.

Matar, por la causa que sea, es ponerse en el lugar del Señor.

Veía con claridad estas nociones y sentía el ardor de mi culpa. Pero, al mismo tiempo, seguía ocultándome detrás del deseo de Luisa, el único velo que me quedaba. No podía controlar mi pasión por ella, quizá porque era el único modo de escapar. Me escribía con Cohen, que me contaba qué sucedía en Tandil, pero cada vez me interesaba menos. Sólo me interesaba Luisa.

Soñaba con ella y con los momentos de amor compartido, como si recién comenzara. Era un modo de no enfrentar mi caída, causada por la soberbia y el salvajismo. Sentía que mi vida había terminado, y el recuerdo de Luisa me permitía mantener la ilusión de que continuaba, escondiéndome en el deseo de ella. Yo creía, entonces, que nunca había deseado así a una mujer.

Es posible que supiera lo peligroso que era para mí volver a ver a Luisa. Me hubiera resultado fácil escribirle, pero siempre encontraba un motivo que lo impedía. Por alguna razón, aunque deseaba con fervor el encuentro, lo postergaba indefinidamente. Cada día pensaba que debía ir y cada día lo postergaba, vacilando entre el deseo de Luisa y la certeza de que verla era peligroso.

Hasta que finalmente venció el deseo, que siempre vence, y llegué a Tandil una mañana de septiembre de 1930.

El viaje desde Pergamino había sido larguísimo y cansador. Quería evitar encontrarme con alguien conocido, de modo que no entré en la ciudad, la rodeé para llegar directo a Villa Italia. Cuando llegué a la chacra, me recibió Artemio, el encargado, que no parecía muy feliz de encontrarse conmigo. Su contacto en mi ausencia había sido Cohen, que le daba las órdenes y revisaba todo una vez por semana. Me dijo que

corría el rumor de que los militares estaban deponiendo al presidente Yrigoyen. No le creí, ni me interesó.

La casa estaba ordenada y limpia, con la frialdad de las casas abandonadas. Parecía vieja y sin vida, vacía como una casa de fantasmas. Luisa no estaba y no pregunté por ella. Era evidente que se había marchado y no tuve interés en preguntarle a Artemio las circunstancias de su partida. Estaba claro que se había ido para no volver. Nada de ella había quedado en la casa. La ausencia de Luisa me tranquilizó, sentí que la grave amenaza que ella significaba se desvanecía; que, si no estaba en casa, yo podía evitar el encuentro.

Entré y fui a mi cuarto. La cama que había compartido con Luisa tantas veces estaba sin sábanas, en desuso, como el resto de la casa. Me acosté y me quedé dormido. Recién desperté a la hora de la siesta.

Pensé en quedarme a dormir en la chacra y emprender el regreso temprano, al día siguiente. No sentía pena de no ver a Luisa, de algún modo su ausencia me liberaba de un compromiso que no entendía bien y que prefería eludir.

Busqué en mi escritorio los papeles del momento de la partida y los revisé cuidadosamente para ver si había olvidado algo, sabiendo de antemano que me había llevado todo lo que interesaba. Sin embargo, en uno de los cajones encontré el revólver que me había acompañado desde Beirut. No había sido un olvido, por el contrario, lo había dejado allí a propósito el día de la partida. No quería verlo nunca más. Era un arma vieja y estaba descargada. Sin pensar, como un autómata, fui al ropero. En el cajón de las camisas lucía sin disimulo la caja de balas, antes oculta por la ropa.

Cargué el arma y la guardé en el saco. Bajé la escalera.

Artemio estaba abajo, arreglando la sala, sacando las fundas blancas que cubrían los muebles, mientras su mujer barría. Le comuniqué mi plan de pasar la noche en la chacra

y salir temprano para Pergamino. Sin que yo preguntara, me dijo que Luisa se había ido de la casa al día siguiente de nuestra partida y que vivía en Villa Aguirre, en la casa que le prestaban unos parientes.

Le pedí que preparara un sulky. En media hora estaba en Villa Aguirre, preguntando por Luisa. La mayoría de la gente me reconoció, pero a mí ya no me importaba. Había perdido los reparos. Entregado a la acción, la razón ya no gobernaba mi conducta.

Finalmente di con ella. Vivía en una casita pequeña. Estaba con nuestras hijas Adelaida y Solange. Me saludó con frialdad y distancia. Tenía una expresión inusual, de plenitud o de satisfacción, que no era por mi regreso. Yo sentía que la amaba con locura, que no podía estar sin ella. Verla encendió mi deseo como la primera vez, pero ella se mantenía lejos.

Le ofrecí ponerle una casa en Pergamino, para que viniera a vivir con nuestros hijos. Me dijo que estaba cansada, que su vida a mi lado había sido sólo desdicha y que su única alegría eran los hijos. Que después de mi partida había sentido muchísima tristeza y soledad, pero que, una vez pasados el dolor y la pena, sintió que finalmente había podido sacarme de su vida y se sentía libre.

En eso, oí un llanto inconfundible. Luisa se hizo a un lado de la puerta y me dejó pasar. Entré y lo vi; era, en efecto, un niño de pocos meses. Mientras lo miraba con estupor, oí la voz de Luisa diciéndome que había conocido a un ingeniero del ferrocarril, un inglés de apellido Wright, que de verdad la quería, y que ella era ahora su mujer.

Les dije a las chicas que fueran a jugar afuera. Me preguntaron si podían ir a lo de Mendizábal y Luisa desde la puerta contestó que sí. Partieron las dos a la carrera.

Saqué el revólver sin pensar, sin mirar, sin ver. Luisa ya no estaba.

El ojo maligno de Dios iluminaba todo con su resplandor. La sombra de una figura se recortaba en medio de la luz enceguecedora.

Disparé tres veces, al corazón, al corazón, al corazón, y, cuando la figura yacía en el suelo, a la espalda.

Está allí la muerte, es apenas una luz que vacila.

Sueño de Ismael (anotado por Cohen el 6 de septiembre de 1930)

En la ciudad baja, cerca de la costa, oigo el último canto que llama a rezar. Es un canto distinto, de acento duro, pronunciado con restos de otro idioma, que aparece como un alma extranjera y aleja la palabra de Dios.

Espero. Sólo imaginar su cuerpo me deja sin aire. La pasión me domina como un abismo hipnótico. Las manos, los ojos, la mirada intensa, la piel, el sudor, la humedad de la boca y del sexo.

Todo sucede en el cuerpo. Nada emerge. Nada roza la conciencia vacía. Luchan la posesión y el placer. El tiempo no transcurre.

Sé que me persiguen.

Un hombre con túnica negra me ha seguido hasta la costa. Sé que ese hombre me va a delatar a la policía.

Dejo a Fatwa en el cuarto.

Comienzo a recorrer el hotel y veo las puertas ciegas. Parece que nunca terminarán. Siento miedo.

Llego al comedor lleno de huéspedes. Entiendo el idioma. ¿Vinieron desde Damasco? Allí están, amigos, familiares que se acercan y me saludan cordialmente. Es extraño que estén reunidos en este hotel tan lejano, en Beirut.

Tengo la certeza de que Fatwa va a morir. La van a matar, porque está en un sitio sagrado.

En ese sitio estuvo Dios. Allí nadie puede estar. Está prohibido.

Desesperado, trato de enviarle un mensaje, avisarle que está en un lugar predestinado, que debe salir de allí. Recién ahora advierto que ese cuarto es un sitio letal.

(Pero yo sabía que ese sitio estaba vedado, yo había calculado el lugar maldito, con los números ocultos en el Libro de Dios.)

Decido enviar un mensaje en tren. Rápidamente escribo el mensaje, lo guardo en un sobre y lo pongo en el tren, que ya marcha. Pero sé que no llegará.

Corro agitadamente por pasillos que no terminan. Puertas y puertas que voy dejando atrás, sin mirar, sin llegar.

Caigo exhausto, una inmensa masa de plomo me oprime el ser. Me duele el corazón.

Al fondo del pasillo interminable se ve una luz.

Fatwa ya no está.

Ahora entiendo que el mensaje era para mí.

El ojo maligno de Dios me había sentenciado.

Soy un asesino.

4. Isaac: "Al principio […] las tinieblas cubrían el abismo"

La luz de la verdad me enceguеció antes de iluminarme y tuve mucho miedo.

Mucho más que miedo la certeza de que "algo que no se nombra" dirigía mis horas sin que yo lo supiera a los tres años me acuerdo fui a visitar a mi abuelo que estaba sentado en un banco bajo tenía barba gris y ojos azules cansados y me miraba me miraba y yo no entendía pero tenía miedo ¿quién era? Era mi abuelo Ismael que me miraba y me decía sin hablar yo no sabía qué porque sólo miraba hablaba como un español igual que el portero de casa pero era elegante y no hablaba casi nada no lo podía olvidar qué raro qué miedo quedarme solo con él después me olvidé pero aparecía en los sueños entonces le dije a mi madre y me dijo que Ismael era español como Eloy y que cuando ella era chica vivían en Tandil y que tenían un auto negro con chofer y salían a pasear en auto los sábados y su madre mi abuela se llamaba Rosalía y que cuando su casa se incendió se fueron a vivir a Pergamino

Yo tenía miedo cuando creía a los cinco años que iba a venir el hombre de la mitad de la cara que tenía solamente un lado de la cara que estaba cortada por la mitad en la nariz y sangraba por el costado le colgaban pedazos y tenía un solo

ojo y sangre sangre sangre que flotaba y también cuando los peronistas iban a apresar a mi padre y se escondió y no venía a casa después vino la revolución y mi padre ya había vuelto y las bombas caían cerca de casa y nos refugiamos en la casa de mi tío Yamil estaban los hermanos de mi madre y otros que eran primos que se llamaban Martel me dijeron que tenían miedo porque eran radicales yo pregunté por Ismael y me dijeron que había muerto que estaba muy triste quiénes eran los Martel había una prima de mi madre que era grande y se llamaba Solange Martel y era muy linda y me dijo que no se podía hablar de Ismael

y me acuerdo del colegio sin luz oscuro adonde sufría porque me hacía pis y me retaban después salió el sol en el colegio cuando mi madre se resignó a que yo era corto de vista mi madre lo resistió hasta que cumplí seis años pero al fin mi padre se impuso y cuando tuve anteojos jugaba al mago Chan no podía creer que los objetos resplandecían y brillaban de ese modo para mí hasta entonces el mundo era borroso y con los anteojos aparecieron los números y las letras y las imágenes y todo era maravilloso porque lo podía ver y entender ahora quería ir al colegio porque había luz pero me imaginaba el incendio y me daba miedo mi madre me hacía sacar los anteojos para que no pareciera corto de vista estaba mal ser corto de vista

Algunos fines de semana íbamos a la quinta de una amiga de mi madre que se llamaba Effie era mucho mayor que mi madre dijo algo de Solange Martel entonces yo dije que ella me había dicho que no se podía hablar de Ismael y me pareció que Effie había conocido a Ismael porque cuando yo hablé de él ella la miró a mi madre y yo me di cuenta que esperaba que mamá dijera algo y mi madre se

quedó callada callada y después dijo que Solange siempre se metía en líos además había una mucama que era peruana y se llamaba Martha y había conocido a Ismael que había ido a la casa de Effie y me contó que Ismael había sido muy rico y que Effie le tenía miedo y que Ismael no hablaba ni sonreía pero que ella no le tuvo miedo y cuando ella le hablaba él le sonreía y que Effie le había dicho que Ismael era pelirrojo cuando era joven

y cuando nos dijeron que teníamos que hacer un teatro de títeres yo tenía nueve años en segundo grado y escribí una obra de un químico loco que quería descubrir un tesoro y se equivocaba y explotaba su barco y se hundía en el mar que era inmenso pero un pájaro grande como un avión lo salvaba yo había soñado todo y el químico loco tenía la cara de Ismael por qué no podía llamarlo mi abuelo y el maestro eligió mi obra en lugar de la del viajero que estaba en el libro porque yo era el único que había escrito una obra y le parecía la mejor y cuando me preguntaron y dije que la había soñado todos se rieron entonces no dije nada de que la cara del químico era la cara de Ismael que había aparecido en el sueño pero igual al títere le pusimos el pelo colorado

después pasaron años con luz y con sol pero también aparecía mi abuelo y todo se nublaba el horizonte se ponía gris como si fuese a morir y él estaba allí esperando esperándome que yo hiciera algo y yo no sabía qué pero después por suerte desaparecía y cada vez empezó a aparecer más entonces pregunté y mi madre me dijo que se había muerto que era muy malo porque los había dejado a ella y a sus hermanos pobres y solos y se había ido a Francia porque el gobierno lo perseguía porque había habido una revolución y yo pregunté por qué hablaba como un español si había

nacido en Vigo como Eloy el portero y me dijo que no sabía bien íbamos a pasar Navidad a lo de mi tío Yamil y me enteré por mi prima Juana de que a mi tío Saúl que se portaba mal lo bajaban al pozo del aljibe como castigo allí estaba todo oscuro y Saúl sufría por miedo a la oscuridad igual que yo pero mucho más pero lo que más recordaba yo era el incendio y nadie me hablaba del incendio y mi prima Martha que era grande me dijo que Ismael cuando vino de Francia vivía en su casa y gritaba por las noches que tenía sueños tremendos y caminaba alrededor del cuarto qué soñaba Ismael que tanto lo atormentaba

después vino una época en que no pregunté más y jugaba con mis amigos me regalaron un tren eléctrico y también un libro de los griegos de Ulises que iba por el mar y lo conocí al profesor von Himmel que venía a casa todos los días y empecé a aprender inglés aprendía muy rápido y me leía historias de la guerra de Troya de los Argonautas de los romanos de la muerte de Julio César y de los siete reyes de Roma los Horacios y los Curiacios de las cruzadas y de Galileo y de la revolución de Napoleón y de Trafalgar eran historias adaptadas para chicos me enteré de que Solange que era muy linda era igual a Luisa su madre quién era Luisa le pregunté a mi madre por qué Solange era su prima pero no me contestó y le dijo a mi padre que él había armado este lío y discutieron y estaban enojados y vino Martha a casa que estudiaba Bellas Artes y me dijo que ella sabía que a Saúl nuestro tío lo bajaban al aljibe porque había descubierto un secreto

entonces le dije al profesor von Himmel que tenía un abuelo que se había muerto que hablaba como un español y que se llamaba Ismael y que se aparecía en los sueños en-

tonces él le preguntó a mi padre y me dijo que había nacido en Siria en la ciudad de Damasco que era una ciudad mágica de los árabes y empezamos a leer *Las mil y una noches* y me di cuenta de que mi abuelo se llamaba Núñez Irala cómo podía ser árabe y von Himmel averiguó de nuevo y supimos que era hijo de un español con una árabe y había nacido en Damasco entonces nos pusimos a averiguar yo tenía menos miedo porque estaba von Himmel y él también me dijo que Ismael era cristiano y empecé a aprender de Damasco que había cristianos judíos y musulmanes yo les decía mahometanos y mi padre le dio trabajo en la empresa a Solange que era contadora y mi madre se enojó con él

y von Himmel le preguntó más a mi madre y ella no quiso contarle y no volvimos a hablar de Ismael pero von Himmel me enseñaba la historia de Damasco allí había vivido San Pablo y el sultán Baibars que le había ganado la cruzada a San Luis rey de Francia y así muchas cosas

entonces empecé a preguntarle a mi tío Abel y me dijo que yo era muy chico para contarme era una época que tenía luz a veces predominaba la niebla y la sombra volví a tener miedo soñé que volvíamos de la playa con mis padres y aparecía una serpiente que pasaba entre nosotros como un rayo yo la miraba y la serpiente me miraba mi madre gritaba y la serpiente sacaba la lengua y mi padre agarraba una roca grande y se acercaba y la serpiente no se iba lo desafiaba y él con la roca la aplastaba y yo gritaba basta basta y me despertaba y mi madre estaba al lado y yo le decía que había visto a Ismael y le contaba el sueño y me decía que era mentira que no lo había visto que Ismael no aparecía en el sueño que yo inventaba que veía a Ismael

en esa época empezamos a leer un libro de los griegos

que tenían miedo del caos y en todo buscaban el límite que llamaba *peras*, y parecía que el mundo se entendía

y fui a la casa de Helena mi tía y estaba mi prima Juana que era más grande y yo le conté sobre el hombre de la mitad de la cara y me contó sobre Rojas que tenía la cabeza cortada y que Ismael estaba ahí y que su madre tenía miedo hasta ahora y yo pensé que Rojas era el hombre de la cara cortada por la mitad yo tenía miedo que apareciera cuando apagaban la luz y me quedaba en la oscuridad

y le pregunté a mi madre sobre Rojas y me dijo de dónde sacaste eso y seguro que no me iba a contar nada pero empezó a hablar pero no me miraba y me contó que cuando ella y Helena eran chicas en la chacra Villa Italia habían degollado a Rojas un político por una pelea del juego y que ellas no sabían qué era pero de pronto Yamil casi se cae tropezó con el escalón de la glorieta y de la bolsa de arpillera salió una cabeza morada casi púrpura era azul y horrible la cabeza de Rojas no abrieron nunca más la puerta del balcón y mi madre estaba muy triste cuando me contaba la palabra degollado me impresionaba

yo empezaba a masturbarme en esa época y sentía que estaba en pecado y no quería hacerlo pero no podía dejarlo entonces apareció Inés una amiga de mi madre que era lindísima mucho más joven que mi madre y yo pensaba en ella que me enseñó a andar a caballo y me insistía en que escriba yo no sabía qué y pensé que podría escribir sobre Ismael y en Navidad estaban todos mis tíos y los primos Martel y hablaban sobre la chacra Villa Italia que se había loteado y se habían vendido los últimos lotes y mencionaron a Luisa y volví a preguntar pero nadie me respondió después

Abel me contó de los libretas negras y los libretas rojas que decían que habían quemado el almacén que quedaba en la plaza de Tandil y como yo preguntaba y quería saber me dijo que muchas veces cuando los libretas rojas no pagaban Ramón que era muy fuerte los amenazaba y si era necesario los golpeaba hasta que pagaran y que a Ismael no lo querían en Tandil y yo le pedí que me contara más y me contó el cuento de la Liga Patriótica

les tendieron una emboscada a los de la Liga no los mataron pero quedaron con tanto miedo que nunca volvieron a Tandil pero habían tirado con fusiles quién era Luisa por qué eran primos Solange y los demás quién era el padre de Solange y los otros que venían en Navidad y le pregunté a Saúl si tenía un secreto y se quedó mirando serio era muy bueno y me acarició y no me dijo nada pero yo ahí tuve la certeza de que tenía un secreto y de que era mi amigo callado el único que en silencio aprobaba

y me imaginaba su vida en Damasco con un *kaftan* negro y mezquitas llenas de minaretes como las de las ilustraciones de los cuentos por qué hablaba español si era árabe no sé si era árabe von Himmel me explicó que Siria fue de los turcos empecé a leer la *Ilíada* después la *Odisea* y la Biblia me dijeron que no la leyera porque no iba a entender pero yo no podía parar y la leí y empecé a leer la historia de Walter Goetz ya hablaba alemán pero estaba en español tenía diez tomos pero yo no podía parar

y apareció la historia argentina que siempre había estado pero el señor Hertz mi maestro de sexto grado nos enseñó la herencia rosista la tremenda divisa punzó Sarmiento Alberdi Pellegrini Yrigoyen la revolución del 30 entonces vino mi tío Abel a visitarnos y le pregunté de

Ismael e Yrigoyen Ismael vino de Siria tenía poco dinero y que Ismael se hizo muy rico prestando dinero y ayudaba al Partido Radical y que cuando vino la crisis del 29 todos se quedaron sin plata y como le debían a Ismael quemaron el negocio que era un almacén de ramos generales pero en realidad era como un banco donde se prestaba plata hubo un incendio enorme con llamas pero en el mismo lugar del negocio estaba su casa así que el incendio quemó la casa y se fueron a vivir a Pergamino Ismael había sido muy importante no sólo rico pero que después del incendio todo se perdió y no le importaba nada

von Himmel estaba viejito y yo lo iba a visitar en su casa en Don Torcuato y me mostraba fotos de la Primera Guerra había cañones enormes frente a un río y él sonreía de uniforme abrazado con otros me seguía ayudando a entender en la Primera Guerra los turcos eran aliados de los alemanes y perdieron el imperio hablaba once idiomas me empezó a contar del Renacimiento yo ya sabía pero había misterios decía que con el Renacimiento empezaba Occidente la cultura del infinito que exploraba el infinito del universo por eso Copérnico y Tycho Brahe y Kepler y Galileo *Eppur si muove* qué emocionante me ponía la piel de gallina y Bellarmino que era astrónomo y sabía por qué había condenado a Galileo por eso los viajes de los exploradores Vasco da Gama Colón Magallanes y todos los que vinieron y los viajes por el espacio que eran lo mismo la exploración del infinito que Occidente no tenía miedo como sí tenían los griegos no querían ver el infinito el caos yo también tenía miedo de algo que iba a descubrir miedo de un secreto que sabía Saúl y yo iba a saber yo tenía miedo pero no podía parar tenía que saber en Occidente no teníamos miedo a la infinitud por eso la mirada de la Gioconda

que representaba el infinito del alma tampoco le teníamos miedo y Leonardo la pintaba así infinita un desafío que iba a venir con el tiempo se puede analizar el alma Occidente cree que puede y Dios nos va a fulminar no lo sabemos los de la Edad Media creían que sí y no se podía averiguar nada fuera de la fe por eso tenían miedo Galileo y Copérnico a Galileo casi lo queman y a Giordano Bruno lo quemaron y a los que decían la verdad los quemaban al negocio de Ismael también lo incendiaron qué hacía Ismael por qué lo odiaban me odiarían a mí también que era su nieto y cuando yo supiera la verdad que se negaba me iban a quemar.

y los árabes eran como la Edad Media no habían querido el Renacimiento aunque en el califato de Córdoba llegaron a aceptar la infinitud y la ciencia Aristóteles ¿Ismael era árabe? Había aprendido la fe o la libertad por qué era malo Ismael y no se podía hablar de él

qué felicidad mi adolescencia mientras aprendía todo era luz me apasionaban las matemáticas las matemáticas iluminaban el universo no había que tener miedo a la libertad como los de la Edad Media o los árabes *horror vacui* libertad contra orden miedo miedo a descubrir y a sufrir si yo descubría el secreto sufriría como Saúl y le conté a Abel mi tío que me gustaba la Biblia y las matemáticas y soñaba mucho porque él me preguntó y entonces me dijo que a Ismael le gustaban las mismas cosas y que también soñaba mucho y yo tuve miedo porque Ismael había tenido que escapar y siempre estaba triste y mi madre decía que era malo y también tuve temor del incendio pero tuve más miedo por otras cosas más que no sé qué son que son misteriosas para mí y dan más miedo que lo conocido von Himmel decía que en la Edad Media tenían miedo y por eso

no investigaban y sentían paz con el orden y los árabes lo mismo habían destruido su renacimiento tenían una secta de asesinos eran nazaríes que decían que mataban gente para resguardar la fe los dirigía el príncipe de la montaña o viejo de la montaña estaban en Persia y también en Siria en Damasco y se santificaban dando muerte Ismael era el primer hijo de Abraham lo tuvo con la esclava Agar y fue el fundador de la nación árabe por qué le pusieron Ismael si era cristiano y a mi Isaac el hijo de la promesa seré el que causa la dicha de Dios mi madre dijo que Solange era igual a Luisa sería Luisa la madre de Solange sería Luisa como Agar y fue madre de Solange y de los demás primos de mi madre nadie quería a Ismael a nadie le apenaba por qué solamente yo me acordaba de Ismael por qué se fue a Francia se escapó del gobierno o de la policía por qué lo odiaban tanto como para incendiar su negocio y su casa qué tenía que ver Ismael con Luisa y si Luisa era la madre de Solange y de los demás primos a Ismael no lo querían porque tenía dos familias cuál sería el terrible secreto que Saúl sabía había un secreto algo que nadie quería contarme y si yo lo averiguaba sería perseguido como Saúl fue perseguido por Ismael si yo descubría el secreto me bajarían a un aljibe por qué siempre tuve miedo a la oscuridad y amor por la luz Luisa había muerto mi abuela Rosalía también por qué tengo esta certeza de que Ismael es culpable de algo grave de algo que no se nombra pero esto aparece ahora no no es un recuerdo yo lo sé desde siempre desde cuándo desde que supe lo de Rojas no desde antes desde el hombre de la cara por la mitad no desde antes desde que tenía tres años y me llevaron a visitarlo y lo vi sentado a Ismael con sus ojos azules cansados y el pelo blanco y mi madre le dijo que yo era su nieto Isaac y él la miró un tiempo con los ojos vacíos y después a mí me miró y sentí que una corriente

misteriosa fluía entre nosotros dos y me dijo la verdad que era un asesino no dijo ni una palabra sólo miró miró y yo supe desde entonces que se entregaba a mí a Isaac y que yo debía honrar la promesa y que me decía la verdad.

*

Ya eran las siete y media y tenía que levantarme. Sentía un cansancio inmenso como si mi noche hubiese sido un intenso combate. Me acordé de Jacob que soñó que había luchado con el ángel que no había querido decirle su nombre, pero Jacob tuvo la certeza de que le había sido permitido ver el rostro de Dios, por eso llamó al lugar Peniel, porque dijo: "Vi a Dios cara a cara y ha sido librada mi alma".

Fui al colegio y el mundo brillaba con una luz peculiar que yo no había visto jamás. A las nueve no bien nos sentamos a comer con mis padres les dije la verdad que poseía, una verdad absoluta como la fe. Mi madre se quedó en silencio y miró a mi padre.

La luz inunda mi mundo y en mi corazón brilla refulgente la verdad.

Por primera vez vi paz en los ojos de mi madre y lentamente comenzó el relato de la vida de Ismael.

He contado el viaje de Ismael basándome en relatos, en hechos, en sueños y en supercherías.

En este sentido no difiere de cualquier otro mito, ni tampoco de la historia.

Todo es arbitrario.

Notas

"Bab Tuma" significa "puerta de Santo Tomás", quien vivió en Damasco antes de iniciar su prédica, que según la tradición llegó hasta Afganistán y la India. Es el barrio de los cristianos en Damasco.

"Ismael" significa en hebreo "Dios escucha". Puede aludir a que Yahvé finalmente escuchó los ruegos de Abraham pidiendo un hijo, que –pese a las promesas de Yahvé– tardaba en llegar, y también a que ese hijo será siempre escuchado por Dios.

Ismael, nacido de Abraham y de su sirvienta egipcia Agar, fue el primer hijo de Abraham. Su segundo hijo, concebido de su mujer, Sara, se llamó Isaac, cuyo significado es "el que da alegría", "el que provoca la dicha de Dios". Ismael fundó la nación árabe; Isaac, la nación hebrea.

La explicación de Ismael sobre el significado de su propio nombre nos habla de sus sentimientos religiosos y de su visión de sí mismo y de su propio destino. Quien provoca la dicha del Señor es quien recibe la gracia y participa del espíritu. Quien es escuchado no siempre será oído, porque apela solamente a la razón. Ismael nunca se sintió querido por Dios.

El término "melquita" refiere a los cristianos ortodoxos que en Oriente resistieron al monofisismo, considerado una herejía por Roma y por Bizancio. La palabra proviene de *malka*, que significa "emperador" en siríaco. Los melquitas son los cristianos que siguen la fe (no monofisita; ver más adelante) del emperador. El patriarcado de los melquitas tiene sede en Damasco hasta hoy.

El uso del término "melquita" ilustra sobre las categorías vigentes en Damasco durante la niñez de Ismael.

Antes de su conversión, San Pablo era un activo perseguidor de cristianos. Su nombre, de origen griego, es Saulo, que significa "venerable". Saulo se convirtió al cristianismo camino a Damasco, adonde se dirigía en su función persecutoria. En el camino, lo rodea el resplandor de una luz enceguecedora y oye la voz de Jesús, la célebre frase: "Saulo, Saulo, por qué me persigues". Saulo quedó ciego y así entró en Damasco:

> Entonces Saulo se levantó de la tierra y abriendo los ojos no veía a nadie, así que llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver y no comió ni bebió. (Hechos de los Apóstoles 9:1-9)

Ananías, un viejo cristiano, le devuelve la vista a Saulo por orden de Jesús. Saulo, que ahora ve nuevamente, comienza a usar su *cognomen* Paulus, que en latín significa "pequeño", y abandona el nombre Saulo. La simbología es evidente: el tránsito de lo "venerable" de Saulo (el orgullo) a lo "pequeño" (la humildad) de Pablo, y de la ceguera que impide la contemplación del Señor a la vista que sí la permite. ¿Por qué Ismael alude a la conversión de San Pablo, tan llena de simbolismo?

En muchos lugares del texto, Ismael se refiere a la idolatría como algo que se forma en el concepto o en la imagen, siempre en el intelecto. La prohibición de "hacer nacer a Dios" surge del Génesis, en el cual el Señor le permite a Adán nombrar todo lo que forma el mundo, para que Adán sea su señor. El acto de nombrar implica el dominio que otorgan el conocimiento, el concepto y la imagen. Sin embargo, queda oculto y prohibido el sagrado nombre de Dios. Abú Bakr ibn Al Arabi vivió sus últimos años en Damasco, donde está enterrado, y tuvo enorme influencia en el pensamiento místico del islam. Sostuvo la imposibilidad de conocer a Dios mediante el intelecto. Basado en el neoplatonismo y los gnósticos, creyó en la absoluta diferencia entre Dios y

lo creado. Dios es puro misterio. Seguramente la influencia de ibn Al Arabi en la cultura de Damasco ha sido profunda, y se extendió a todas las religiones del Libro. Con independencia del cristianismo de Ismael, esta visión mística está siempre presente en sus reflexiones.

Es sugerente el nombre del maestro de Ismael, "Omar al Uqlidisi". En el siglo X vivió en Damasco un célebre matemático llamado Abul Hasan al Uqlidisi, autor de dos tratados fundamentales sobre la numeración decimal, muy anteriores por cierto a los desarrollos equivalentes en Occidente. El célebre matemático Abul Hasan homenajeaba a Euclides con su nombre "al Uqlidisi". A su vez, el maestro de Ismael homenajeaba con su nombre al famoso matemático árabe.

Madraza, o *medersa*, es una escuela islámica superior. La madraza Al Zahiryah está en Damasco, fue fundada en el siglo XIII por el sultán mameluco Al Zahir Baibars, vencedor de San Luis, rey de Francia, en la séptima cruzada, y alberga una de las más importantes bibliotecas del islam. En su cúpula yacen los restos de Al Zahir Baibars.

El *tafsir*, la *shariah* y el *hafiz* son los estudios clásicos de las madrazas: la interpretación del Corán, el estudio de la ley y las tradiciones del Profeta, respectivamente.

La mención de Ismael a números del espacio y números del tiempo refiere a categorías kantianas que seguramente no conoció. Es posible que la cultura árabe haya arribado a las categorías de la conciencia con independencia del pensamiento kantiano.

En diversos pasajes de los textos de Ismael se nota una formación que evoca creencias pitagóricas y platónicas. Los pitagóricos creían que la esencia o *arché* del universo eran los números. Al referirse a las formas geométricas como "el alma de las cosas" reproduce, probablemente sin saberlo, creencias platónicas. Los pitagóricos y, después, Platón asociaban los poliedros regulares a la naturaleza, para describir los principios del cosmos, combi-

nando así viejas creencias compendiadas por Empédocles, con los poliedros regulares de la tradición platónica. Sostenían que el octaedro era el aire; el icosaedro, el agua; el tetraedro, el fuego; el cubo, la tierra, y el dodecaedro, el cosmos. Agregaban a los *archê* tradicionales –aire, agua, fuego y tierra– un quinto principio, o "quintaesencia", que implicaba el orden, el "cosmos", negación del caos inicial en el mundo de las ideas. Dios, para las religiones.

Los pitagóricos desarrollaron su pensamiento sobre la base de los números racionales, o sea, los que son el cociente de dos números enteros, que resulta en una fracción común o en una fracción periódica (aquella en que una cifra o grupo de cifras se repite indefinidamente). El mundo era así un cosmos (orden) previsible, representable por conceptos matemáticos. Todo era previsible y todo era pasible de ser conocido en ese universo ordenado. Pero Hipaso de Metaponto, un pitagórico, descubrió que había fracciones "inconmensurables", como la que produce el cociente entre la circunferencia y el diámetro, llamado número pi. Estas fracciones no terminan nunca, ni siquiera con un período que se repita. Son infinitas. A estos números misteriosos Hipaso los llamó "inconmensurables" y también *alogos* o irracionales, porque estaban fuera de la razón. Su descubrimiento tiene algo de anticipación y de resignación kantiana. Hay otros números irracionales famosos, el número áureo o fi y la raíz cuadrada de 2. El descubrimiento de Hipaso terminaba para siempre con la *pax* pitagórica, por lo menos en su aspecto metafísico. Para los pitagóricos, los números eran el "cosmos" –orden– que contenía y daba una ley previsible al caos que para ellos era sólo aparente; Hipaso, en cambio, implicaba la vuelta al abismo, al terror primordial sin orden ni previsibilidad.

Una tradición dice que los pitagóricos levantaron un monumento funerario para Hipaso significando que él había muerto para ellos. Otros dicen que Hipaso fue arrojado al mar.

Cuando Ismael menciona las "fracciones infinitas" se está refiriendo sin dudas a fi, el número áureo: un número irracional cuya razón rige las proporciones de la naturaleza en innumerables casos, tales como las espirales del caracol, los cristales, los pétalos

de la rosa y las hojas del alcaucil, la relación del grosor del tronco y las ramas de los árboles y su disposición, etc. Y al número pi, que rige nada menos que la relación entre la circunferencia y el diámetro.

El número áureo fue muy utilizado en la arquitectura griega y sus herederas bizantina e islámica, para determinar las proporciones. Todas las relaciones del Partenón obedecen al número áureo. También en el Renacimiento: el hombre de Vitruvio, de Leonardo, y la obra de Miguel Ángel siguen estas proporciones, que parecieran estar en la base de la conciencia. En efecto, la Quinta Sinfonía de Beethoven, la música de Mozart y la de Schubert también se ordenan según este número misterioso.

Si alguien descubriese un "período", o sea una serie de números que –por extensa que sea– se repitiese en la fracción supuestamente infinita de un número irracional, este número sería una fracción periódica, se habría descubierto que es racional y perdería la característica infinita que lo vuelve caótico, abismal e indeterminable por la razón. Habría terminado el Misterio y todo resplandecería bajo la luz de la razón. Pero Ismael cree que solamente Dios puede conocer tal período. Para Ismael, el conocimiento del orden o cosmos, si es que existe, no nos ha sido dado y es solamente de Dios.

El uso de letras en el álgebra permite abandonar la cantidad, necesariamente ligada al número. Las letras permiten, por un lado, las operaciones con cantidades indefinidas o indiferentes y, por otro lado, el desarrollo de las relaciones aritméticas puras.

La tradición discute si el álgebra fue descubierta por Diofanto en Alejandría o –más tarde– por Muhammad ibn Musa al Khwarizmi, que escribió un tratado de cuyo nombre se deriva nuestra palabra "álgebra". La extensión y la cantidad del número refieren al mundo, porque sólo se puede contar o medir lo que existe. Probablemente porque el álgebra prescinde de toda referencia mundana, Ismael y su maestro Omar creían que estaba más cerca de Dios, apartada del mundo, en una visión dualista y platónica común al cristianismo, al islam y al judaísmo.

En los párrafos que Ismael dedica al "principio" es evidente la influencia del pensamiento griego, que él seguramente desconocía, salvo vagas referencias. Pero, como sabemos, el pensamiento griego fue formador importantísimo de la cultura islámica, la primera en traducir los textos de Platón y Aristóteles. Ismael alude, sin mencionarlo, al inexplicable "primer motor inmóvil" de Aristóteles o al "abismo" o caos del que nos hablan Anaximandro, Heráclito y otros presocráticos. Son todos datos inasibles para la conciencia. El Génesis lo ha expresado mejor que nadie: "La Tierra no tenía forma; las tinieblas cubrían el abismo". Todas estas concepciones habitaron siempre el pensamiento de Ismael.

Bab-el significa la "puerta de Dios" o la "puerta de la luz". Pero, además, Babel proviene de una raíz hebrea que significa "confusión". Quienes se acercan a la Luz de Dios mediante una obra del intelecto, la Torre, serán castigados con la confusión, por vanidosos. En la concepción de Ismael, es el espíritu humilde y no el intelecto el que puede aproximar al misterio de Dios. Es llamativo que la historia del aprendizaje de Ismael termine con una referencia a Babel.

Yagli gures, la lucha que aprendió Ramón en la escuela de la Gran Mezquita, se practica aún hoy en Turquía. Es posible que en la época de Ismael estuviese difundida en todo el Imperio otomano. Los "lugares santos" se llaman *tekke*; los luchadores, *pahlivans*.

La discusión sobre la doble naturaleza de Jesús se produjo en el siglo V, cuando algunos –los monofisitas– sostuvieron que Cristo tenía una única naturaleza, divina, y otros sostuvieron que Cristo tenía dos naturalezas, humana y divina. La diferencia, que ocasionó muertes y guerras, quedó zanjada en el Concilio de Calcedonia, que sostuvo la existencia simultánea de dos naturalezas en Jesús, una humana y otra divina, y anatematizó a los monofisitas. Al final del siglo XIX estas diferencias estaban vigentes en Damasco.

La Gran Mezquita es la llamada "mezquita de los Omeyas", construida a principios del siglo VIII, en suelo que siempre fue sagrado. En efecto, hubo allí, antes de la mezquita, una iglesia bizantina

dedicada a San Juan Bautista y un templo romano dedicado a Júpiter. Contiene en una urna restos atribuidos al Bautista. Es el modelo de la mayoría de las mezquitas árabes.

Siria, de origen arameo, integró la cultura grecorromana hasta que fue invadida por los árabes a principios del siglo VII. Los turcos otomanos la invadieron en el siglo XVII y nunca se integraron culturalmente a la sociedad siria.

Ismael sólo recuerda a Damasco por sus monumentos cristianos. La Via Recta es el Decumano de la ciudad romana, hoy la calle Bab Sharqui, que conecta el zoco con el barrio cristiano, llamado Bab Tuma, en el cual nació Ismael. Pero Ismael no se refiere al nombre árabe, "Bab Sharqui", sino a la "Via Recta".

El Krac de los Caballeros, una legendaria fortaleza construida por los caballeros de las cruzadas a partir de 1099, albergó a los guerreros cristianos hasta 1271, año en que la tomó –mediante un ardid– el famoso sultán Baybars. Siempre fue un símbolo del Occidente cristiano en el Cercano Oriente. San Pablo escapó de Damasco escalando la muralla, cerca de la puerta llamada Bab Kisan, donde hay una capilla que lo recuerda.

Las imágenes están muy restringidas en el islam. Hoy esta prohibición está algo flexibilizada, pero no era así en tiempos de Ismael, quien, aunque era cristiano, vivió su juventud en un mundo sin imágenes. Se explica así su asombro al llegar a Beirut. Occidente, en cambio, es la "patria" de la imagen. Salvo por un intento iconoclasta en el siglo VIII en Bizancio y por algunas sectas protestantes, Occidente ha permitido la imagen como lenguaje.

Khan Khalde es una pequeña población costera vecina a Beirut. Durante la dominación bizantina era un centro importante. Hay dos iglesias bizantinas superpuestas, construidas en distintas épocas; ambas, con mosaicos. Es posible que Ismael se refugiara en los mosaicos bizantinos porque, siendo totalmente formales y simbólicos, son lo más parecido al concepto.

Hamra, la calle donde vivía Aamaal, sigue siendo una de las más importantes de Beirut.

La "luna negra" que se interponía entre Ismael y Aamaal es un símbolo astrológico contradictorio y de difícil comprensión. La posición de la luna negra determina el predominio de lo positivo y luminoso de una persona o sus aspectos más oscuros y temidos. Ismael no nos habla de astrología en ningún momento. Debió tratarse de una expresión común en Damasco. No parece que Ismael supiera el significado.

Bab Idriss es un antiguo barrio de Beirut.

Desde la creación de un vilayato a fines del siglo XIX, Beirut ganó autonomía en el Imperio otomano y se vinculó con Occidente. Tal como lo menciona Ismael, los franceses construyeron el puerto moderno y el ferrocarril que une Beirut y Alepo. Más tarde, caído el Imperio otomano tras la derrota en la Primera Guerra Mundial, los franceses se harían cargo de la administración del Líbano y Siria, hasta mediados de siglo XX. Pero Ismael había partido muchos años atrás.

Los autómatas de los que hablaba el maestro Omar son los mecanismos que describe Herón de Alejandría, que vivió en el primer siglo después de Cristo. Movidos por el vapor o las palancas o la fuerza del agua, ejecutaban ciertos movimientos, imitando animales. El más ambicioso era un teatro que representaba la Guerra de Troya. Antes de eso, los sacerdotes de distintas religiones –entre ellas, la egipcia– habían desarrollado ídolos autómatas que realizaban movimientos, con el objeto de someter a los feligreses a su culto y a su voluntad. La idea del autómata nos acompañó siempre: más cerca en el tiempo tenemos el golem, Frankenstein y los robots industriales.

Una vez más, Ismael representa la lucha interna de sus dos personalidades, una que abomina de los ídolos y de cualquier perturbación a la majestad del Misterio, la otra que usa sus conocimientos matemáticos para ganar dinero y poder, que se

entusiasma con la soberbia humana y se involucra en una imitación grotesca de Dios.

Los drusos constituyen una religión relativamente importante en el Cercano Oriente. Se separaron de los musulmanes hacia el siglo X y se consideran parte del islam. Son monoteístas y reconocen a la mayoría de los profetas y santos del cristianismo y del islam. Han sido perseguidos y admiten la "disimulación de la fe", llamada *taqiya*, de modo que les está permitido asistir a la misa o a la mezquita sin revelar su religión. Se dividen en una casta superior que tiene la responsabilidad de conducir la fe y la religión, y una casta inferior que ignora y obedece. Las mujeres ocupan un estatus muy importante entre los drusos y muchas son reconocidas como de la casta superior.

No tienen jerarquías ni una institución religiosa; son totalmente informales. La única estructura es la de los maestros, personas respetadas que enseñan la fe a los *yuhal*, que sólo responden de su conducta. Las mujeres muchas veces son designadas maestras.

El *Argo* transportó a los Argonautas. El barco de los griegos tenía una proa mágica que podía hablar. Fue construido por Argos para navegar desde Yolcos, en Tracia, hasta la Cólquide, en la costa oriental del Mar Negro, con el fin de recuperar el vellocino de oro, un símbolo sagrado de Zeus. El oro es el símbolo del espíritu. Tripulado por muchos héroes griegos, afrontó innumerables peligros al mando de Jasón, un capitán vacilante y temeroso, pero que cumplió su misión y recobró el vellocino gracias a la astucia de Medea, princesa de Cólquide, apasionadamente enamorada de Jasón. El viaje del *Argo*, igual que muchos viajes de los mitos griegos, parece un camino de elevación espiritual, en el cual los obstáculos son los defectos a vencer.

Argo significa en griego "blanco o brillante". Lo blanco es símbolo de pureza en casi todas las religiones. El barco de los griegos se llama *Argo* en alusión a la pureza de su misión: recuperar el vellocino de oro, símbolo de Zeus. En cambio, el *Argo* que aborda Ismael es casi una nave de esclavos.

Por la raíz lingüística, el término también evocaría a la Argentina, que se dio a sí misma este nombre puro. Pero la historia

desmiente esa raíz para el nombre de nuestro país: la Argentina se llama así en recuerdo de la codicia de los conquistadores españoles, que esperaban que nuestro "Río de la Plata" los condujera a la riqueza sin límites. La Argentina histórica está cerca del *Argo* impuro de Ismael y lejos del *Argo* santo de los griegos.

Isaac Abrabanel fue un filósofo y estadista judío nacido en Portugal. Contribuyó a financiar la reconquista española conducida por los Reyes Católicos e intentó evitar la expulsión de Sefarad. La tradición dice que casi lo logró persuadiendo al rey Fernando, pero que finalmente se impuso la voluntad de Isabel, convencida por Torquemada. Dictado el edicto, vivió en Nápoles, en Corfú y en Venecia, donde murió a principios del siglo XVI. Está enterrado en Padua. El Abravanel de Ismael debe llevar ese nombre en homenaje al Abrabanel histórico.

La Lanterna es el faro de Génova, que ilumina la entrada del puerto desde principios del siglo XII. Fue reconstruida en el siglo XVI. Su luz se divisa desde 50 kilómetros mar adentro. Ismael debe haber visto la luz de aceite sobre espejos. Posteriormente la Lanterna tuvo luz eléctrica. Es una torre cuadrada escalonada y fue construida en la misma época que la Kutubia en Marrakech y la Giralda en la Sevilla almorávide. La tradición dice que los minaretes cuadrados como la Kutubia y la Giralda son derivados del Faro de Alejandría, que habría estado en ruinas cuando se produjo la invasión árabe en Egipto. La Lanterna es sin dudas pariente arquitectónico de los minaretes de Ismael, pero su cometido no es el llamado a la oración. Es raro que para Ismael la "torre sin Dios" implique la esperanza.

Taylor & Prandi fue fundada por un ingeniero inglés y un industrial de Turín en esa ciudad italiana. A los pocos años tuvo problemas comerciales y se convirtió en Ansaldo, empresa que aún existe. Al principio fue un astillero y producía grandes máquinas de vapor para todos los usos. La fábrica ubicada en Sampierdarena fue protagonista de la revolución industrial italiana e internacional. Siendo la única industria de Sampierdarena que

responde a la descripción de Ismael, no tengo dudas de que se está refiriendo a ella.

Apamea y Bosra son ciudades fundadas por los griegos seléucidas en época helenística; cuando imperó el predominio de la cultura griega en Siria, después de la conquista de Alejandro Magno. Posteriormente fueron ocupadas por los romanos y los bizantinos, hasta que las conquistaron los árabes. Las ruinas están muy bien conservadas y exhiben la pasión romana por el orden, con su desarrollo en manzanas regulares. Las ciudades árabes, en cambio, crecen por adición, sin orden previo. El recuerdo del orden romano está siempre presente en Ismael, como si fuese la nostalgia de una cultura sometida por los árabes. En realidad, Ismael oscila: le apasiona el cosmos, pero percibe el caos como único fundamento.